

SANDRA BREE

SOLO PODRÍA
AMARTE
A TI



Selecta

Solo podría amarte a ti

Sandra Bree

Selecta

*N*ueva York, 1880

Max Kerrick cerró la puerta del despacho con un golpe seco. Con pasos largos llegó hasta el escritorio que estaba en el centro de la sala y observó la correspondencia amontonada. Todo estaba en riguroso orden, tal y como le gustaba.

Los rayos de sol penetraban en la estancia a través de los visillos blancos. La ventana estaba abierta y la tela se hinchaba con la brisa matinal refrescando el cuarto. Con manos temblorosas cogió el fajo de sobres buscando uno en especial. No le debería ser difícil dar con él ya que lo había estado ojeando hacía un par de horas. Sin embargo, no lo veía. A punto de llamar a su empleada apareció la carta.

Con un lánguido suspiro rodeó la mesa, se sentó en la silla y se preparó a responder la misiva.

No estaba contento en absoluto con lo que iba hacer, pero ya no tenía más opción. Después de darle muchas vueltas había llegado la hora de dar una lección a su nieta.

—¡Esta niña del diablo! —masculló entre dientes soltando la pluma por unos segundos. Se frotó la sien apaciguando el dolor de cabeza.

Últimamente pensar en Valentine le provocaba molestias. ¡Ella no podía hacer lo que se le antojara! No lograba entender cómo había cambiado tan de repente. Siempre había sido una niña buena y dulce, y de la noche a la mañana se había vuelto una respondona y una desobediente. Estaba seguro de que la culpa era de ese hombre, de Trevor. Desde que él apareció en Nueva York todo se había vuelto patas arriba. De ser una familia intachable habían pasado a ser la comidilla de todos los chismes de las reuniones, tanto sociales como políticas. Y Max había luchado mucho en su vida para mantener esa posición que había transitado de generación en generación, como para ahora permitirse el lujo de que su nombre fuese arrastrado por los suelos.

Capítulo 1

Texas (El Paso)

Era uno de esos días cálidos de junio en que los rayos de sol se filtraban en la estancia donde Jane Wingate había ubicado el nuevo despacho de su hermano mayor, Wolf. En ese momento él aporreó la pared con el puño haciendo que uno de los cuadros cayese hecho añicos al suelo de piedra. Estaba enfadado, y no era para menos. Llevaba soñando con el rancho de Max Kerrick durante toda su vida, y de mil maneras diferentes había estudiado el modo de hacerse con él, de restaurar la propiedad y darle unos usos que ahora no tenía.

El rancho llevaba mucho tiempo abandonado de la mano de Dios. Él se había puesto en contacto con el dueño en varias ocasiones y había llegado a ofrecer más de lo que en sí valía. Sin embargo, Max Kerrick había rechazado todas sus ofertas. Pero ahora... ahora se la cedía mediante un contrato matrimonial. Lo malo de todo es que él no deseaba casarse. No era contrario a los esponsales, pero definitivamente odiaba que alguien quisiera imponérselo.

Wolf Wingate era el mayor de cuatro hermanos y el responsable de sacar adelante a su familia.

Su padre, Leonardo, era un borracho al que se lo podía encontrar más fácilmente en la cantina que en cualquier otro sitio. Más de una vez habían tenido que recogerlo a altas horas de la madrugada en un estado de total embriaguez.

Petter, el menor de todos, tenía doce años y era el único que parecía interesado en seguir sus pasos. Era responsable y le gustaba estudiar y aprender. Luego estaban Jane y Julian, que eran mellizos. Tan parecidos y tan dispares a un tiempo.

Julian estudiaba en Inglaterra, o al menos fingía que lo hacía, ya que tenía que haber concluido su carrera hacía más de un año, puede que dos, y todavía no parecía acercarse el día en que terminase. Pocas veces acudía a la casa familiar si no era por alguna ocasión especial o por falta de dinero. Y Jane, sin embargo, se creía dueña absoluta de la residencia. Organizaba fiestas y reuniones redecorando continuamente las habitaciones y haciendo lo que le venía en gana. La última había sido dejarse embarazar negándose a decir quién era el padre. Wolf intuía que se trataba de un hombre casado al que ella quería proteger. El caso es que esa última disputa con ella lo había impulsado a acelerar su prisa por independizarse. Deseaba tener su propia casa y su

propia vida sin la necesidad de sentirse avergonzado a cada momento por lo que hiciese su familia. Pero de ahí a casarse tan rápido existía un abismo.

Posiblemente por genes maternos, su mente era ágil y despierta, eso lo había llevado a ejecutar varios negocios con bastante éxito. Había invertido mucho dinero en reses triplicando los beneficios. Con su duro esfuerzo y trabajo había podido mantener el nivel de vida al que siempre habían estado acostumbrados. Es decir, antes de que Leonardo se diera al alcohol y al juego y comenzara a despilfarrar como si el dinero creciese en lo alto de los árboles. Si Wolf ahora era un ganadero de renombre, creador de su propio imperio, no era gracias a nadie más que a sí mismo.

Wolf poseía tierras en Boston, era socio mayoritario de un club de hípica en Nueva York, y tenía una hacienda en México llamada como su difunta madre: «La bella Helena».

Cerró los ojos y la visión del rancho Kerrick se apareció ante él como un espejismo. Los altos muros exteriores de piedra gris, ahora semiderruidos y derrumbados por multitud de sitios; la casa agrietada de bellas líneas antiguas que alojaba toda clase de plantas y enredaderas creciendo de forma silvestre; el amplio terreno que lo circundaba, ideal para el pasto del ganado... La imagen desapareció de su mente tan rápido como había llegado.

La entrada de su amigo Richard en la cámara atrajo su atención.

—He escuchado el golpe y creo que no he llegado en buen momento, ¿me equivoco? —comentó, observando la habitación hasta que sus ojos oscuros se posaron en los restos del cuadro—. ¡Vaya, yo también actuaría así si me hermana me hubiese puesto el despacho de esta manera! ¿No es un diván demasiado femenino? Quizá si fuese en otro color en vez de ese rosa brillante sería otra cosa.

Wolf no se había fijado en eso y al hacerlo frunció más el ceño. ¿Cómo diablos se le había ocurrido a Jane poner ese mueble allí? Recorrió con la vista el resto del despacho. El diván no era lo único desagradable, también lo eran el delicado servicio de té que decoraba una estantería acristalada y la cenefa celeste que partía las paredes en dos. Tener una charla con su hermana iba a ser lo siguiente en hacer. De momento se limitó a agitar la carta que tenía en su mano.

Sus ojos grises de mirada intensa y peligrosa le dijeron a Richard que Wolf no se hallaba así por la decoración del estudio.

—¿Qué pasa? ¿Te ha llegado la contestación de Kerrick?

Wolf afirmó.

—Esta vez no me da una negativa directa, sino que me hace una contraoferta.

—¡Pero eso son estupendas noticias! —exclamó, jubiloso.

—No lo son. —Wolf le hizo una señal para que se sentase en el diván, pero Richard prefirió el banco de madera que estaba junto a la estantería. Ambos se conocían de toda la vida y entre ellos el afecto quizá era más fuerte de lo que Wolf sentía por sus propios hermanos—. Su contraoferta no se trata simplemente de dinero.

Richard aflojó el pañuelo de seda que llevaba atado al cuello.

—Entonces ¿de qué se trata?

Wolf le tendió la carta y caminó hasta la ventana, dejando vagar la mirada sobre los campos. Los rayos de sol bañaban los trigales y los prados, y los colores verdes se mezclaban con los tonos dorados.

—¡Vaya! —silbó Richard, abrumado—. El viejo parece haberlo pensado muy bien —comentó después de leer—. Siempre se ha dicho que estaba un poco loco, y desde luego muy cuerdo no debe de estar si quiere entregarte a su nieta sin siquiera conocerte. —Dejó la carta sobre la mesa del escritorio y volvió a su sitio—. ¿Qué tipo haría algo así?

Wolf, con los ojos aún sobre el paisaje, se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho: solo a un loco se le ocurriría hacer algo así.

—Es una decisión difícil. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Richard.

Se volvió a él agitando la cabeza.

—No voy a pensarlo siquiera. Todo tiene su precio, pero el que él pide es excesivo.

Richard soltó un fuerte suspiro.

—¿Qué desilusión! Supongo que eso significa que renuncias a la propiedad; bien, tal vez puedas ir mirando otras.

Wolf apretó los puños contra las caderas. Richard sabía cuánto deseaba él aquellas tierras.

—Si has leído bien, aunque me casase con esa mujer tampoco me otorgaría la totalidad. Ella tendría la mitad de todo.

—Es bastante comprensible. Pero si ya te has decidido, niégate y listo. —Se cruzó de piernas—. Piénsalo, yo te aconsejaría que conocieses a esa mujer. Son muchas familias las que siguen pactando esta clase de matrimonios, y Kerrick, el cual te recuerdo que tiene una fortuna nada desdeñable, es posible que esté buscando un esposo para su nieta. A mí no me sorprende nada.

—¿Tú lo harías? ¿Casarte así, sin más?

—Seguramente sí. Sería bueno tener un heredero. Si me dijeras que estás enamorado de otra te entendería, pero realmente ese no es el caso, y la fortuna Kerrick te ayudaría bastante en tu empresa.

Wolf se mantuvo pensativo durante varios minutos. Entendía lo que Richard quería decirle pero...

—¿Y si no me gusta su nieta? —preguntó agarrando una silla. Se sentó frente a Richard—. Sabes que preferiría no rendirme y que quiero el rancho, sin embargo... no sé si eso es lo que debo hacer.

Richard alargó una mano hacia la licorera que había sobre una mesa en el lateral del banco. Sirvió dos copas y tendió una a Wolf.

—Piénsalo bien. Consulta con la almohada. ¿Qué puede pasar, que esa mujer sea más fea que un arbusto? ¿Tan horrorosa como un sapo en una charca?

—Puede ser.

—Te buscas una amante y listo. ¡Será por mujeres!

Wolf se pasó la lengua por los labios. No estaba muy convencido. Con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados observó el vidrio que sostenía entre sus largos y elegantes dedos.

—Preferiría tener una esposa, que aunque no sea una belleza de esas que quitan el aliento, al menos tuviese una cierta presencia y no espantase a la gente que me rodea. —Acudía a bastantes reuniones con otros ganaderos y las esposas y las hijas de estos—. No quiero hacer el ridículo.

—Mantenla escondida.

—No puedo hacer eso. Mucho menos si yo estoy divirtiéndome.

—Wolf, míralo de otro modo. Si te casas con esta mujer podrás salir de aquí y vivir en la casa que siempre has deseado. Creo que es hora de que tus hermanos y Leonardo se saquen las castañas del fuego ellos solos.

Esa idea le causaba alegría, aunque no hasta el punto de aceptar la oferta tan a la ligera.

—Tengo que pensarlo muy bien. Antes creo que debería conocerla. No quiero dar una respuesta de la que luego me pueda arrepentir.

—Bien, por lo menos no es una negativa rotunda. —Richard sonrió entusiasmado. Luego añadió sonriendo—: ¡Vas a conseguir esas tierras! ¡Eso merece un brindis!

Wolf sacudió la cabeza con celo.

—Todavía no quiero hacerme ilusiones.

Capítulo 2

Nueva York. Octubre

Los últimos rayos de sol morían perezosos tras los altos edificios de la avenida. La calle cobraba vida propia en el momento en que los comerciantes iluminaban sus negocios y las gigantes y recién estrenadas luces brillaban desde las azoteas alcanzando el cielo con sus colores blancos, rojos y azules.

El último tranvía se detuvo con un desagradable chirrido de frenos y las mulas que lo acarrearán patearon con fuerza la empedrada calle. Un avispa limpiabotas, apenas un niño, había instalado su puesto cerca de esta parada y varios clientes aguardaban con paciencia su turno conversando entre sí o leyendo el viejo periódico atrasado.

Un organillero se había detenido a observar como los pasajeros descendían del monstruo de acero que se deslizaba por los delgados raíles, mientras hacía girar la manivela y las notas musicales flotaban en el aire.

—Barquillos —gritaba otro que caminaba con un carrito repleto de las deliciosas galletas de formas alargadas y cilíndricas con sabor a vainilla. Todo a su paso quedaba regado con su dulce aroma azucarado.

Dos mujeres, una joven de bonita figura y otra más mayor, estaban paradas cerca de un escaparate de telas, bajo el toldo.

—Marchémonos, Valentine —decía la mayor a la otra—, el señorito Trevor no viene y el señor Kerrick se va a enfadar si se entera de que estamos aquí tan tarde.

—¡Un momento solo! —insistió Valentine apoyando la mano en el brazo de su dama de compañía. Sus ávidos ojos azules buscaron con ahínco al hombre que, una vez más, volvía a decepcionarla.

Su mirada había buscado entre todos los caballeros que paseaban por la vía y en ninguno encontró el hermoso rostro de Omar Trevor, ni sus preciosos ojos verdes.

—¡No podemos quedarnos más! —dijo la mujer tirando de ella.

Valentine frunció el entrecejo y concluyó que seguir allí era una pérdida de tiempo. El tranvía, ahora sin pasajeros, se deslizó con lentitud por la calle abajo hacia las cocheras.

—Tienes razón, Abigail, vámonos, a las horas que son ya no va a venir.

—Lo siento mucho, mi niña, pero no quiero arriesgarme a enfrentarme con tu abuelo. Si se entera de que estamos aquí esperando al señorito, tú serás castigada, pero a mí me despedirá en el acto.

—No te preocupes, te comprendo —Valentine enredó su brazo en el de ella y echaron a andar por la vía—, pero sabes que el abuelo jamás se atrevería a sacarte de la casa.

Comenzó a soplar un viento frío propio del mes y ambas se apretaron una contra la otra cobijándose del aire.

—Tiene muy mal genio y lo mejor es no provocarle.

Valentine asintió. No pudo evitar que sus ojos se anegaran en lágrimas. Omar Trevor le había prometido que iría, que nada ni nadie se lo iba a impedir, y sin embargo, una vez más, había mentido.

—Lamento mucho haberte arrastrado hasta aquí, Abigail. Te prometo que nunca más volveré a dejar que participes en mis intrigas.

—Lo único que deseo es que no sufras, mi niña, y ese hombre, aunque no quieras admitirlo, te hace sufrir.

Valentine negó con la cabeza.

—Quizá haya tenido cosas más importantes que hacer —lo excusó en un hilo de voz.

Abigail Sanders, antes su niñera y después su dama de compañía, soltó un ruidoso suspiro.

—Olvídate de ese señor, Valentine. Muy pronto te vas a casar y...

La joven se tensó y sus ojos brillaron furiosos.

—¡No pienso hacerlo!

—No es conmigo con quien debes discutir eso —contestó Abigail con voz serena.

—Lo sé, pero el abuelo no tiene derecho a obligarme. Parece que se le ha olvidado que cuando era pequeña me decía que yo sería libre para buscarme esposo. ¡Omar será el único hombre con el que me case!

—Yo no me haría tantas ilusiones. Tu abuelo es muy firme en esa decisión y no debes olvidar que la culpa de todo esto es tuya. Le tenías que haber presentado a ese hombre personalmente en vez de esperar a que todo el mundo hablase de ti.

—¡Eso no es justo! ¡Yo quería hacerlo!

—Si esa era tu intención debías haberlo hecho.

—Pero...

Abigail la interrumpió.

—¡Por Dios, Valentine! ¿Es qué no te parece extraño que el señorito Trevor se empeñase en llevar vuestro romance en secreto?

—¡Claro que no! Ambos queríamos estar seguros de que sentíamos lo mismo el uno por el otro.

—¿Acaso que un hombre te pida una relación secreta no te hace sospechar?

Valentine suspiró con una expresión infeliz.

—Abigail, yo también he escuchado los mismos comentarios que tú. Aunque no lo creas he hablado con Omar de ello y me ha negado que todo eso sea cierto.

—¡Claro! ¡¿Qué te va a decir él?!

—Yo confío en su palabra y sé que no es cierto lo que dicen, él no es ningún timador y mucho menos un mujeriego.

—¿Y entonces a qué vienen todas esas habladurías si es un hombre tan respetable como dices?

—Es la gente mala y envidiosa, que le gusta inventar sobre él.

Omar Trevor, parisino de nacimiento, era su amor desde que se conocieron ese verano en un baile de máscaras. Las chispas saltaron y por primera vez ella había sentido mariposas en el estómago. Desde entonces había estado viviendo al borde del abismo esperando ansiosa el momento de verse. Algunas veces se encontraban en los lugares más insospechados: la biblioteca, el museo, unos jardines, una calle... y siempre a escondidas del resto del mundo para que nadie interfiriera en su relación. Él le había dicho que estaba tan codiciado —tenía una cuarta parte de sangre real— que intentarían separarlos con todas clases de trampas si sospechaban que estaban juntos. Y así debía de ser.

—Cuando te cases —insistió Abigail, era una conversación que sostenían casi a diario—, te olvidarás del señor Trevor. Tendrás hijos y un hogar. Te enamorarás...

Valentine alzó el mentón con actitud terca.

—¡No puedo amar a nadie más! ¡Jamás seré capaz de querer a otro hombre que no sea Trevor! —Ignoró las miradas de dos caballeros que chupaban sus cigarrillos ante el establecimiento de tabacos y levantó orgullosamente la frente. Bajó la voz cuando añadió—: El abuelo debió haber contado conmigo antes de prometerme a un completo desconocido. Nada más y nada menos que a un pueblerino simplón que seguramente tenga por amistades íntimas a un puñado de vacas. Lo puedo imaginar, ese hombre tiene que ser más de campo que las amapolas. —Gimió—. ¿Qué voy a hacer yo en Texas? ¡Por Dios! Ni siquiera sé montar a caballo, y los animales no me gustan.

—Nunca has estado cerca de ninguno.

—¿Has olvidado el perro que me mordió?

—¡Fue tu culpa meter la mano en su comida mientras él estaba alimentándose! Además, eso pasó hace muchos años. Mi niña, deberías resignarte y aceptar lo que el destino te tiene preparado.

—A ti tampoco te gusta Trevor, ¿verdad?

Abigail se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Sabías que tu abuelo intentó hablar con él para conocer sus intenciones y que no lo quiso recibir? ¿Y que cuando coincidió con él, el señorito Trevor le dijo que no quería formalizar nada por el momento?

—¡Pero es porque se siente agobiado! ¡No quiere que nadie le obligue ni le meta prisa!

Exactamente igual que yo.

Abigail agitó la cabeza. No podía entender cómo Valentine seguía creyendo a pies juntillas en ese hombre. Aparte de regalarle frases hermosas y promesas, no ofrecía nada más.

—Dentro de poco te unirás en matrimonio al señor Wingate. Si en verdad el señorito Trevor está enamorado de ti, hará lo que sea por poner las cosas en claro. Él dará la cara por vuestro amor como debió hacer hace mucho tiempo.

Dudosa, Valentine asintió. Abigail le palmeó la mano con afecto.

—Estoy segura de que cuando vuelvas a ver al señorito Trevor, te contará por qué no ha podido acudir hoy.

Valentine se encogió de hombros con los ojos pintados de angustia.

—Eso espero. Gracias por haber venido conmigo, Abigail.

—No olvides que has prometido no volverte a ver a escondidas con él.

La joven chasqueó la lengua.

—No he prometido nada de eso.

Abigail la miró arqueando las cejas.

—Sí qué lo has hecho.

—He prometido que no te arrastraría a ti, no que...

—¡Ya es suficiente, Valentine! Al final vas a lograr que me enfade y que le cuente a tu abuelo la verdad.

El sol se había escondido en su totalidad y, como por arte de magia, la gente abandonaba las calles.

La policía estaba a punto de comenzar su turno de trabajo. Recorrían las estrechas callejuelas empedradas.

Valentine, ensimismada en sus cavilaciones, no se dio cuenta de que habían llegado a casa hasta el mismo momento en que atravesaban las altas columnas blancas de la entrada. Cansada y apenada se escondió en el dormitorio dejando escapar las lágrimas que había estado reteniendo desde que Omar no apareció.

Desde la ventana de su dormitorio observó como la oscuridad de la noche engullía los jardines traseros delimitados por enormes rejas de hierro forjado. Más allá se encontraba Central Park, famoso por divertir y entretener a toda clase de público con carreras hípicas o actuaciones artísticas, malabares, payasos o simples músicos. Por allí solía haber desde escritores bohemios que pasaban las tardes enfrascados en sus historias, pintores que aprovechaban cada ángulo y cada retazo de luz, niños que jugaban a botar sus barquitos en el lago, hasta trabajadores que se echaban a dormir sobre el césped cuando el tiempo acompañaba.

En Central Park Valentine y Omar se habían encontrado varias veces. Escondidos tras los cuidados setos de figuras geométricas, habían probado el dulce néctar de los besos prohibidos. Valentine había descubierto cómo se oían sus propios murmullos apasionados.

Suspiró. Añoraba su compañía. Él estaba bastante ocupado y cada vez se veían menos.

La casa estaba en silencio. Era una residencia grande y amplia de altos techos y suelos de madera. Poseía varios balcones que daban al exterior, todos ellos con capacidad para un par de personas.

Valentine tomó una pequeña caja de música delicadamente trabajada en madera de roble barnizada. Su tapa poseía unos intrincados dibujos florales calados. Al abrirla, una bailarina blanca con diadema de oro semejante a un angelito, giró vertiginosamente sobre un espejo rodeado de terciopelo rojo. Una triste melodía emergió al son de la cuerda del artefacto. En el interior de la caja había un diminuto retrato de Omar hecho por un famoso miniaturista francés.

Valentine guardaba ese regalo como oro en paño, consciente de ser lo único que poseía de su amor. Él era tan guapo y amoroso...

Cuando Abigail entró en su dormitorio, Valentine cerró la cajita dejándola sobre el tocador junto a unos bonitos frascos de perfume vacíos.

—Tienes que prepararte para la cena. Ahora no te da tiempo a bañarte y tendrás que dejarlo para más tarde. —Abrió el guardarropa y sacó un largo vestido de noche en tonos burdeos—. Este te sienta bien. Lo que no sé es el peinado. Hemos llegado demasiado tarde como para elaborar algo bonito y complicado.

—Con un par de pasadas del cepillo es suficiente —respondió Valentine mirando la ropa con desinterés.

—¡Venga ya, niña! ¡Tu abuelo espera desde hace unos minutos! —apremió Abigail.

Valentine comenzó a desnudarse sin prisas, dejando caer las prendas sobre la alfombra.

Esa noche intentaría volver a hablar con su abuelo sobre su renuncia a casarse con el ganadero, pero sabía de antemano que él no iba a ceder, era imposible convencerlo de retractarse del compromiso. Ni siquiera las lágrimas y los llantos habían surtido efecto, y cuando eso no funcionaba, nada lo hacía.

—No vuelvas a sacar el asunto —le advirtió Abigail leyendo sus pensamientos. La conocía desde hacía muchos años y la quería como si fuera su hija, sabía de sus secretos y sus sueños, era la guardiana de sus ilusiones, su confidente y, como decía Max Kerrick últimamente, también su alcahueta—. Valentine, yo te quiero mucho y sabes que pocas veces discuto contigo. No deseo que seas infeliz, y tu abuelo tampoco aunque creas lo contrario.

—¿Te parece que no, cuando me quiere obligar a hacer algo que yo no deseo?

—¿Le dejaste otra opción cuando te prohibió que volvieras a verte otra vez a solas con ese hombre y le desobedeciste? —preguntó a su vez.

—¡Pero no puede mandar sobre mí!

—Sí que puede, y si él cree que lo mejor para ti es alejarte de Nueva York y de ese calavera antes de que hundas la reputación de la familia, así deberá ser.

—Una cosa es eso y otra muy distinta comprometerme.

—¿Piensas que él es tonto? Todos sabemos que te irías por una temporada y regresarías pasados unos días, o ese hombre iría a buscarte y entonces sí que arruinaría toda tu vida.

—Nadie puede comprender lo que siento —musitó desdichada.

Abigail recogió la ropa que se acababa de quitar y la dejó sobre una silla de madera robusta. Se acercó a Valentine y comenzó a abotonarle los múltiples ganchillos que cerraban su espalda. Valentine era una muchacha muy hermosa a pesar de tener unos ojos demasiado grandes para su cara, sin embargo, el color azul y las tupidas pestañas color humo eran su mayor atractivo. Sus rasgos eran finos y delicados, de mejillas tersas y mentón ovalado. La boca también era muy interesante al poseer labios generosos y una bella sonrisa que formaba un gracioso hoyuelo en una de sus mejillas. Una espesa melena castaña caía revuelta por su espalda.

—Espero que esta noche no venga nadie a cenar, no me apetece tener visitas.

Abigail agitó la cabeza de arriba abajo.

—Pues esta noche no es posible. Me han avisado nada más llegar de que la Condesa Montesinos y su marido están de camino hacia aquí. Por favor, no digas nada delante de ella, que ya sabes lo que le gustan los chismorreos.

Valentine asintió apretando los dientes con mal humor. Doña Margarita Cruz, condesa de Montesinos, era una fuente de noticias inacabable. Conocía todas las novedades de la ciudad, de los alrededores y más allá. Por fortuna o por desgracia, nunca había coincidido con Wolf Wingate, aunque eso no significaba que no conociera cosas del hombre y lo alabara por su intachable arte en los negocios. Margarita adoraba el dinero y los lujos y estaba acostumbrada a asistir a la mayoría de las fiestas neoyorquinas de la alta sociedad, ya que contaba entre sus amistades con muy buenas influencias.

La condesa no era para nada del agrado de Valentine. Desde que era pequeña la había visto como a una mujer prepotente y soberbia. Posiblemente por eso tenía fama de no tener pelos en la lengua y la gente no solía provocarla por temor al escándalo que pudiera formar.

—El abuelo lo ha hecho adrede para evitar que le diga nada. Sabe que esa mujer es... horrible y desagradable y que jamás discutiría con ella delante.

—Seguramente lo ha hecho por eso mismo. Tienes que reconocer que eres bastante pesada al sacarle el tema cada cinco minutos —admitió Abigail haciéndola sentar frente al tocador. Con energía pasó el cepillo sobre el pelo de Valentine hasta hacerlo brillar—. Si eres inteligente, mi niña, la visita de la condesa puede hacerte mucho bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó mirándola a través del espejo.

—Pregúntale sobre el señor Wingate. Estoy segura de que puede darte mucha información sobre él.

Valentine suspiró con fuerza prometiéndose que no iba a volver a llorar.

—Ya te he dicho que no me importa cómo sea ese hombre. No voy a casarme con él.

—De todas formas, averigua. Tienes que ser inteligente, Valentine. Saber qué cosas le gustan y le disgustan... puede que encuentres alguna clase de afinidad con él.

—Lo dudo mucho.

—¿Qué tal si le das celos al señorito Trevor? Puede que si se da cuenta de que en verdad vas a

casarte, haga algo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y si no se lo toma a bien y me abandona?

Sin quererlo, o tal vez sí, Abigail le propinó un tirón de pelos al recoger un grueso mechón que trenzó con velocidad en la coronilla. Valentine gimió.

—¿Cómo te va a dejar si no te tiene? —preguntó la mujer, exasperada—. ¡Haz el favor de despertar de una vez, Valentine!

La muchacha suspiró. Lo que más le dolía era que nadie apostase ni un chelín por Omar Trevor. En las reuniones en que habían coincidido, todo el mundo lo trataba con una educación que rayaba en la indiferencia, y tener el estatus del que él presumía no le servía de mucho en Nueva York. Si hubiesen estado en Europa seguramente las cosas habrían sido diferentes; pero allí los títulos nobiliarios no importaban demasiado. Era incluso más destacable ser un ganadero rico que un noble sin fortuna.

—¿Valentine? —Abigail estaba en la puerta—. Venga, no le hagas esperar más.

La joven se puso en pie. Cruzó pensativa el corredor, bajó la escalinata y se detuvo ante la puerta del salón para mirar hacia el vestíbulo. Los invitados acababan de llegar.

Capítulo 3

—Buenas noches, querida. —Margarita Cruz deslizó su capa de armiño por su robusto cuerpo al tiempo que un sirviente tomaba su prenda junto a un brillante bolso rojo de piel en concordancia con los zapatos de tacón fino—. ¿Cómo estás? —Tomó las frías manos de Valentine entre las suyas con un apretón que pretendía estar lleno de afecto.

La condesa era una prima lejana de la familia, y desde que se había enterado del supuesto compromiso de Valentine —estaban seguros de que Wolf Wingate aceptaría tarde o temprano— acudía a la casa siempre que podía para saber cuándo podría conocer al rancharo. Deseaba estar presente en la petición de matrimonio para luego poder contarlo de primerísima mano. También porque Texas era una ciudad que le fascinaba.

De sobra sabía Valentine que más de una vez iría de visita al rancho, y con intenciones de pasar largas temporadas.

—Doña Margarita, es un gusto volver a tenerla aquí. ¿Dónde está su esposo? —Fingió buscarlo con la vista—. ¿Hoy no ha venido?

—Vendrá más tarde. Tenía una reunión bastante importante que no podía aplazar. Si no te importa, voy a sentarme. Con el cambio de tiempo las piernas y los tobillos se me hinchan mucho. —Entró en el salón y caminó hacia el amplio diván que ocupaba el centro de la sala. La joven la siguió en silencio, expectante—. Estás preciosa, Valentine, aunque te estás quedando demasiado delgada. ¿Max todavía no ha bajado?

—No creo que tarde. Abigail me dijo que estaba aquí, pero se habrá olvidado de algo. ¿Quiere una copa de jerez?

Sin esperar respuesta, estaba segura de que la condesa iba a aceptarlo, sirvió dos copas y le entregó una.

—Bueno, imagino que estarás nerviosa, dentro de poco vendrá ese hombre a conocerte. ¿Sabes algo más de tu futuro esposo?

El corazón de Valentine pegó un brinco en el pecho. Negó con la cabeza y recordó las palabras de Abigail. Apartó su bebida sobre una mesa colocada frente al diván. La verdad era que no sabía nada del ganadero. Tenía la esperanza de no casarse con él, sin embargo, en ese momento

tuvo que admitir que le preocupaba que las cosas no saliesen como ella quería.

—No he sabido nada. ¿Usted sí? —Se frotó las manos con un gesto nervioso. No quería que la condesa percibiese su ansiedad—. Como tiene tantos contactos y amistades, quizá le hayan dicho algo.

La condesa, haciéndose la interesante, cosa que adoraba, se pasó la mano por la falda alisando varias arrugas.

—El fin de semana pasado conocí a una muchacha muy linda llamada Isabel Porter. Su padre tiene negocios con el señor Wingate. La verdad es que ella no me dijo nada que yo no supiese. Le pregunté por su físico y me dijo que era muy apuesto y que rondaba los treinta, pero nada más. —Se inclinó para tomar su copa—. Siento mucha curiosidad por conocerlo, la verdad.

Valentine elevó las elegantes cejas durante unos segundos. Dudaba mucho cuando doña Margarita decía que alguien era apuesto, o guapo, o atractivo. Los gustos de la dama dejaban mucho que desear, claro que si se lo habían dicho...

Por muy atractivo que fuese, no creía que lo fuera tanto como Omar. Nunca había conocido a nadie como él. Robusto, sin llegar a ser obeso; rubio, de increíbles ojos verdes que siempre brillaban risueños; labios carnosos y sensuales. Suspiró y repasó lo que la condesa acababa de decirle.

—Si tiene treinta años no es tan mayor como pensaba —musitó.

—¡Claro que no es mayor, muchacha! Tu abuelo no te iba a entregar a un viejo.

Valentine se pasó una mano por la nuca y sintió los músculos tensos. Nunca lograba sentirse cómoda del todo junto a la condesa. La mujer vestía de gris marengo, con un ridículo volante de terciopelo negro en el bajo de la falda. El cuerpo simulaba una abullonada blusa con una profusión de volantes y encajes en el cuello.

—Yo pensaba que él jamás pactaría un compromiso sin antes decírmelo y lo hizo.

—Yo tampoco lo imaginaba nunca; que yo sepa, tu abuelo no tiene apuros económicos, ¿o me equivoco?

Valentine tensó sus hombros, ofendida.

—No, no los tiene —respondió con sequedad.

Le dio rabia que esa arpía pensase eso; A pesar del título de la condesa, los Kerrick poseían mucha más fortuna y prestigio que ella y que muchos otros. Sin embargo, tampoco le confesó la verdadera razón de por qué la había comprometido. Decirle eso a la condesa era, no solo ponerse la soga al cuello, sino saltar al vacío sin posibilidad de salvarse.

—A saber qué motivo es el que lo ha empujado hacer eso, porque si no es por dinero, no entiendo...

Conteniendo un bufido impropio de una dama, Valentine la interrumpió:

—El motivo es el rancho de El Paso. No sé por qué le interesará tanto, ese edificio es más viejo que el fuego.

—Ah, sí, es cierto. Hay que reconocer que esas tierras son magníficas. Fue una pena que las

tuviese tanto tiempo abandonadas. Si yo hubiese tenido suficiente dinero me habría ofrecido a comprarlas.

La joven intentó sonreír, pero estaba demasiado furiosa para ello. Por nada del mundo hubiese permitido que la condesa se quedase con las tierras que sus padres tanto habían adorado. Su madre se retorcería en su tumba si ocurriese eso. Ella y la condesa nunca se habían llevado nada bien.

—La propiedad no estaba en venta, doña Margarita.

La mujer se encogió de hombros.

—Regresando al tema de tu prometido, imagino que tendrás que comprarte ropa de campo para vivir allí.

Valentine entrecerró despacio los ojos y se tragó todas las ganas que sentía de gritar. No se veía viviendo en medio del campo, rodeada de animales. En esos momentos era cuando más necesitaba a Omar; oírle decir que todo estaba bien y que huirían lejos hasta que se pudieran casar. ¿Dónde estaba para sacarla de su confusión? ¿Para liberarla de aquel tormento?

—Doña Margarita, lo que a mí me parece extraño es que el señor Wingate, teniendo tanto dinero como dicen, no se haya buscado una esposa entre sus conocidos.

—Es por el mismo motivo que tiene tu abuelo de unirse a él; por las tierras. —Bebió el último trago y miró el reloj rectangular con marco dorado que colgaba sobre la chimenea—. Al parecer ese hombre está deseoso de conseguir esos terrenos, y Max sabe que cuidará de ellos con todo el cariño que merecen. Estoy del todo segura de que cuando ese hombre te conozca va a caer rendido a tus pies. Eres muy bonita y, sin duda, una de las jóvenes más codiciadas de Nueva York. O por lo menos lo eras hasta hace poco. —Sacudió la cabeza, disgustada—. ¡Mira que dejarte enredar por ese hombre! Trae locas a todas las muchachitas ingenuas como tú. ¿Cómo no te distes cuenta antes?

—¿Qué quiere decir? —preguntó con el corazón latiéndole con fuerza—. ¿Darme cuenta de qué? El señor Trevor es un hombre...

—¡Un truhan! ¡Un mujeriego empedernido! Y si no lo ves así es porque eres más ciega que un topo —interrumpió—. No trates de defender a ese francés ante mí.

—¡Por favor, doña Margarita! No me trate de estúpida —exclamó con un gesto de dolor—. Hablar de mí es fácil. Ser como yo es lo difícil.

La condesa la observó con una mueca cínica.

—Nunca he conocido a nadie tan poco entusiasmada con una boda como lo estás tú —recriminó sirviéndose otra buena medida de jerez—. Tus parientes han elegido todo con un gusto soberbio. Va a ser una ceremonia muy sonada y los periodistas acudirán en tropel a la iglesia para dar fe del casamiento con una gran exclusiva y, mírate... —la señaló con el dedo mostrando una larga uña arreglada—, cualquiera diría que vas a ir a un funeral. Y lo peor de todo es que no puedes disimular que ese hombre, el francés —lo dijo con tono despectivo—, te cautivó del todo. Espero que hayas sido sensata y no te dejases seducir por ese tipo. Tú ya me entiendes.

—¡No, claro que no! ¡Entre nosotros no ha pasado nada! —volvió a exclamar, otra vez ofendida—. Y si no se me ve entusiasmada, es solo porque me apena vivir lejos del abuelo, nada más —mintió.

—Podrás venir a visitarle siempre que quieras.

—Lo sé, pero allí no conozco a nadie... —Se iba a encontrar muy sola, y esa sensación era como cargar una enorme losa sobre sus hombros.

—Lo que ocurre, jovencita, es que siempre has estado demasiado protegida. Tu abuelo y la misma Abigail te han intentado mantener en el interior de una burbuja. Tienes que abrirte un poco más a la gente, sobre todo ahora. Y, por supuesto, no creerte siempre lo que se dice por ahí. Sabrás que el ganado de tu futuro marido es de los más demandados del país. Con asiduidad lo invitan a reuniones y fiestas donde acuden personas muy importantes. ¿Sabes qué significa eso? Tendrás que dejar el nombre de los Kerrick bien alto. De no ser así avergonzarías a tu abuelo, y él confía demasiado en ti.

Valentine tragó con dificultad.

—En realidad todo el mundo da por sentado que habrá boda, y todavía no lo sabemos con certeza, doña Margarita. El señor Wingate todavía no ha dado ninguna respuesta.

—Yo diría que eres tú la única que lo dudas. Por mi parte, yo tengo todo listo desde hace varias semanas. Me he comprado un chaquetón de piel de zorro que me ha costado una fortuna, pero bien lo vale. El señor Wingate va a invitar a personas muy importantes e influyentes.

Valentine, de repente, se quedó fría y se acercó a la chimenea a remover las ascuas con el atizador. La voz de la condesa flotaba en el salón, pero ella dejó de prestarle atención. De vez en cuando asentía fingiendo que su cháchara le interesaba. Pero en realidad no lo hacía en absoluto. Las palabras que había dicho antes sobre avergonzar a su abuelo se grabaron en su mente a fuego. Lo último que quería era que su abuelo sufriese de ninguna manera. Él siempre se había portado con ella como lo hubiese hecho su padre de estar vivo. Lo amaba.

La sala donde se hallaban estaba muy iluminada en comparación con el exterior, que se veía a través de las dobles puertas del mirador.

—¿Por qué tardará tanto Max en venir?

Aquella pregunta sacó a Valentine de sus reflexiones.

—Estaba pensando lo mismo —respondió, tirando de un fino cordón dorado, situado cerca del hogar.

Un sirviente acudió al momento.

—Bob, por favor ve a buscar a mi abuelo. Y dile a alguien que nos sirva algún aperitivo, estoy muerta de hambre.

—Enseguida, señorita.

Max guardó la misiva en el cajón superior del escritorio y se estiró la chaqueta. Tenía una noticia importante que dar a su nieta, y sabía que iba a sorprenderla. Sorprender no era lo mismo que agradar, y debía tenerlo muy en cuenta.

De camino a la sala escuchó la voz de doña Margarita y se detuvo unos segundos antes de entrar. Últimamente se notaba bastante cansado, sobre todo cuando le daba ese extraño dolor en el pecho que no quería comentar a nadie. Una vez que dejase todo solucionado pensaba hacerse un chequeo en profundidad. Era muy consciente de que había algo dentro de él que no marchaba muy bien; sin embargo, no quería preocupar a Valentine.

Siempre había sido un hombre fuerte y vigoroso. Se había quedado viudo hacía muchos años, y después de la muerte de su nuera y de su hijo Charles, se había dedicado en cuerpo y alma a criar a Valentine. Iba a ser muy duro separarla de él, sin embargo, aquel camino ya no tenía retorno.

Capítulo 4

— ¡No puedo enamorarme de nadie más! ¡Jamás seré capaz de amar a otro hombre...!

Wolf Wingate se apartó ligeramente del camino para dejar pasar a las dos mujeres que caminaban por la acera. No solía ir fijándose en la gente, empero una de ellas era una de las mujeres más hermosas que había visto nunca. Su larga y ondulada cabellera castaña caía en una onda sobre uno de los estrechos hombros y enmarcaba una cara de pómulos altos, ojos grandes claros rodeados de espesas y largas pestañas, nariz fina y recta y una boca exquisitamente tallada digna de ser besada.

Por unas décimas de segundo la mujer lo había mirado y él había sentido una especie de corriente eléctrica tocando cada fibra de su cuerpo. Aquel simple cruce de miradas le hizo girar ciento ochenta grados y contemplarla a placer. Era una mujer alta y esbelta, dotada de perfectas curvas.

— ¡Vaya cómo está la mozuela! —silbó Richard propinándole un suave codazo en el brazo.

Wolf sonrió con una mueca divertida, no podía estar más de acuerdo con su amigo.

— Tiene un buen revolcón, sí señor. Creo que debería haber venido antes a Nueva York — bromeó.

— Esto no puede ser bueno. Acabamos de llegar y ya estás enamorado.

La mujer escapó de su campo de visión y soltó despacio el humo de su cigarrillo, decepcionado.

— Tal vez deba seguirla.

— ¡No digas sandeces!

— No es por falta de ganas. — Wolf arrojó su cigarro al suelo y, después de sacudir su elegante sombrero de piel, tomó a Richard del brazo. La música del organillero flotó en el ambiente ahora con el delicioso aroma de guisado que escapaba de algún local de comidas—. Vamos a comer algo, tengo tanta hambre que sería capaz de comerme una vaca yo solo.

Richard estuvo de acuerdo.

Cenaron en un concurrido restaurante. Un local elegante. Ambos hombres eran de buen comer, sobre todo si se trataba de enormes chuletones de ternera acompañados de patatas y boniatos

asados y un buen vino. Después visitaron algunos de los clubes de la ciudad y terminaron la noche en un teatro que recién estrenaba compañía. Su función era bastante picante y subida de tono. Las actrices llevaban escasas ropas y la mayoría eran tan transparentes que no dejaban nada libre a la imaginación. Entonaban canciones capaces de hacer arder los delicados oídos femeninos de las damas, en caso de haberlas, lo que Wolf dudaba. Desde luego, él nunca permitiría a ninguna mujer de su familia acudir a un lugar así.

Más tarde, la compañía de teatro celebró su éxito y buena acogida en el vestíbulo, junto a los espectadores que habían acudido a la última función del día.

Richard y Wolf se separaron unos minutos, y mientras Richard se iba a jugar unas manos a los naipes, Wolf se apoyó contra el mostrador de las bebidas esperando que le sirviesen. Dejó vagar sus ojos grises por el local hasta detenerse en una ancha escalinata de mármol. Allí, una hermosa muchacha vestida con una pieza negra que dejaba parte de su pecho al descubierto, descendía los escalones parándose en todos los peldaños. Ella sabía que de ese modo atraía la mirada de todos con su estudiada bajada. Sus cabellos rojos eran tan excitantes como su bonita boca pintada del mismo color. Una boca que comenzó a sonreír nada más descubrir a un caballero alto que acababa de entregar su capa y su sombrero, y que se acercó a ella con paso firme.

—Te estaba esperando, Trevor —rió la mujer llegando al final de la escalera justo cuando el hombre se acercaba.

Wolf se cruzó de brazos, y no porque le gustara curiosear, sino porque la pareja se había detenido frente a él y le quitaba el campo de visión del resto del local.

El recién llegado palmeó las nalgas de la pelirroja y, susurrándole algo en el oído, se alejaron hacia otro lugar de la estancia más íntimo. Por unos segundos Wolf envidió al tipo.

Como a él no le apetecía unirse a la partida prefirió quedarse en el bar en compañía de dos bellas muchachas que se le acercaron entre risas; la noche no se le dio nada mal. Y cuando él y Richard llegaron al hotel donde se alojaban ya era de madrugada. Las primeras luces del alba se reflejaban en las estrechas y empedradas calles. Los suelos se hallaban mojados, como si hubieran limpiado la calzada hacía poco. El olor de pan y café recién hecho flotaba en el ambiente.

En el mostrador de recepción Wolf tenía un mensaje esperando. La nota había llegado la noche anterior y se trataba de Max Kerrick invitándolos a comer.

Wolf se pasó la mano sobre la cabeza revolviendo su espeso cabello negro. Debía haber imaginado que el hombre contestaría de ese modo la carta que le había hecho llegar la tarde anterior, donde le informaba que había llegado a Nueva York. Ahora se arrepentía de haber salido esa noche. El viaje en tren que había iniciado en la mañana temprano y esas ganas locas de perderse en la ciudad le habían dejado el cuerpo como si lo hubieran atropellado un par de veces.

—¿De qué se trata? —preguntó Richard, tambaleándose ligeramente.

—El señor Kerrick nos espera. En unas horas conoceremos a mi prometida.

—Estoy impaciente por saber cómo es.

—Dudo mucho que tanto como yo.

Richard asintió al tiempo que entraba en el ascensor y apoyaba la espalda contra una immaculada pared de espejos, tampoco estaba como para prestar atención, se había pasado con el alcohol y la espesa nube de su mente le obnubilaba los sentidos.

El empleado que vestía un uniforme celeste, apretó el botón después de cerrar unas dobles puertas de hierro calado.

—Te has dirigido a ella como tu prometida —comentó Richard buscándole los ojos. Arrastraba las palabras al hablar—. ¿Es posible que hayas tomado una decisión ya?

—Es posible —respondió—. Quiero ese rancho. Llevo varios días pensando en ello y, después de todo, ella está avalada por el apellido Kerrick. Fuiste tú mismo quien dijiste que siempre podía buscarme... ya sabes... —Miró de reojo al empleado, que fingía no escuchar nada.

Richard asintió de forma exagerada.

—¡Bravo, amigo! ¡Bravo!

Valentine salió al balcón envuelta en un largo camisón blanco. Se estremeció. Hacía frío y todo el jardín estaba cubierto por una ligera niebla. El día había amanecido gris y triste, como su estado de ánimo. Nubes con siluetas grotescas y de un tono más oscuro que el cielo sobrevolaban la ciudad con velocidad, movidas por el viento frío del otoño.

No había podido pegar ojo en toda la noche y las ojeras que llevaba lo confirmaban. Su abuelo le había dicho antes de retirarse a su dormitorio que el ganadero estaba en Nueva York y que seguramente acudiría a comer ese día.

Su sueño de una vida con Omar se escurría entre sus dedos como quien coge agua con las manos con intención de retenerla, pero sin poder evitar que, poco a poco y gota a gota, se escapase.

Angustiada, lloró su desdicha dejando que el viento frío limpiara sus lágrimas. Lloraba porque no tenía el coraje de enfrentarse al abuelo negándose a la ceremonia. Podía haber tratado de huir, cierto, o incluso haber escogido la otra opción de su abuelo, que era la de encerrarse en un convento, pero no se imaginaba rezando con otras mujeres durante todo el día; además, dominaba el bordado lo justo y lo odiaba tanto como la costura. Desde luego el convento era el lugar más ideal para volverla loca. Al menos, en el rancho de Texas no sabría cómo se sentiría, pero sería libre. ¿Para pasear entre vacas?

Acabó sollozando en el balcón, sorbiendo por la nariz e hipando. Se sentía caer en un pozo sin fondo, del todo abatida. Si Omar no la sacaba de allí en los siguientes días, veía de manera inevitable que todo se acabaría entre ellos.

Valentine había perdido a su madre por una grave enfermedad, cuando contaba con diez años. Charles Kerrick había intentado hacerse cargo de ella pero no soportó la dolorosa muerte de su

esposa y se suicidó dos años después lanzándose desde un puente hacia el vacío. A los doce años ella había quedado a cargo de Max, gracias al cielo que estaba Abigail que era la única que la comprendía. Valentine lamentaba con profundo pesar haberla involucrado en su locura, y más cuando ella le había advertido que el hombre al que amaba no era tan de fiar como creía, aun así Abigail era la única persona a quien podía encomendarse.

Regresó al dormitorio restregándose los ojos. Su recámara estaba decorada con sobrios muebles de ébano, y una alfombra Aubusson cubría los suelos y silenciaba sus pisadas.

Se lavó la cara limpiando las lágrimas y se puso la bata. No era extraño que fuese de las primeras en levantarse, a veces lo hacía antes que el servicio.

Cruzó la cocina hacia la puerta trasera, abrió y, justo en ese momento, el repartidor de periódicos estuvo a punto de darle con uno de ellos que llegaba volando desde el aire. El zagal se ruborizó.

—Lo siento mucho, señorita, no me di cuenta.

Valentine se inclinó para cogerlo.

—No te preocupes, no pasa nada. No has llegado a darme, pero la próxima vez intenta tener cuidado. Los tiras muy fuerte.

—Sí, señorita.

Valentine lo vio marcharse con la bicicleta y entró de nuevo en la casa. Se sentó frente a la mesa donde comían los empleados y echó un vistazo al diario antes de que su abuelo llegase para quitárselo. Al poco tiempo llegó Abigail. Valentine la saludó con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Buenos días.

La mujer se sirvió leche en un tazón de porcelana y agarró un mendrugo de pan del día anterior.

—Buenos días, mi niña ¿No pudiste dormir bien? Tienes mala cara. Si no comienzas a cuidarte vas a enfermar.

Valentine esperó a que se sentara junto a ella.

—Estoy muerta de miedo —susurró con los ojos clavados en el puño de su pesada bata floreada de tonos malvas. Tomó una de las manos de Abigail sobre la mesa—. Soy una cobarde. Quisiera que nada de esto estuviera sucediendo. Abigail, no me quiero casar —suplicó con voz angustiada. Estaba a punto de romper a llorar de nuevo.

—Estás en edad casadera ,y además esto ha sido culpa tuya.

—¿Seguirás restregándomelo siempre?

—Sabes que tu abuelo te hubiera dejado elegir pero... —se encogió de hombros—, ahora ya es tarde.

—He pensado que voy a ser sincera con el señor Wingate. Le voy a decir la verdad.

Abigail se asustó.

—¿Qué verdad?

—Que estoy enamorada de otro hombre.

—¿Sabes que calladita estás más guapa?

—Lo sé, pero me gusta jorobar —respondió con terquedad.

Abigail soltó un suspiro cansado.

—Mi niña, eso no te va a servir de nada. ¿Crees que él no escuchará los rumores que corren por la ciudad del señorito Trevor y de ti? Puedes decírselo si quieres, eso sería muy valiente por tu parte, pero no creo que evite que él siga deseando el rancho. Si no tuviese la mínima intención de casarse no habría venido, y desde luego habría rechazado la oferta de tu abuelo.

—¡Pues si se ha enterado de lo mío con Omar, me alegro! —dijo obstinada, soltando la mano de Abigail—. ¿Sabes que él ya está aquí?

La mujer apartó el tazón a un lado, apoyó los codos sobre la mesa y, con el mentón sobre sus manos, observó a Valentine, fija.

—Sí, se lo escuché decir a tu abuelo después de que la condesa se marchase. —Hizo una pequeña pausa—. Mi niña, tú eres buena y cariñosa, educada, y te preocupas por los demás. Adoras a los niños y una vez al mes vas al comedor público y ayudas a los más necesitados. El hombre que se case contigo valorará todas esas cosas.

—¿Pero soportará que yo ame a otro?

—¡Claro que no! Y en modo alguno debes decirle que amas a otro. Tiene que pensar que es algo que has dejado atrás.

—¿Por qué?

—Porque él esperará que algún día puedas amarlo a él.

—¿Y si no puedo?

Abigail alzó las cejas durante unas décimas de segundo.

—¿Lo intentarás al menos? Por favor, debes hacerlo por tu abuelo, y sobre todo por mí. He tratado de educarte y enseñarte lo mejor posible. Si ahora haces algo que abochorne a la familia nos culparán a mí y a Max. Dirán que no hemos sabido hacer de ti la dama que corresponde. Tu madre se sentiría muy decepcionada.

Valentine se mordió el labio. Sus ojos se empañaron.

—Me quieres hacer sentir culpable, te conozco.

—No es cierto. Eres lo bastante mayor como para saber qué es lo que debes hacer. Algún día te darás cuenta de que...

—Lo sé, Abigail —interrumpió—. Por ese motivo te prometo que actuaré como se espera de mí. Voy a hacer que os sintáis orgullosos.

—Siempre lo hemos estado, Valentine, y confiaba en que entrases en razón de un momento a otro.

—¿Tú nunca te has enamorado? ¿No has tenido un sueño?

—Mi sueño más grande es el que me da después de comer.

—Estoy preguntándotelo en serio.

—Lo que sientes por ese hombre no es amor. Solo te sientes halagada porque se ha fijado en ti.

—Pero estos días pasados...

—Olvídalo, mi niña. Reconozco que he tenido miedo de que perdieses la cabeza e hicieras alguna locura, pero confiaba en que te retractarías.

Valentine tragó con dificultad. Sentía como se le encogía el corazón por momentos.

—Sé que Omar es y será el único hombre al que quiera de verdad, sin embargo, tienes razón, Abigail, si él me amase tan solo un poco vendría a buscarme e intentaría hablar con el abuelo. Todo esto me da mucha pena. Él está atravesando un mal momento, su padre está a punto de desheredarle y yo encima lo abandono. No sé cómo se tomará todo esto.

—¿Quiere desheredarle? ¿Por qué?

La joven se arrepintió de habérselo comentado. Se encogió de hombros.

—No me lo ha querido decir para no preocuparme. Y yo tampoco he querido que pensase que era una curiosa. Lo que sé es que no debe llevarse muy bien con él. No sé el motivo.

—¿Conoces al padre del señorito Trevor?

Valentine negó.

—No. Creo que el hombre vive en Europa y nunca ha salido de allí.

—Lástima que el señorito Trevor no hiciese lo mismo —susurró muy bajito.

Valentine la escuchó y frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Abigail se disculpó.

—Perdona, mi niña. Yo también estoy algo quisquillosa estos días y sé que no es esto lo que deseabas oírme decir.

Claro que no era eso lo que esperaba de ella. Sin embargo, no tenía más remedio que perdonarla.

—Abigail, ¿y si no soy del agrado del ganadero? A lo mejor es él quien no se enamora de mí. Después de todo, hay que ser sinceras, se casa por el interés.

—¡Pero bueno! ¿Cómo puedes decir eso cuando tu abuelo ha tenido que rechazar a tantos pretendientes?

—No a tantos. Hace tiempo que no veo que nadie...

—Justo desde que empezaron los rumores de lo tuyo con ese hombre —respondió Abigail con los dientes apretados por la rabia—. Mírame bien. ¿Acaso te gustaría que el señor Wingate tuviese alguna amante?

—No he dicho eso.

—¡Pero lo estás pensando!

—Tampoco es tan malo desear eso.

Abigail cogió el asa del tazón con dos dedos.

—¿Sabes qué pasaría si sucediese eso mismo? —Valentine negó—. Que te quedarías sola toda

la vida.

—Entonces me alegro mucho de que te vayas a venir conmigo a Texas —respondió con terquedad.

—¿Quieres saber qué es lo que yo desearía? —preguntó. Valentine negó con la cabeza. Sabía que se lo iba a decir de todas formas—. Que te enamorasés locamente del señor Wingate y que te tragases todas tus palabras. —Le faltó por decir «y que Omar Trevor lo viese».

Valentine se limitó a suspirar antes de decir:

—Ojalá lleves razón.

—Pocas veces me equivoco.

Capítulo 5

Más nerviosa a medida que se acercaba la hora, Valentine dejó que Abigail la ayudase con la ropa. Había elegido para la ocasión un grueso y recatado vestido en tonos castaños, con el cuello tipo emperatriz que ocultaba su nuca y dejaba un escote moderado que realzaba los senos de una forma muy bonita. Sobre la cintura llevaba un fajín con finos cordones entrecruzados en la espalda acentuando su talle delgado y esbelto. La falda caía hasta el suelo ocultando sus escarpines.

Se miró en el espejo una vez más. Una gruesa trenza descansaba sobre uno de sus hombros y se había colocado los pendientes que habían pertenecido a su madre, unas perlas con forma de lágrimas que se agitaban cada vez que movía la cabeza. Le hubiese gustado no verse tan bonita, pero si se cambiaba de nuevo, Abigail sospecharía, y no quería herir sus sentimientos. Y en ese momento la mujer la contemplaba con orgullo.

—Lo vas a dejar sin aliento. Ve yendo hacia la sala, yo iré a ver si Bob ha encontrado el vino que le ha pedido tu abuelo de la bodega. ¡Mira que dejarlo todo para el último momento!

Valentine asintió. Se pasó las manos sobre la falda y, tras soltar un hondo suspiro, hizo lo que Abigail le había dicho. Estaba tan nerviosa que estaba segura de que su abuelo, en el despacho situado al otro lado de la casa, era capaz de escuchar los enloquecidos latidos de su corazón.

La aldaba de la puerta resonó en el vestíbulo en el momento en que ella pasaba hacia la sala. Se detuvo en seco y esperó que alguien acudiese a abrir. Los segundos se sucedieron y llamaron otra vez.

—¿Puede abrir usted, señorita? —preguntó la cocinera llegando ligera por el corredor con las manos llenas de harina—. Abigail y Bob están abajo y la doncella ha salido al patio a tirar basura.

¿Justo en ese preciso momento tenían que desaparecer todos? ¡Demonios, no estaba preparada para conocer a Wolf Wingate todavía!

La cocinera insistió con las cejas arqueadas.

—¿Puede?

—Sí, claro —murmuró entre dientes. También podía lanzarse por la ventana más alta de la

casa y fingir que había sufrido un accidente. Sacudió la cabeza. Ella era una cobarde, no una suicida—. Lo haré yo si no hay más remedio...

Dudaba de que la cocinera la hubiese oído. Se había vuelto y caminaba con prisa hacia la cocina.

Valentine respiró hondo un par de veces tratando de calmar los feroces latidos de su corazón y clavó malhumorada los ojos en la puerta. ¿Y si ignoraba la llamada?

Otra vez la aldaba retumbó, esta vez de un modo más insistente.

Soltando un suspiro, abrió la puerta con manos temblorosas. Bajo el umbral observó a dos elegantes caballeros que la miraban con caras desconcertadas y confusas. Tuvo que levantar la vista para ver algo más que no fueran esos fornidos pechos. Ambos eran altos como torres y grandes como castillos. Uno de ellos era el señor Wingate, pero ¿quién de los dos?

Se pasó la diminuta lengua por el labio inferior y les regaló una sonrisa amable.

—¿Puedo ayudarles?

—¿El señor Max Kerrick? —preguntó uno de ellos tras carraspear. Era un hombre moreno con el cabello en diferentes tonos que iban desde el marrón oscuro al bronce. Sus ojos, del color del chocolate derretido, brillaban divertidos como si algo en particular le estuviese haciendo gracia.

Valentine frunció el ceño.

—Es mi abuelo. ¿Les está esperando? —No sabía por qué lo preguntaba cuando era tan obvio, pero quizá su mente se negaba a creer que uno de ellos fuese Wolf. Y lo asombroso era que no dejaba de preguntarse quién. Ninguno era tan hermoso como su Omar, ni tenía la mirada tan verde y tierna, ni sus sedosos cabellos... Pero lo cierto es que estos eran apuestos y, sin duda, debían tener una larga lista de codiciosas enamoradas tras ellos.

—Sí, nos está esperando —volvió a decir el hombre. De repente, ambos al mismo tiempo, se dieron cuenta de que ni siquiera se habían quitado el sombrero y lo retiraron con rapidez.

Valentine señaló el cielo que veía tras ellos.

—Pasen dentro, por favor. Si no llueve hoy, poco falta.

Las pesadas nubes parecían dispuestas a descargar en cualquier momento.

—Es cierto —contestó el otro, que hasta el momento se había limitado a estudiarla con abierto descaro.

Ella lo miró a su vez. Se fijó en que tenía unos increíbles ojos grises. Era también moreno, sin embargo, su pelo era negro como el tizón. Lo llevaba algo revuelto tras sacarse el sombrero y un grueso mechón caía con descuido sobre su frente. Todo en él destilaba fuerza, rasgos enérgicos y varoniles.

Valentine se apartó para que entrasen. Captó sus aromas masculinos junto al frío adherido en sus ropas y, por algún extraño motivo, sus piernas comenzaron a temblar.

Abigail llegó hasta ellos con pasos presurosos. Se ganó una mirada molesta de Valentine.

—¿Me permiten sus abrigos, señores?

Uno le entregó la prenda con el sombrero. El otro hombre, el de los ojos grises, colgó sus

prendas en el alto perchero que flanqueaba la puerta. Sus movimientos eran gráciles y elegantes, como los de un felino.

—Valentine, si no te importa, los llevas a la sala mientras aviso a tu abuelo.

La joven asintió. No tenía más remedio.

—Sí, claro, no te preocupes.

Abigail se volvió hacia ellos contemplándolos con fijeza una vez más. Valentine supo que estaba tratando de descubrir quién de los dos era Wolf. Cambió una mirada nerviosa con ella.

—Sígueme por aquí.

La muchacha se abrió paso entre ellos. Al adelantarlos sintió en su espalda el calor de sus ojos. No sabía por qué, pero tenía la ligera sensación de que le sonaban sus caras. Como si se hubieran visto en algún otro momento.

—Imagino que sabe quiénes somos, sin embargo, es mejor que nos presentemos. Yo me llamo Richard Flanders.

Valentine medió giró la cabeza. Los observó sobre el hombro. Enseguida sus ojos se fueron al del cabello negro y ojos grises adivinando que él era Wolf Wingate.

—Mi amigo es Wolf Wingate —confirmó Richard con una exultante sonrisa—. Su prometido, creo.

Valentine creyó escuchar un poco de sorna en su voz y se tensó arrugando la frente.

—Casi prometido —le corrigió—. Todavía no hemos llegado a ningún acuerdo, creo.

Wolf esbozó una sonrisa divertida.

—La señorita Kerrick lleva razón, Richard. Aún no hemos formalizado nada.

Con el fin de ocultar el rubor de sus mejillas, Valentine continuó caminando hasta ingresar en la sala. Allí se giró a ellos y descubrió la mano de Wolf tendida hacia ella.

—Es un placer, señorita Kerrick.

Los dedos de Valentine se perdieron entre los de él. La mano era grande y tostada comparada con la suya. Wolf se inclinó y posó los labios en sus dedos. Ella ahogó una exclamación y sus sentidos quedaron afectados. No había esperado que su primer encuentro con ese hombre fuese tan arrollador.

—Por fin nos conocemos —susurró Wolf.

Ella era incapaz de pronunciar palabra. Su garganta se había secado de repente. No había esperado para nada que ese hombre fuese tan tan guapo y galante. Pestañeó con fuerza. ¡Por Dios, no podía ser tan superficial! O mejor dicho tan frívola. Sintió un ramalazo de culpabilidad, como si de alguna manera estuviese siendo infiel a Omar. Se apartó ligeramente de Wolf.

—Es un placer conocerlo. —Miró a Richard y rectificó—: Quería decir, conocerlos a ambos. ¿Son parientes?

—Amigos y vecinos —respondió Richard paseando los ojos por la estancia. Wolf, en cambio, no hacía nada más que mirarla con un enigmático brillo en sus ojos.

—Tomen asiento, caballeros. ¿Quieren tomar algo?

Se acercó al aparador y con dedos torpes sacó dos copas de cristal de bohemia.

—Yo preferiría café si no es molestia —respondió Wolf con voz ronca—. No acostumbro a beber desde tan pronto.

Valentine se ruborizó. Devolvió las copas a su lugar y se giró hacia Richard.

—¿Usted también quiere café?

—Sí. Por favor.

—Voy yo misma a buscarlo. En este momento los empleados están todos ocupados porque el abuelo los avisó a última hora de que tendríamos invitados. Con permiso. Pónganse cómodos, están en su casa.

Pasó de nuevo junto a ellos. Era consciente de que no era educado dejarlos solos en la sala. Tampoco lo había sido abriendo ella misma la puerta, o que no estuviese el abuelo para recibirlos. Sin embargo, por parte de Wolf tampoco había sido correcto llevar a ningún amigo. Tenía la sensación de que Richard estaba allí solo para dar el visto bueno, como si estuviesen comprando una res.

Abandonó el salón con paso ágil y sin volver a mirar atrás. Estaba abrumada y confundida con Wolf. No tenía ninguna pinta de ranchero, al revés, vestía elegante con ropa hecha a medida.

Wolf Wingate ocultó su sorpresa al reconocerla en el mismo instante en que abrió la puerta. La encontraba mucho más bonita de lo que creía recordar, aunque ahora se daba cuenta de que el encuentro en la calle había sido muy fugaz y que ni siquiera el día anterior había reparado en sus preciosos y enormes ojos azules, ni en la sonrisa añorada que se le antojó tan tierna. Para su mala fortuna también recordó sus palabras: «Jamás podré enamorarme».

—¿Qué piensas? —preguntó Richard. Él lo miraba con atención.

Wolf le dedicó una sonrisa burlona.

—O es por culpa de la resaca o diría que es cosa del destino. Recuérdame que otro día no beba tanto. ¿Tú también la has reconocido?

—Es difícil olvidar una muchacha tan bonita. Ahora no sé si codicio tus tierras o a tu prometida.

—Sin duda es preciosa.

—Parece un cordero asustado —apuntó Richard.

Wolf lo contempló serio.

—Está nerviosa y no me conoce de nada. Es algo de lo más normal.

—Es posible.

—¿Tú también te has dado cuenta de que no parece muy entusiasmada con todo esto?

—Sí, tengo esa ligera sospecha. También me pregunto la verdadera razón de que su abuelo quiera concertar su boda. Me refiero a que no me ha parecido ver nada fuera de lo normal en ella.

—Estaba pensando en lo mismo. ¿Crees que pueda tener alguna enfermedad que no se aprecie a simple vista?

Richard se mordió el labio inferior.

—Eso no se me había ocurrido... Espero que no.

—Sí, eso espero yo también. Ahora estoy preocupado. No puedo entender por qué quiere obligarla a contraer matrimonio con un desconocido cuando es seguro que ella debe de tener un montón de pretendientes haciendo cola en la puerta, todos los días.

—Intenta sonsacarle algo al viejo.

—Eso haré. Lo que tampoco tengo muy claro es si ella nos ha reconocido.

—No creo que ni reparase en nosotros ayer. Y si lo ha hecho, ha disimulado muy bien.

—Te parecerá una tontería, pero me habría gustado que me recordase.

—¿Por qué?

Wolf se frotó las manos.

—Pues tal vez eso me hubiera confirmado que de algún modo llamé su atención ayer.

—Anímate. De momento has pasado el peor trago.

—Tienes razón. Es bonita y agradable.

Richard le dio la razón.

—A simple vista me parece una joven dulce e inocente.

—¿Lo de inocente y dulce lo has adivinado solo por un saludo? —preguntó escéptico. Richard se echó a reír. Wolf lo miró con los ojos entrecerrados—. Sé que escuchaste tan bien como yo lo que ella iba diciéndole a la otra mujer.

—¿A qué te refieres?

—A lo de que nunca podría amar a nadie.

—Tranquilízate, Wolf. Seguro que lo decía por el producto de la situación y los nervios.

Soltando un suspiró, Wolf paseó la mirada por la sala. Era acogedora y todo se hallaba pulcro y ordenado. Descubrió varias piezas interesantes sobre una estantería. Eran una colección de pipas de fumar de estilos diferentes: unas de plata, otras con detalle en nácar y oro, con brillantes, de bronce y, sobre todas ellas, erguida en toda su longitud como una reina ante sus súbditos había una preciosa pipa egipcia con diminutos rubís incrustados.

—Eran de mi padre, pero ahora las colecciona el abuelo —dijo Valentine entrando en la sala con una bandeja en las manos. La dejó sobre la mesa de té. Wolf se giró hacia ella—. Cuando algún conocido viaja fuera del país, siempre le encarga alguna pipa. Antes las traía él, pero se ha vuelto un poco cómodo estos últimos años.

Wolf la contempló mientras ella hablaba con voz tranquila.

—¿Y usted no viaja?

La joven alzó la vista hacia él. Sus mejillas se ruborizaron. Con destreza sirvió el café y les entregó la taza con un platillo.

—No. Apenas he salido de Nueva York desde que mis padres murieron.

—¿No ha vuelto nunca a Texas desde aquello?

—No.

—Creo que puede gustarle mucho cómo voy a remodelar el rancho —dijo. Si a su hermana y a

las mujeres que conocía les gustaba tanto la decoración, Valentine no podía ser muy diferente.

Ella se encogió de hombros.

—Antes también era muy bonito, aunque supongo que después de tantos años sin que nadie se ocupara de esa propiedad debe de estar horrible. Todavía recuerdo bastantes sitios donde solía ir por allí cuando era pequeña.

Wolf centró la vista en su bonita boca. Sus labios eran seductores y atractivos.

—¿Sí? ¿Cuáles por ejemplo?

Valentine sonrió, pensativa.

—Pues recuerdo que había un cerro en las afueras lindando con el rancho, antes de llegar a la ciudad. Antes por lo menos tenían cochinos y toda esa calle apestaba. ¡Ah, y gallinas! Me acuerdo de que me encantaba explorar por allí, pero, por favor, tomen asiento —les señaló el sofá.

—Usted primero.

Valentine escogió un rincón del tresillo y Richard una silla. Wolf se sentó cerca de ella, sin llegar a rozarla.

—Una vez me perdí —siguió diciendo Valentine—. ¿Conocen a Santos?

Wolf asintió.

—¿Santos padre o hijo?

—Uno es mi tío y otro mi primo.

Richard se sorprendió.

—No sabía que fuesen parientes. Ellos son mexicanos, ¿no?

Valentine asintió.

—Yo tampoco tenía conocimiento de ello —admitió Wolf.

—Sí, lo somos, aunque apenas tenemos contacto ya. ¿Recuerdan que tiene la quesería?

Richard asintió.

—No somos tantos habitantes. Todos sabemos un poco de todos.

—Mis padres me llevaron a visitar la casona. Como no me gustaba mucho ese sitio, preferí salir a dar un paseo por los alrededores. Al final terminé perdida y llorando al pensar que nunca más me encontrarían. Mi sentido de la orientación deja mucho que desear.

—No es tan fácil perderse en la pradera. En el bosque ya es diferente.

—Ya, sin embargo me fui detrás de las cabras y terminé más allá del cerro. Fue horrible. Nunca lo he pasado tan mal como ese día. Rompí hasta el calzado de tanto andar...

—¡Espere! —interrumpió Richard—. Esta historia ya la he escuchado antes. —Miró a su amigo—. ¿No estabas tú el día en que la madre de Jhonny encontró a tu hermano Petter con otros chiquillos en el arroyuelo?

Wolf se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

—¡Sí! Les advirtió que si se alejaban demasiado podían terminar igual que la «extraviada».

—Gracias por recordarme cómo me llaman allí.

Wolf apretó los labios al ver la cara de Valentine.

—¡De modo que es famosa!

La joven sacudió la cabeza. Estaba tan roja como un tomate.

—¡No! ¡Era solo una niña!

—¿Nadie le advirtió de que si no se apartaba de las cabras, ellas solas vuelven a su redil?

Valentine soltó una carcajada.

—Sí, señor, me lo contaron después. Algo tarde, supongo —respondió frunciendo los labios de un modo muy gracioso—. ¿Cree que de haberlo sabido me hubiera apartado de los bichos?

Wolf y Richard soltaron varias carcajadas. Ella también reía.

Valentine se sentía muy a gusto. Entre ambos hombres había mucha camaradería y no paraban de hacerla reír. Tanto que estuvo a punto de olvidarse de Omar. Estaba segura de que si Trevor no hubiese existido, Wolf habría sido su hombre ideal. Era... imponente. Rozaba el metro noventa de altura. Sus hombros eran anchos, sin ser exagerados, y las caderas estrechas.

Pasó por su mente una imagen fugaz de Wolf con ella en la intimidad del dormitorio. Adivinaba que él derrochaba fuerza y virilidad por los cuatro costados.

Con las mejillas subidas de tono abandonó sus pensamientos. ¿Cómo era posible pensar en esas cosas? Debía recordarse que existía Omar y que era la única persona que ella quería. Cierto que de Trevor había probado sus besos y alguna caricia prohibida. Jamás se había atrevido a llegar más lejos, aunque él le hubiese insistido en cada ocasión.

—Perdonen la tardanza, caballeros —saludó Max ingresando en el salón con una agradable sonrisa. Estrechó las manos de los visitantes y después se inclinó a besar la mejilla de Valentine—. Tenía que cerrar algunos asuntos y quería hacerlo antes de retirarme. Sabía que estaban bien acompañados y ciertamente no me preocupaba mucho. ¿Cómo están?

Wolf respondió:

—Muy bien, señor Kerrick. Su nieta nos está tratando de maravilla.

Valentine enrojeció.

—Me alegro de que sea así. ¿Ya conocían Nueva York, verdad?

—Sí —asintió Wolf llevando sus ojos grises hasta los de Valentine—. Tengo algunos negocios aquí.

Ella no soportó la intensidad de su mirada. Parecía que de alguna manera penetraba dentro de ella para robar sus pensamientos. Apartó la vista, incómoda.

Max soltó una risilla.

—Sí, lo sé. Conozco a un par de sus socios. De vez en cuando me gusta apostar en las carreras de caballos.

Wolf asintió. Esta vez sí aceptó la copa de coñac que Max le ofrecía.

—Podrá creerme o no, pero yo nunca he apostado en ellas. En realidad, cuando he venido a la ciudad ha sido por algún asunto urgente. No me agrada mucho el bullicio ni la cantidad de gente

que hay aquí. Estoy más acostumbrado al campo, a los animales...

—¿Y no se aburre? —inquirió Valentine sin poder evitar que la pregunta saliese súbitamente de su boca.

Max la miró serio y agitó la cabeza para que no siguiese por ese camino.

—En absoluto —respondió Wolf.

—En Texas poseemos las mismas comodidades que pueda haber en Nueva York —intercaló Richard.

—No me refiero a comodidades, me refiero a tiendas, animación, bibliotecas, museos...

—¡Suficiente, Valentine! —interrumpió Max.

Ella tragó saliva y asintió. Forzó una sonrisa cuando volvió hablar.

—Lo siento. No he querido decir que su vida sea aburrida, señor Wingate. Mi abuelo me comentó que usted es un hombre muy ocupado y trabajador. —Se encogió de hombros—. Yo...

—Usted teme vivir allí y no porque haya escuchado que es una tierra algo salvaje, sino que piensa que estará sola. Pues se confunde. Las hermanas de Richard viven allí, y la mía, y por supuesto hay bastantes mujeres con las que podrá conversar y pasar el tiempo. No debe preocuparse por eso.

Valentine asintió sin atreverse a responder. Temía que su voz la delatase. Wolf acababa de confirmarle que tenía la intención de aceptar la propuesta de su abuelo.

—Los cambios siempre son difíciles —añadió Max acariciando la mejilla de Valentine con ternura. Dirigió la vista a Wolf—. Valentine nunca se ha apartado de mí, y está nerviosa.

Él lo aceptó.

—Es comprensible.

—¿Por qué no vas a ver cómo va la comida, Valentine? Huele de maravilla.

La joven obedeció al instante, y con una rápida disculpa abandonó la estancia. Cerró la puerta tras de sí.

—Deben perdonarla —se excusó Max—. Es una muchacha que no habla mucho, y cuando lo hace... no piensa. Es impetuosa. Su padre era igual, siempre actuando con el corazón y nunca con esto —se tocó la cabeza de una manera bastante significativa.

Richard y Wolf cruzaron una mirada preocupada. ¿Acaso quería decir que su nieta era... corta de miras? Este último carraspeó antes de hablar:

—Eso no está nada mal. Admiro a la gente que es sincera y dice lo que piensa.

Max dejó el licor sobre el aparador y se frotó las manos.

—Cierto, pero a veces puede causar problemas. No todo el mundo quiere escuchar la verdad, y mucho menos compartir esas ideas. Y dentro de poco no tendrá a su abuelo para defenderla o excusarla. —Su voz tembló con estas últimas palabras, que había convertido en apenas un murmullo.

Wolf apreció que el anciano sufría.

—Me gustaría poder hablar con usted con toda sinceridad. A mí no me molesta que Richard

esté presente, pero comprendo que pueda sentirse incómodo...

El anciano miró al nombrado elevando una ceja:

—¿Le molesta?

—¡No, faltaba más! No se preocupe por mí, comprendo que deseen hablar.

—Vayamos a mi despacho entonces, señor Wingate.

Se encerraron en el estudio.

Wolf esperó a que Max tomara asiento antes de hacer lo propio. El hombre era tan mayor como había imaginado, su cabello era todo plateado.

—Pensaba que se iba a negar al compromiso —comenzó a decir el anciano con tono cansado—. Me alegro mucho de haberme equivocado.

—No termino de entender muy bien qué es lo que se propone.

Max cruzó las manos por encima del escritorio y respiró hondo.

—Verá, yo nunca habría impuesto un matrimonio a Valentine hasta que ocurrió algo este verano, y es totalmente justo que sepa de qué se trata. Mi nieta no sabría elegir al esposo adecuado.

—¿Por qué? ¿Está enferma o algo? —preguntó preocupado.

Max negó con la cabeza.

—¿Usted no la ha visto? Ella es demasiado ingenua y bobalicona. Se deja engañar con una facilidad increíble, y temo que caiga en malas manos.

Wolf se inclinó hacia delante. No lograba entender al viejo y, desde luego, la muchacha no le había parecido tonta en absoluto.

—Si alguien tratara de... engañarla, como dice, supongo que estaría usted para cuidarla y aconsejarla.

Max negó con la cabeza. Se había puesto de repente muy nervioso y sus manos arrugadas temblaron.

—Mire, Wolf, no me voy a andar por las ramas, y usted más que nadie tiene derecho a saberlo. Comprendo que esta conversación debimos tenerla antes.

—De acuerdo, adelante.

—En una fiesta a la que acudimos hace unos meses, había... un hombre. Un supuesto caballero que comenzó a rondarla. Me consta que entre ellos no hubo nada. He procurado mantenerla siempre vigilada. Y debo admitir que ella ha hecho todo lo posible por intentar despistarme, a mí y a su dama de compañía.

—Entiendo.

—Ese caballero solo pretende usarla y aprovecharse de su inocencia.

—¿Y por qué no habla con el caballero y descubre sus intenciones?

—Lo he intentado muchas veces, pero él me evita. De hecho he proclamado a los cuatro vientos la intención de casar a Valentine. Esperaba que él moviese ficha para conocer sus intenciones. No lo ha hecho. Y lo más importante es que no deja de rondarla. ¿Qué más pruebas

necesito para darme cuenta de que no es de fiar?

Wolf se dejó caer hacia atrás en la silla. Saber que alguien perseguía a la muchacha de forma insolente no le entusiasmaba, por otro lado ella era preciosa y no dudaba de que tuviera más de un admirador.

—¿Qué dice su nieta?

—Se cree enamorada.

«Jamás seré capaz de amar a otro...». Las palabras volvieron a su mente. Fue como si le lanzasen un jarro de agua fría a la cabeza. Observó a Max.

—¿Qué le hace pensar que yo soy mejor? Si acepto el matrimonio bien sabe que es por el rancho.

—Conocí a su abuelo y he oído hablar de su buena reputación en todo el sur del país. No soy un loco, Wolf, amo a mi nieta y no se la entregaría si no estuviera seguro de que usted la va a tratar bien.

Wolf deslizó su mirada de plata sobre el tablero del escritorio.

—Me quiere utilizar para alejar a su nieta de ese hombre. ¿Ella qué opina?

—Me da igual lo que piense. Es por su bien.

Wolf se pellizcó el puente de la nariz, pensativo.

—¿Y si realmente están enamorados?

—¡Ese hombre no la quiere!

—Pero es obvio que ella sí.

Max lo miró con decisión.

—Valentine lo olvidará en cuanto deje de verlo. Esa relación no la conduciría a nada bueno y aún es muy joven. Piense en todo esto, señor Wingate.

—Lo que es cierto es que deseo ese rancho, de modo que acepto el acuerdo. Intentaré que su nieta olvide a ese caballero. Debería facilitarme sus datos por si se me cruza en el camino, lo cual, no me gustaría.

Capítulo 6

—¿Y usted no conoce a la familia que su amigo, el señor Flanders, tiene aquí en la ciudad?
—preguntó Valentine con la vista clavada al frente.

Wolf caminaba junto a ella por una estrecha senda de Central Park. Un jardinero había limpiado el camino de tierra de las hojas secas, cortezas desprendidas que caían de los troncos de los árboles y palos finos. Todo lo había colocado en montones diseminados a lo largo del camino.

El parque estaba precioso esa tarde. El sol había asomado finalmente y sus rayos se filtraban por entre las ramas de los árboles haciendo parpadear con tonos dorados las hojas que titilaban de las ramas desnudas, cubriéndolo todo con los colores del otoño.

Wolf negó con una sonrisa.

—No, y tampoco creo que él los conozca. De hecho, me atrevería a decir que ni siquiera tiene familia en Nueva York.

Ella frunció el ceño, confusa.

—¿Ah, no?

—Quería dejarnos solos.

—No estamos solos del todo —dijo ella recordándole que Abigail caminaba solo unos pasos por detrás.

—Tendremos que conformarnos.

Valentine se mordió el labio inferior, divertida. Disfrutaba mucho de la compañía de Wolf. Era un hombre entretenido y perspicaz.

—Y dígame, señor Wingate, ¿va a poner algún nombre al rancho? —Alzó los ojos para mirarlo, el sol dio de lleno en su rostro y tuvo que inclinar la cabeza

—No lo había pensado, la verdad. ¿Le gusta alguno en particular?

Se detuvo sorprendida, con los ojos brillantes.

—¿Puedo ponerlo yo?

Wolf rio.

—Lo preferiría. Soy un poco torpe para eso, no tengo ni pizca de imaginación.

—¿Me da tiempo para pensar en alguno? No se puede poner cualquier cosa.

Él asintió. Si Wolf al final no se casaba con ella, la misma Valentine se encargaría de que el abuelo le vendiese el rancho. El hombre se merecía tener la propiedad.

—Además, viviremos en él mucho tiempo —añadió él.

—Claro —musitó, sonrojada.

Ambos se encontraban bastante relajados y cómodos. Durante el paseo hablaron de las ciudades de Texas. El rancho, situado en El Paso, se encontraba muy cerca del río Grande.

La conversación fluyó de manera natural, salpicada de alguna carcajada que otra, como si se conociesen de toda la vida. El humor de Wolf era un poco peculiar. En ocasiones conseguía dejarla perpleja. Era como si cada una de sus frases escondiese un doble significado. Qué diferente hubiera sido ese paseo con Omar. Él habría buscado un rincón oculto para poder robarle besos furtivos y hablarle de amor.

A última hora de la tarde, él se atrevió a cogerle de la mano. Ella quería haberse negado. Más bien lo había necesitado. En cambio, por algún extraño motivo que desconocía, se lo permitió. Tal vez pensaba que Abigail, quien paseaba con tranquilidad tras ellos, le recordaría que estaban faltando al decoro al caminar así en público. Pero la mujer fingió no verlos.

¿Y si Omar se enteraba de que había paseado con un hombre por Central Park, cogida de su mano? Sintió una pizca de malicia. E incluso deseó que se enterase.

Sin poderlo evitar deslizó los ojos a la unión de sus manos. Era agradable el calor que él desprendía. Una sensación que le gustaba y la asustaba a un mismo tiempo.

Se soltó, nerviosa, y simuló una pequeña molestia en el pie. Se inclinó levemente para acariciarse el botín y cuando reanudó el paseo lo hizo con las manos cruzadas tras la espalda. Él la miró de reojo. Sonreía burlón. Valentine se dio cuenta. Ardieron sus mejillas al pensar en su propia estupidez.

Caminaron alrededor del lago de aguas transparentes y cristalinas, donde pequeños peces anaranjados sacaban las cabezas a la superficie esperando que algún visitante les lanzara migas de pan, y cuando se sumergían, dejaban un perfecto círculo formado con suaves ondas.

Admiraron embelesados una bandada de patos que se había escondido tras unos juncos. Y un par de veces tuvieron que apartarse del camino para dejar paso al coche tirado por dos caballos que recorría el parque de cabo a rabo mostrando las vistas a sus viajeros por tan solo unas pocas monedas.

La tarde fue una de las más placenteras que Wolf había pasado en compañía de una fémina. Por un día se olvidó por completo del ganado, de los negocios y de su familia.

Le gustaba hablar con Valentine. Y le hacía gracia cuando ella se retrasaba un poco y la esperaba. La joven se le acercaba dando pequeños saltitos hasta ponerse a su lado de nuevo. Le recordaba a un pollito que va tras la madre. Caminaba despreocupada. Lo estudiaba con disimulo. Ella era como un libro abierto. La expresión de su mirada cambiaba por minutos, dulce y suave, alegre y despierta. Cuando se ruborizaba, cuando evitaba su mirada, cuando reía con esa

carcajada limpia y ligeramente áspera. La forma en que se lamia el labio inferior con la lengua. Era un claro signo de lo nerviosa que estaba. Si ella hubiera sabido lo excitante y sensual que la encontraba, se habría asustado. ¡De buena gana hubiera deseado que el parque estuviera vacío para, al menos, intentar robarle un beso!

Valentine estaba halagada. Wolf la hacía sentir que era la única mujer del mundo. Se comportaba educado, caballeroso... En cambio, con Omar —no podía apartarlo de su mente— todo era diferente. Se habían conocido durante una fiesta, una noche en la que todo parecía lleno de fantasía. La luna había brillado en el satén de la noche rodeada de estrellas y todas las personas habían dejado de existir. Todas excepto ellos dos. Había sentido la mirada verde sobre su cuerpo aun cuando él llevaba una máscara de terciopelo negro. Al principio no tenía ni idea del color de sus ojos. Cuando sus miradas se encontraban él sonreía, burlón. Era guapísimo con sus cabellos dorados siempre alborotados, su sonrisa excitante de una manera bella, entre infantil y sensual. Su piel dorada que le hacían parecer el hombre más hermoso de la tierra.

¿Cómo iba hacer para olvidarlo?

Valentine, sentada frente al espejo del tocador, se deshizo la trenza, distraída, con los dedos. Llevaba un rato analizando lo acontecido durante el día.

Amaba a Omar. Eso era indiscutible.

Pero ahora tampoco podía sacarse de la cabeza a Wolf. No quería hacerle daño.

—Esto no es justo para ti, Wolf —susurró con los ojos clavados en el espejo—. Has perdido sin darte la oportunidad de empezar.

Y es que el solo pensar en apartarse de Omar le resultaba dolorosamente desgarrador.

Abigail entró sin llamar y cerró la puerta del dormitorio.

—¿Qué tal te ha ido?

La mujer se sentó sobre la cama y la miró, expectante. Valentine le devolvió una mirada frustrada a través del espejo.

—Lo he pasado bien. —Se giró en la silla—. El señor Wingate es muy amable y galante. No es tan guapo como...

—Compararlos no te hace nada bien.

—No puedo evitarlo, Abigail.

—Tienes que hacerlo. Arráncate a ese hombre del corazón.

—Es que no es tan fácil —se lamentó, pesarosa.

—El señor Wingate es mucho más atractivo que el franchute.

—Si ahora mismo tuviera que elegir entre alguno de ellos...

—¡Sé con quién te quedarías! Pero ya es suficiente, Valentine. Intenta al menos conocer al señor Wingate. Lo poco que he visto me ha parecido correctísimo y educado. —Abigail se puso

en pie con ojos suplicantes—. ¿No te importa nadie más? ¿No te importa hacer daño a tu abuelo?

—¿Y a él no le importa obligarme a un matrimonio que no deseo solo para apartarme de Omar?

—Tus padres harían lo mismo.

—Pero yo amo a Omar —gimió.

¡Dolía tanto que Abigail llevara razón! Que con su obsesión por Omar Trevor estuviese causando tantos disgustos a los que más quería.

¿Por qué todos se empeñaban en decirle que él no la amaba? ¿Que solo pretendía utilizarla?

—Abigail, no digo que el señor Wingate sea un mal hombre, solo digo que estoy enamorada de otro.

La mujer se cruzó de brazos.

—En una relación de tres siempre hay uno que sale muy mal parado.

—Abigail, si Omar no me busca, si no me pide matrimonio antes de unirme al señor Wingate, me haré a la idea de que todo fue fruto de mi fantasía y me entregaré en cuerpo y alma a mi esposo. Te lo prometo. Pero hasta que llegue ese día, no me atosigues más, por favor.

—¿Y qué pasa si se le ocurre buscarte?

Los ojos claros de la joven brillaron llenos de esperanza.

—¿Tú crees?

—No, no lo creo —respondió, rotunda—. Y tú tampoco puedes asegurar que lo vaya a hacer. ¿Verdad?

—No. Abigail —susurró—. Mañana por la noche doña Margarita va a organizar un baile. Quiere presentar al señor Wingate y al señor Flanders a sus conocidos.

—¿Él se quedará en Nueva York hasta los esponsales?

—Se marcha en dos días. Vino solo para asegurar las reservas de los alojamientos de los invitados que vienen de fuera y para conocerme. ¿Sabías que tiene familiares en Boston? ¡Ah! También tiene una hacienda cerca del mar, en México. Me gustaría viajar a México —fingió un entusiasmo que no sentía—. ¿Y a ti?

Abigail agarró un cepillo de plata que había sobre el mueble y empezó a peinarla.

—Sí, me gustaría conocerlo.

—Va a ser divertido ir las dos juntas, ¿verdad?

¿A quién pretendía engañar?

—Sí.

—Abigail, ¿piensas que puedo ser del agrado del señor Wingate?

—¡Pues claro que sí!

Valentine se quedó con la mirada absorta en el espejo, pensativa.

—Él a veces parece muy serio.

—Cierto. Algunas personas no están siempre riéndose como... —se calló, brusca.

Valentine se giró hacia ella, apartándose de sus manos.

—¿Como quién? ¿Como Omar, ibas a decir? Él no es así.

—No voy a hablar de ese hombre —atajó Abigail dejando el cepillo sobre el tocador con un golpe seco.

—¡Eres tú quien se empeña en sacarle en la conversación todo el tiempo!

—Me voy a dormir, hasta mañana.

Valentine la tomó del brazo impidiendo que se marchase.

—Perdóname, Abigail, por favor. No soporto que te enfades conmigo y dejes de hablarme. Por favor —rogó.

—Pues entonces no me enojas con tonterías de esas. Te darás cuenta de que el señorito Trevor no te quiere. Y lo harás el mismo día en el que te cases con el señor Wingate. Y no me hagas hablar más del tema, Valentine. ¡No sé desde cuándo te has vuelto tan terca y obcecada!

¿Por qué nadie podía entender sus sentimientos? Ellos le pedían que olvidase al hombre que amaba, que era igual de difícil que si le pidiesen que alcanzase la luna con las manos. Deseó romper a llorar. Pero se hizo la fuerte, una vez más, y asintió.

—Tienes razón. Prometo no volver a nombrártelo.

—De acuerdo. —Abigail la besó en la frente y se marchó.

La música de la orquesta flotaba en todas las estancias de la casa. Habían colocado jarrones de flores frescas por doquier, y largas cintas de seda de un pálido tono amarillo pendían de las gruesas columnas de la mansión. Las grandes arañas suspendidas del techo brillaban relucientes y los cristales que colgaban danzaban descompasados con las corrientes de aire que penetraban por las ventanas abiertas.

A pesar del poco tiempo que habían tenido los condes para preparar la fiesta, habían logrado reunir a casi un centenar de invitados. Todos envueltos en caros perfumes.

Las damas, ataviadas con sus mejores galas y adornadas de joyas, formaban corrillos para hablar de los últimos chismes. Y los caballeros, con sus elegantes trajes, paseaban con un largo vaso en la mano, otros bailaban con sus compañeras y el resto disfrutaba de los ricos aperitivos y selección de canapés que varios criados se encargaban de distribuir.

El ambiente agradable y divertido prometía convertir esa fiesta en unas de las más habladas de Nueva York, durante un largo tiempo.

Valentine, con su eterna sonrisa en los labios, se apartó del bullicio, cansada de que todo el mundo le preguntara lo mismo: »¿Dónde ha dejado a su prometido?«.

¡Pues no lo sabía!

Desde el día anterior no habían vuelto hablar. Supuso que estaría haciendo algo importante o quizá ya venía de camino, pero lo cierto es que no tenía la más mínima idea.

Llevaba un vestido rosa que dejaba los hombros al descubierto. Un lazo de seda de un tono

más oscuro rodeaba el talle, cruzado por debajo de los senos. Completaba su atuendo con unos botines de tacón. Abigail la había peinado con un elegante recogido que dejaba varios mechones ondulados cayendo sobre las sienes.

Movió distraídamente un pie al son de la suave melodía que entonaban los músicos desde un pequeño altillo. No le gustaba esa clase de reuniones, a pesar de que adoraba bailar —cosa que no hacía con frecuencia—, al menos no en público.

Comenzó un vals muy popular. Al escuchar los primeros acordes corrió a esconderse entre la gente. Max la encontró en un santiamén. Se unieron a los demás bailarines en el centro del salón. Ella, con las mejillas sonrosadas y los ojos clavados en el rostro de su abuelo, siguió la danza. Varias matronas se acercaron a felicitarlos en cuanto dieron el último paso.

Con una débil excusa se alejó del grupo y caminó hacia una larga mesa donde servían bebidas.

No sentía apetito, pero sí la necesidad de sostener algo. En ese momento el criado encargado de servir abandonó su puesto dejando un cacillo dentro de la ponchera de plata.

Se encontraba muy nerviosa. Esperaba, no ya que acudiese Wolf, sino que lo hiciera Omar. Él no podía faltar a un evento como aquel. Y no importaba si los condes no le habían invitado, porque él acudiría a sabiendas de que los anfitriones harían un gran ridículo si pretendían echarlo.

Lo conocía y no creía que él desaprovechara la oportunidad de verla. Pero ¿cómo reaccionaría ella si el señor Wingate estaba también cerca?

Cuanto más pasaba el tiempo más acariciaba la idea de marcharse. Fingir una repentina indisposición.

Llegó el criado y le sirvió un vaso de ponche. El licor era suave y fresco. Se volvió hacia la pista de baile que estaba abarrotada de parejas que danzaban. Al fondo de la sala descubrió una silla vacía y, esquivando a los demás invitados, se dirigió hacia allí con decisión.

—Buenas noches —dijo una voz sedosa interrumpiendo su marcha.

Ella giró la cabeza. Wolf la miraba con una sonrisa tensa y nerviosa. Se había peinado los cabellos hacia atrás y su rostro varonil lucía espléndido.

—Buenas noches —respondió sobresaltada. Su corazón dio un salto gigante—. La gente empezaba a impacientarse por conocerle. ¿Acaba de llegar?

—Llevo un rato, pero hasta ahora no me han dejado acercarme a saludarla. ¿Iba a algún lado? —preguntó, consciente de haberla retenido.

Valentine observó el lugar a donde se dirigía inicialmente. La silla ya estaba ocupada.

—Iba a sentarme un poco, pero ya no importa —le echó un vistazo, admirada. Estaba muy atractivo con un traje negro cortado a la medida. Sus hombros se marcaban firmes bajo la chaqueta.

Un grupo de personas acudieron en cuanto los vieron juntos. Valentine lo presentó y al poco tiempo se vio apartada de él. Tanto mujeres como hombres lo rodearon, bombardeándolo con preguntas.

Valentine descubrió a Richard Flanders. Charlaba con el anfitrión. La orquesta comenzó a tocar una melodía bastante animada y la fiesta pareció cobrar fuerza de repente, la música elevó los acordes dos octavas más.

La joven vació su vaso y lo depositó sobre la bandeja de un sirviente encargado de tal menester. Un caballero amigo de su abuelo se atrevió a invitarla a bailar y no se pudo negar.

Pasaron cerca de Wolf. Ella lo miró de reojo. Parecía que él estaba escuchando algo, sin embargo sus ojos grises la siguieron por la estancia con una perezosa sonrisa.

Cuando la pieza terminó, Wolf se acercó a ella con otro vaso de ponche.

—No me haga beber, señor Wingate. El ponche enseguida me deja achispada. No estoy acostumbrada al alcohol y en cuanto se me sube a la cabeza no dejo de decir tonterías. —Tenía las mejillas más sonrosadas de lo habitual.

Él soltó una carcajada e, inclinándose junto a su oreja, susurró:

—No obstante yo la mantendré vigilada.

Valentine sintió la calidez de su aliento sobre la piel y un escalofrío recorrió su espalda.

—¿En serio? —Alzó sus ojos claros hasta los de él—. Eso me hace sentir protegida.

—Pero no creo que necesite protección, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

Max los interrumpió. Los tomó a ambos del brazo.

—Señor Wingate, me gustaría presentarle a una amiga.

Wolf asintió y Valentine frunció los labios con disgusto.

Siguieron al anciano, que había comenzado a dirigirlos hacia un amplio ventanal que daba paso al jardín.

—¿Le ocurre algo, señorita Kerrick? —preguntó Wolf, curioso.

Ella asintió con la cabeza. Se puso de puntillas para alcanzar su oído. Él se inclinó para facilitar su posición.

—Odio saludar a la gente, y mucho más que las amigas de mi abuelo intenten besarme. Sería más fácil poder levantar una mano y decir hola.

—¿Odia los besos? —Wolf abrió los ojos fingiendo sorpresa y desilusión—. Acaba de romperme el corazón en dos.

Ella soltó una carcajada divertida.

—Usted me toma el pelo señor...

No había acabado de hablar, cuando una dama de aspecto robusto la aplastó entre sus brazos depositando un sonoro beso en su mejilla.

—¡Qué linda te ves esta noche, querida! —La dama se volvió hacia Wolf y le tendió una mano. A pesar de su apellido, su aspecto indicaba que sus raíces eran mejicanas—. Usted debe ser su prometido. ¡Tengo tantas ganas de que llegue la ceremonia!

Valentine dio un respingo y observó la sala con velocidad esperando que nadie la hubiera escuchado hablar de la boda, porque posiblemente todas las mujeres se acercaran para preguntar

por los detalles. Respiró aliviada al notar que nadie se había percatado. La mujer tenía la voz demasiado aguda, pero todos parecían estar pendientes de otras cosas.

—Es el señor Wingate —confirmó Valentine—. Lady Johanna Tower es la cuñada de mi tía Sophie.

—Es un placer, Lady Tower.

—¡Qué hombre tan guapo, Valentine! —exclamó la mujer con descaro.

La joven miró a Wolf por el rabillo del ojo.

—Gracias, milady. Usted es muy hermosa, si me permite decirlo —respondió él con tono amable.

—¡Ah, vaya, estas aquí! —dijo Max, que se había adelantado. Contempló a lady Johanna con una amplia sonrisa—. Estaba buscándote. ¿Conoces ya a al señor Wingate?

—Valentine me lo acaba de presentar —afirmó—. Les decía que tengo tantas ganas de que llegue el día que soy incapaz de pensar en otra cosa.

—El tiempo pasa volando, y antes de darnos cuentas, ya se habrán unido en matrimonio.

Pronto Max y Johanna se enredaron en una animada conversación olvidándose de ellos.

Wolf tomó a Valentine de la mano y la guio hacia el jardín.

—Menos mal que a mí no me ha apretujado como a usted —bromeó él, con chanza—. Supongo que ahora entiendo bien lo de los besos.

—¡Sí! Se ha dado cuenta, ¿verdad?

La noche era bastante oscura y la luna apenas se dejaba ver entre tanto nubarrón. No llovía pero se podía respirar la humedad en el ambiente mezclada con el aroma de los pinos que bordeaban el jardín y que lindaban con una ancha avenida.

Todo estaba en un silencio relativo, los acordes llegaban nítidos y claros cuando eran arrastrados por el aire mezclándose con el sonido de las hojas secas que crujían bajo sus pies.

—Esa mujer le ha manchado la cara de carmín —murmuró él fijando sus ojos grises en la mejilla de la joven.

Ella se frotó con fuerza y la pintura se extendió más.

—Déjeme a mí.

Wolf cogió su mentón con cuidado y le limpió la mejilla.

—No creo que sea correcto que estemos los dos solos, aquí —murmuró ella. Aspiró la suave fragancia de jabón que desprendían las manos de Wolf.

Él no contestó. Observaba fascinado cómo los ojos de la muchacha cambiaban a un tono más oscuro, como si tuvieran vida propia y la luna bailoteara en sus cuencas.

Capítulo 7

El caballero se detuvo junto a unas de las ventanas con vistas al jardín. Los había visto salir hacia allí. Sonrió a varios conocidos sobre el hombro y volvió los ojos hacia la mujer y el hombre que tomaban asiento en uno de los bancos más alejado del sendero. Con una mirada llena de aversión estudió a Wolf Wingate. Reconocía que no era un tipo feo. Después centró la vista en ella. Estaba tan bella que sintió un ramalazo de celos. Eso, y que acababa de terminar con su cuarto whisky, llegó a hacer que se preguntase, si él, Omar Trevor, realmente sentía algo por Valentine.

No se dio cuenta de que varios invitados se habían detenido a observarlo. Seguía más pendiente de lo que estaba sucediendo fuera. Y de contestarse su propia pregunta: no. No amaba a Valentine. Deseaba su cuerpo como cualquier hombre en su sano juicio. Pero más ansiaba su dinero. Toda esa enorme fortuna que le dejaría el anciano Kerrick a su muerte.

Casarse con ella nunca había entrado en sus planes. No si no quería que lo denunciasen por polígamo. Él había contraído nupcias hacía bastante tiempo y, aunque su matrimonio no funcionaba, no podía separarse de su mujer. Eso era lo que deseaba la familia para poder darle la espalda definitivamente.

El ver a la inocente y virginal Valentine cerca de otro hombre le enervaba. Sobre todo porque a él ninguna mujer lo había rechazado nunca. Tampoco Valentine iba a hacerlo. Estaba seguro de ello. Podía casarse con el pueblerino de Wingate, sin embargo, sabía con firmeza que su corazón le pertenecía solo a él. No creía que ella se hubiese olvidado tan pronto de sus besos.

—Es un hombre muy guapo —escuchó decir a una dama que pasaba cerca de él.

—Y no solo eso, además posee varias propiedades. ¡Me encantaría estar en el lugar de la señorita Kerrick! —suspiró otra.

Omar se tensó apretando con fuerza el vaso entre los dedos.

Él era una irresponsable, como tantas veces le decía su padre. «No tienes más objetivos en la vida que pasarlo bien, disfrutar de los lujos y las mujeres, beber hasta el alba y despertar en cualquier dormitorio sin importar la compañía». Y era cierto. Desde muy pequeño había descubierto que su cara bonita era capaz, por sí sola, de conquistar cualquier mujer y conseguir

de ella lo que le diese la gana.

Se casó con Martha Mont-Pierret. Una dama seis años mayor que él y a la que solo veía cuando era estrictamente necesario o las reglas de etiqueta se lo exigían. Su matrimonio había sido concertado. Ninguno de los dos se amaba, por lo que Omar nunca dudó en serle infiel.

Pero con Valentine no iba a dar por finalizada su relación hasta que él no quisiera. No importaba si tenía que perseguirla hasta el fin del mundo para ello. Ahora ya no se trataba de dinero. Se trataba de orgullo.

Soltó el vaso y salió al jardín. Caminó hacia la pareja amparado por las sombras de los altos setos. Actuando por instinto se detuvo ante ellos con una mirada asesina.

Tanto Valentine como Wolf lo miraron con sorpresa. Ella se incorporó asustada cuando lo reconoció. Pasó la mirada de un hombre a otro con temor. Ahogó una exclamación.

—¿Es por este hombre por el que vas a dejarme? —preguntó Omar arrastrando las palabras, medio borracho.

Valentine tragó, nerviosa. Su corazón latía acelerado. El momento que más había temido de esa noche se acababa de presentar sin más. Solo pudo dar las gracias de que estuviese ocurriendo en el jardín y no en el salón de doña Margarita.

Wolf se levantó muy despacio. Con un simple gesto pareció estudiarlo de arriba abajo.

—¿Estás borracho? —preguntó Valentine, frunciendo el ceño.

Él la miró con crueldad.

—Tal vez habías esperado que viniese a suplicarte de rodillas. Que me comportase como un loco enamorado. ¿No es así?

Lo que ella no había esperado es que se presentase tan bebido que apenas pudiera entender lo que decía.

—Señor Trevor, por favor... —Ella caminó hacia él para tratar de apaciguarlo.

Omar la miró con desfachatez. Preguntó, con los ojos clavados en Wolf:

—¿Le has contado lo nuestro, Valentine?

El fuerte aliento de Omar dio de lleno en su cara. Arrugando la nariz ella dio un paso hacia atrás y chocó con el pecho de Wolf. Se giró a mirarlo.

—Lo lamento mucho, señor Wingate. Yo... —Sacudió la cabeza. ¿Cómo se atrevía Omar a decirle eso? Volvió la vista de nuevo hacia él—. Usted y yo no tenemos nada nuestro —replicó.

Wolf, con paciencia, agarró con suavidad el brazo de Valentine haciendo que ella lo mirase.

—¿Podría esperarme en la sala, señorita Kerrick?

—Es mejor que no —respondió ella, angustiada. No estaba tan loca como para dejarlos solos—. Señor Wingate... —Todo lo que iba a decirle se murió en sus labios al ver el peligroso brillo plateado en los ojos de... ¿su prometido?

Wolf estaba satisfecho. No había tenido que esperar mucho para conocer al ferviente enamorado de Valentine. Cuanto más pronto arreglasen las cosas, antes podría continuar cada uno con su vida.

—Señorita Kerrick, me gustaría tener una conversación con el caballero, el señor... Trevor. ¿No? —La joven le miró, recelosa—. Le prometo que solo serán unas palabras.

—Señor Wingate, me siento muy culpable con todo esto. —A Valentine le constaba que Omar no era una persona agresiva. Nunca lo había visto enojado. De hecho su carácter era de pura jovialidad—. No me gustaría que por mi culpa alguien saliese herido.

Wolf comenzaba a molestarse.

—Insisto.

Ella se enfrentó a Omar.

—Señor Trevor, creo que deberíamos hablar de esto de una manera civilizada. Usted... es posible que se sienta... mal. Mi abuelo ha querido comunicarse con...

—Lo sé, pero yo no deseo casarme... por el momento. Nadie puede obligarme a ello. Ni siquiera tu abuelo. ¿Vas a permitir que te case con este...?

Ella se tensó, furiosa.

—¡Le prohíbo que hable así!

—¡Este hombre tampoco se casará contigo! —sentenció Omar. Su cuerpo se tambaleó con peligro. Parecía que estaba a punto de caer de bruces.

—Si me permite, señorita Kerrick. —Con suavidad, Wolf apartó a Valentine hacia un lado. Sus ojos grises se clavaron en Omar, con desfachatez—. ¿Me acaba de amenazar, Trevor? —Se despojó de la chaqueta con templanza.

Valentine, al borde del llanto, corrió hacia la casa a pesar de los tacones, en busca de Richard. Tuvo que recorrer varias habitaciones antes de dar con él. Le explicó con prisa lo que ocurría. Richard la siguió, pero antes de llegar descubrieron que había un cuerpo tendido en el suelo. Era Omar, que sangraba en abundancia por la nariz. Wolf se había puesto de nuevo la chaqueta.

Valentine observó la escena con ojos llorosos.

—Pero ¿qué ha hecho, señor Wingate? ¿Por qué lo ha golpeado? —No esperó respuesta. Se acercó para ayudar a Omar a levantarse, pero él la apartó con una mirada fría.

—¡No me toques! —gritó.

Valentine, llorando, dio varios pasos atrás. Jamás había esperado que él la tratase así.

Wolf los miró con fijeza. No sabía si estaba más enfurecido por aquel patán arrogante, o por la manera en que ella se había vuelto a acercarse a los rubiales, preocupada.

—Me estaba defendiendo —le explicó Wolf a Richard, con una sonrisa ladeada que Valentine no llegó a advertir.

—¿Defenderse? —Ella lo enfrentó—. ¿No se da cuenta del que el señor Trevor ha bebido mucho esta noche?

Wolf respondió, enfadado.

—¿Y qué pretendía que hiciese? ¿Quedarme de brazos cruzados?

—¡Podía haberlo evitado!

—¿Por qué?

Omar consiguió incorporarse al segundo intento. Su cuerpo no hacía más que balancearse de un lado a otro. La sangre de la nariz había manchado su camisa.

—Debió haberlo ignorado —insistió ella.

—No, no podía hacerlo. —Con sorpresa, Wolf guardó silencio cuando la furiosa mirada azul de ella se clavó en la suya. ¡No podía creerlo! ¡Valentine estaba defendiendo a su enamorado!

Richard se acercó a Omar.

—¿Puede usted andar?

El hombre escupió sangre.

—Claro que puedo. No necesito ayuda.

Richard le agarró de un brazo.

—Lo acompañaré hasta la salida.

Valentine y Wolf observaron en silencio como ambos se marchaban. Después de salir de sus vistas, ella se volvió a Wolf.

—¿Y bien? Supongo que después de esta escena tan bochornosa querrá romper el compromiso.

—No, nada de eso. Su abuelo me lo contó todo, de modo que puede dejar de mirarme como si me la fuese a comer.

—¿Él se lo contó?

—Así es. Le voy a decir algo, señorita Kerrick, puedo reconocer que ese hombre estaba bebido. Pero eso no excusa su comportamiento. Y me ha molestado más cómo la estaba tratando a usted que su intención de provocarme.

—El señor Trevor nunca se había portado mal conmigo. Lo que esta noche le ha llevado a actuar de este modo no ha sido más que los celos.

—Si fuese como usted dice, se hubiera hincado de rodillas y habría pedido su mano al momento. Sin embargo yo no he visto que hiciera eso. ¿Usted sí?

Valentine no quiso escucharle. Necesitaba saber que Omar se encontraba bien. Quería que él mismo le explicase por qué se había comportado de esa manera.

—Señor Wingate, estoy enamorada de él. De poder elegir, me casaría con él.

Wolf suspiró. Lo que menos quería era lidiar con ella. Además, la discusión no les hubiera llevado a ninguna parte. Por otro lado, ella se había cruzado de brazos y la postura levantaba sus senos formando un atractivo canalillo. Era inevitable no admirar esa maravilla.

Valentine siguió la dirección de su mirada y, con una exclamación ahogada, dejó caer los brazos contra los costados de su cuerpo. Él carraspeó, incómodo.

—Señorita Kerrick, lo que más me sorprende de todo es que, sabiendo que iba a casarse conmigo, no hubiera hecho nada para romper la relación con ese hombre. Ha tenido tiempo para hacerlo. Un par de meses si no me equivoco.

—¡Usted no había aceptado aún la oferta de mi abuelo! Además —hizo una pausa pequeña—, estaba esperando a que él me pidiera... —agitó la cabeza y tomó asiento en el banco, decaída—,

creí que se declararía cuando supiese que usted... y yo...

Wolf se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó. Más que apenada, percibía en ella confusión.

—Señorita Kerrick, sé que no debería decirle esto, pero... averigüe qué es lo que este caballero siente por usted. Vaya a verlo y ponga las cartas sobre la mesa. Pregúntele qué es lo que realmente quiere.

—¿Está hablando en serio, señor Wingate?

Él se acomodó a su lado.

—Sí.

Valentine lo miró, anonadada.

—¿Usted qué va a hacer?

—Voy a regresar a El Paso y desde allí dejaré que su familia siga adelante con los preparativos de nuestra ceremonia. Solo le pido que si, por algún motivo, logra que el señor Trevor se case con usted, me avise.

Ella se extrañó.

—Después de lo que ha pasado, ¿sigue queriendo que continuemos adelante?

—Así es. Ansío el rancho con todas mis fuerzas, y usted lo sabe. Lo nuestro es un... pacto. Tal vez, con el tiempo, logre que se olvide de ese hombre.

La vacilante sonrisa de Valentine fue tan fugaz que Wolf pensó que lo había imaginado.

—¿Tan importante es esa propiedad para usted?

Wolf la miró con atención. Ella tenía los labios un poco violetas debido al frío. La piel pálida y suave de los hombros brillaba con el resplandor de luz que llegaba desde la casa. Estaba helada y no lo podía ocultar. De nuevo se sacó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros:

—Siempre he ido detrás de esas tierras. Por todos los medios he intentado comprárselas a su abuelo. Ya ve que sin éxito alguno. Esta proposición es lo más cerca que estoy de conseguirlas. Admito que antes de venir aquí estaba asustado. No sabía cómo era usted. Incluso llegué a creer que tenía alguna enfermedad rara —sonrió—. Pero usted es una persona normal, una mujer hermosa, y me atrae bastante. —Vio como ella se sonrojaba, a pesar de las sombras de la noche—. El rancho no ha pasado a un segundo lugar, se lo aseguro. Pero me apetece mucho que usted esté a mi lado. —Cogió una mano de Valentine y le dio un pequeño pero firme apretón—. ¿Se atreve?

Ella abrió la boca y la cerró un par de veces. No había esperado algo igual, ni en un millón de vidas.

—Acepté que mi abuelo me comprometiese porque la otra opción era desastrosa.

—¿Cuál era?

—Un convento.

Él rio, pero se calló al ver los ojos serios de Valentine.

—Eso ya no se lleva.

—Lo sé. Pero todo su afán es alejarme de aquí.

—Un hombre como él ya no está para soportar disgustos.

Valentine asintió.

—A él nunca le ha gustado el señor Trevor para mí —susurró con pena—. Abigail me ha dicho que el abuelo ha intentado concertar entrevistas con él pero que no quiere recibirlo. Yo creo a Abigail, pero también puede estar todo planeado para separarnos.

Wolf frunció el ceño.

—Si de verdad siente que no puede vivir sin ese hombre, vaya a verlo. Mañana a más tardar. Incluso si usted quiere me puedo quedar un día más, lo dejamos todo solucionado.

Valentine lo miró extrañada.

—¿No me estará proponiendo estar usted presente? Me niego. Si debo hablar iré yo sola.

Wolf negó con la cabeza. Se apartó el mechón de pelo que caía sobre uno de sus ojos.

—No estoy dispuesto a ser el bufón de todo esto. Cítese con él en Central Park. Yo le prometo que solo vigilaré desde la distancia.

Valentine se removió en su asiento.

—El señor Trevor tiene muchos problemas con su familia —explicó.

Wolf la provocó.

—Si yo la amase de verdad, no permitiría que ningún otro hombre ocupase mi lugar.

—¡Él me ama! ¡Usted no puede conocer sus sentimientos!

—No le creo. Esta noche solo he visto a un tipo ebrio —resaltó la última palabra y le soltó la mano—, con ganas de recibir un puñetazo en plena cara.

Ella arqueó las cejas.

—Y usted lo ha complacido, ¿no?

Wolf asintió. Sintió ganas de reírse del tono tan gazmoño que ella había puesto, sin embargo lo ocultó con una ligera tosecilla.

—Tiene que saber que se me provoca muy fácilmente. Cuando estoy de buenas puedo ser el mejor hombre del mundo, pero no me gusta que jueguen conmigo. Por las malas no sé hasta dónde podría llegar.

—De acuerdo —ella soltó un suspiro—. Hablaré con el señor Trevor. Pero no quiero que esté usted. Me pondría nerviosa pensando que en cualquier momento podría lanzarse a su cuello.

—Le aseguro que puedo controlar mis impulsos.

Valentine se puso en pie.

—Sí, ya lo he notado. ¿Entramos? Tengo frío.

—No me besaría, ¿verdad?

Ella parpadeó varias veces seguidas. Sintió una especie de corriente eléctrica descendiendo por su estómago. Era una sensación de lo más extraña. Tanto que sus piernas comenzaron a temblar.

—No... es correcto.

Los ojos de Wolf brillaron con burla.

—Aunque solo sea un beso. ¿No es capaz?

—¿Me está llamando cobarde, señor Wingate?

Él se encogió de hombros, retándola.

Valentine dio un paso hacia él, que también se había levantado, y elevó la cara ofreciéndole sus labios. Con los ojos cerrados esperó que Wolf la besase. Al principio el contacto fue muy suave, pero cuando él quiso penetrar su lengua dentro de su boca, ella cerró los dientes a modo de barrera.

Wolf soltó una áspera carcajada. Se apartó de ella. Agarró su mano y la guio hacia la casa. Valentine le devolvió la chaqueta unos segundos antes de entrar en el salón. La fiesta estaba en pleno auge, pero ella no se sintió con ánimos de nada. Como Wolf era la novedad todas las miradas y las conversaciones estaban centradas en él, de modo que en cuanto la joven pudo, buscó un lugar cercano a la chimenea donde relajarse y descansar. Trató de escuchar algo que le indicara que la escena del jardín había sido descubierta, pero nadie comentaba nada acerca de Trevor esa noche.

Pensó en el beso de Wolf y se estremeció.

—¿No bailas, querida? —preguntó doña Margarita, mirándola con un vaso de ponche en la mano.

—Me duele un poco la cabeza —contestó con voz tan suave que tuvo que repetirlo, esta vez más alto.

—¡No te vayas a enfermar! —La condesa pidió una silla a uno de los sirvientes y este le trajo una en el acto. La situó junto a la de Valentine y se dejó caer en ella—. ¿No hace mucho calor junto a la chimenea?

—He salido al jardín un rato y se me olvidó echarme algo por encima.

La cabeza comenzó a dolerle de verdad cuando Margarita comenzó a criticar su vestido. «Demasiado delgado para el tiempo que hacía» decía.

Capítulo 8

Los días siguientes se sucedieron con una velocidad vertiginosa. Valentine había buscado a Omar. En el hotel donde se alojaba le informaron de que había dejado su habitación hacía más de una semana y que ni siquiera se había dignado a pagar la cuenta. Nadie pudo decirle dónde se alojaba y los rumores apuntaban a que había regresado a su país.

Wolf también se había marchado, ya que tenía muchas cosas que atender en Texas y no podía demorar más su partida.

Valentine se centró de lleno en los preparativos de la boda.

Probarse el vestido, comprar los complementos, estudiar la lista de los invitados y otras tareas, le ocuparon la mayor parte del tiempo.

Estaba nerviosa y no solo por la fiesta que se estaba preparando. Su mayor preocupación era el inicio de una nueva vida lejos de Max y de la ciudad. ¿Sabría ella dirigir un rancho tan grande? ¿Cuántos empleados tendrían? ¿Necesitaría algún mueble?

Su consuelo era la compañía de Abigail, sin ella no se hubiera sentido capaz de seguir adelante.

Habían salido de compras y la joven se había encaprichado con un gran arcón y un reloj de pie antiquísimo. No sabía si aquello encajaría en su nueva casa, pero ya le encontraría sitio.

La noche anterior a la ceremonia, Wolf le había mandado una nota con un sirviente, avisando de que había regresado a la ciudad. Ella supo en ese mismo instante que ya no habría vuelta atrás. No pegó ojo en toda la noche.

Al día siguiente la casa se convirtió en un verdadero caos. La peluquera y la modista peleaban continuamente. Una porque insistía en que Valentine debía llevar el pelo en un recogido ya que su vestido dejaba los hombros al descubierto y no luciría como era debido. La otra prefería que el cabello cayera en cascada sobre su espalda. Al final optaron por un elegante moño donde ajustaron un peineta española de nácar y brillantes. La fina mantilla de encaje arrastraba por el suelo formando una larga cola. Las mangas del vestido se ajustaban a sus brazos para luego ensancharse en las muñecas. El traje estaba elaborado en seda marfil y cubierto por otro en gasa brillante.

La puerta de la casa no se cerró ni un solo instante. La floristería mandó tantos ramos de flores —rosas rojas, blancas y rosadas, claveles y margaritas— que el salón se convirtió en un jardín. Todas las flores eran obsequio de los invitados. Las enviaban con su mejor intención, pero ya no quedaban espacios libres donde colocarlas. Abigail, que no se había detenido ni un solo instante desde que se había levantado, recorría las estancias de un lado a otro para colocar los jarrones.

Parte del equipaje de Valentine ya había sido mandado al rancho. El resto, apenas un par de maletas, se hallaba en un rincón del dormitorio esperando a que Bob lo llevara al hotel donde iba a pasar la noche junto a su esposo. ¡Su esposo! De solo pensarlo se le ponía el vello de punta.

Max luchaba con su pajarita. Esperaba que alguien accediera a ayudarle. Se cruzó varias veces en el corredor con Valentine, la cual sacaba la cabeza de su alcoba cada vez que escuchaba que alguien más entraba por la puerta. Una de esa veces el anciano agarró su muñeca.

—Valentine, ¿dónde está Abigail? Necesito que me ayude.

—¡Abuelo, no lo sé! Estará vistiéndose. Busca a la tía, que estaba en la cocina tomando una tila.

—¡Pero solo quiero que alguien me ayude con el nudo!

—La última vez lo hizo Bob, llámalo.

—No está, ha salido a hacer mandados.

—Estás todo el rato en medio, estorbas más que un muerto en el pasillo.

—¡Valentine!

—Trae aquí. Esto se me da fatal. Me tiemblan tanto los dedos que lo único que haría sería enredártelo más. —Con decisión tomó los dos extremos y empezó a anudarla. Cuando no le quedaba el nudo torcido, uno de los extremos era demasiado largo. Se rindió—. ¿Por qué no buscas a Abigail? A lo mejor ya ha terminado de arreglarse.

—Espero que el señor Wingate tenga quien le haga los nudos. Como cuente contigo...

—Estoy segura de que es lo bastante inteligente como para hacérselos solito, cosa que tú, después de tantos años, todavía esperas que te sigan haciendo. —Max se alejó bufando y gruñendo—. ¡Espera, abuelo!

—¿Qué quieres ahora? —preguntó dándose la vuelta hacia ella.

Valentine se arrojó a sus brazos. Lo abrazó con fuerza.

—Te voy a echar mucho de menos.

Max tragó con dificultad y sacudió la cabeza.

—En cambio, yo ni siquiera notaré tu ausencia.

Ella frunció el ceño, triste.

—¿No pensarás en mí?

—¡Claro que sí! Espero que me invites en Navidades.

—Lo haré. Pero quiero que me prometas que si sucede algo aquí, te pondrás en contacto conmigo enseguida.

—Lo prometo.

—Te quiero abuelo.

—Yo también, nenita. Por cierto, estás preciosa. —Abigail atravesó el corredor para entrar en la cocina. Max la vio de reojo y corrió tras ella—. ¡Abigail, Abigail!

Tanto Sophie, la hermana de Max, como doña Margarita, no habían podido esperar para acudir a la iglesia. Ambas querían ver a Valentine antes que los demás invitados.

Ese día en especial se había levantado gris. Espesas nubes presagiaban tormenta. Por lo menos no hacía mucho aire y los sombreros de las damas iban a poder soportarlo.

Cuando Valentine estuvo lista, salió de la casa. Estaba muerta de miedo, pero supo disimularlo bastante bien delante de su tía. Subió en un carruaje cerrado, tirado por dos preciosos caballos castaños. Max iba sentado junto a ella, al igual que Abigail. La mujer llevaba un vestido de raso verde, con ribetes de terciopelo negro. Lo había encargado exclusivamente para la ocasión. Ella también estaba nerviosa y no podía evitar que de vez en cuando rodara por sus mejillas alguna lagrimilla. Sentía mucha pena por Max, después de estar tantos años trabajando a su servicio, se marchaba.

La entrada en la catedral de San Patricio estaba llena de gente. Los periodistas se apiñaban en el portón y tomaban nota de los detalles más mínimos, la ropa de los invitados, personajes famosos y reconocidos...

Wolf dio un respingo cuando alguien le avisó de que era la hora. Se estiró la chaqueta y atravesó con largas zancadas la estancia donde había estado esperando. Ingresó tenso en la capilla, saludando brevemente con la cabeza a varios de sus conocidos.

Los acordes del órgano se elevaron hacia lo alto del techo y retumbaron en todas las paredes de la enorme catedral. La música nupcial dio paso a la novia, que avanzaba con lentitud por el pasillo del brazo de su abuelo.

Wolf la contempló fascinado. La encontraba hermosa. Llevaba las mejillas sonrosadas y sus labios brillaban. No había podido dejar de pensar en ella durante todos esos días. A veces incluso se había descentrado de sus asuntos.

¡Pero ya estaba allí!

Se alegró de no haber acudido antes. En más de una ocasión se le había pasado por la cabeza hacerlo. Había llegado a imaginar que ella huía con «el rubiales», y que él se quedaba sin el rancho, y sin ella.

Suspiró profundamente. Valentine caminaba a su encuentro con una trémula sonrisa pintada en su boca. Sus miradas se cruzaron. Lo primero que hizo fue estudiar sus facciones en busca de dolor o tristeza. No halló en ellos ninguna de las dos cosas. Se obligó a respirar con calma, y le devolvió la sonrisa. Tendió su mano y ella la aceptó con decisión.

—Está bellísima, señorita Kerrick —susurró con galantería.

Ella lo miró pasándose la lengua sobre el labio inferior. Asustada.

—Gracias.

—¿Necesita que nos detengamos un momento? —sugirió—. Quiero estar seguro de que se encuentra bien.

Valentine carraspeó con suavidad.

—Estoy bien, se lo aseguro. Nunca había estado tan nerviosa en toda mi vida.

—De acuerdo, respire hondo y relájese.

Ella le obedeció. Lo que sentía en ese momento no era capaz de expresarlo en voz alta. No había mentido al decir que estaba nerviosa. La catedral se hallaba llena de invitados. La música se había detenido y se escuchaban suaves murmullos. Todo olía al delicioso aroma que desprendían las flores. Y él estaba guapísimo con el cabello peinado hacia atrás. Sin embargo, él no era Omar, y ella se sentía morir. Había soñado toda su vida con ese momento, pero se estaba casando con el hombre equivocado. Y lo peor es que ya no se atrevía a dar marcha atrás.

El reverendo comenzó la ceremonia y todo el mundo guardó silencio. Valentine respiró con fuerza y observó a Wolf con ojos brillantes. Aún no la había soltado la mano y ella se aferró a él con más fuerza, absorbiendo su coraje y queriendo demostrarle que haría todo lo posible por que funcionase. Se prometió hacer que se sintiese orgulloso de ella. Prometió amarla. Y en aquel mismo instante se despidió de Omar Trevor y todos sus desplantes para siempre.

En cuestión de minutos se habían dicho los votos matrimoniales y ambos lucieron unas alianzas de oro que imitaban un grueso cordón en sus dedos.

—Puede besar a la novia —dijo el reverendo.

Wolf acercó sus labios hasta los de ella. Se apoderó de su boca y esta vez no tuvo impedimento en atravesar la barrera de sus dientes. Cuando ella respondió al beso, él le puso la mano en la espalda y la apretó contra él. Durante todas esas noches en El Paso había soñado con ella imaginando su cuerpo de curvas sinuosas bajo las suyas.

Los dedos de Valentine rozaron su nuca y se sintió arder. Alguien carraspeó y Wolf, perturbado, abandonó su boca sin dejar de mirar sus labios entreabiertos.

La vio parpadear con sorpresa y ella misma se apartó, consciente de todas las miradas clavadas en ellos. Se ruborizó.

Valentine buscó a Abigail con la mirada. Sonrió avergonzada. Se puso más colorada al tropezar con los ojos de Max. Wolf acababa de besarla y estaba sorprendida. Todavía seguía sintiendo el calor de sus labios. Había sido... maravilloso.

Él pasó el brazo sobre su cintura y la dirigió hacia la salida. La sujetaba con tal firmeza que tenía la sensación de estar protegida. Él era tan alto, y tan... gallardo.

—¿Qué tal está, señora Wingate?

—Muy bien, señor Wingate —respondió caminando con más decisión.

En la calle los recibió un raudal de saludos y una lluvia de pétalos. De ahí se fueron al hotel donde Wolf se hospedaba. Uno de los más lujosos y caros de Nueva York. Allí habían preparado

el salón para acoger a los invitados y proporcionarles un abundante banquete.

Valentine no pudo recordar la mayoría de los nombres de todas las personas que le fueron presentadas. Al menos no aquellas con las que cruzaba más que un par de palabras. Conoció a Jane Wingate, hermana de Wolf. Recordó que la había abrazado ante la puerta de la catedral. Su primer encuentro había sido algo frío. Jane, envuelta con una larga capa de ante verde botella, no parecía muy contenta con la boda de su hermano mayor.

—Realmente no tienes nada que ver con el prototipo de mujer que le gusta a mi hermano.

—Lamento desilusionarte —había contestado Valentine con indiferencia.

—A Wolf siempre le han gustado las mujeres más altas y también un poco más rollizas. Pero supongo que las tierras bien valen el sacrificio. —Valentine se había tensado, ofendida, sin embargo no le dio tiempo de contestar a Jane como se merecía—. Bienvenida a la familia y, ya que seremos vecinas, puedes pedirme consejo cuando quieras.

Valentine solo asintió antes de verse a apartada de ella. Más tarde, cuando se reunió con Wolf, le preguntó por el esposo de Jane, ya que era evidente que la muchacha estaba en estado de buena esperanza.

Wolf siguió su mirada. Jane había tomado asiento cerca de uno de los ventanales que daban a un hermoso jardín engalanado con flores, cintas de colores y diminutas bombillas parpadeantes. Agitó la cabeza:

—Mucho me temo que todavía no está casada.

—¿Cómo es eso?

Wolf se encogió de hombros, serio.

—Le pedí que no viniese, pero ella insistió.

—Espero que no te haya molestado mi curiosidad.

Él sonrió y sus ojos grises chisporrotearon alegres.

—No hay nada que puedas hacer para que me molestes, mi bella Valentine.

Ella lo miró, parpadeando. Sonaba bien su nombre en los labios de Wolf.

—¿Me está usted tomando el pelo, señor Wingate?

—Créame que eso sería lo último que hiciese. —Se acercaron a una de las mesas y comenzaron a servirse diferentes platos. Después buscaron un sitio donde poder sentarse y comer.

Tanto el ágape como el baile de después fueron soberbios. Valentine bailó hasta que sus pies no pudieron más, y no precisamente con Wolf, con el que solo danzó un par de piezas. Al parecer, según escuchó rumorear, el rancharo pocas veces bailaba.

Más tarde, cuando ella apenas podía con su cuerpo —el día había sido demasiado largo—, se acercó a Wolf, que charlaba con varios hombres. Él se volvió a ella en cuanto la vio, disculpándose con el grupo.

—¿Ocurre algo?

La voz de Valentine fue un murmullo suave.

—Todo está bien. Creo que la velada está siendo perfecta. Además, todo lo que tiene que ver con comida tiene mi apoyo incondicional.

Él se sorprendió.

—¿Ah, sí? Si piensas eso, me doy por satisfecho.

—Lo malo es que ha llegado el momento en que muchos de los invitados han comenzado a retirarse y me preguntaba... si yo podría marcharme también. Abigail está cansada y, antes de marcharse, quiere subir a... ayudarme con las ropas.

Wolf levantó la cabeza y observó el salón. Asintió.

—Yo terminaré de despedirme de los invitados y me reuniré contigo en un momento.

Ella bajó la vista hasta el suelo, ruborizada.

—Sí, claro. Te esperaré en el dormitorio.

Valentine caminó hacia el vestíbulo y justo cuando atravesaba el umbral sintió que alguien la agarraba del brazo. Se volvió asustada, pero soltó un suspiro de alivio al darse cuenta de que era Wolf, que la había seguido.

—¿Qué pasa?

—Que no puedo dejarte marchar así como así. —Con suavidad la empujó contra una de las paredes, arrinconándola entre un reloj de pie y una elegante consola.

Ella lo miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Qué estás haciendo?

Él no contestó. Se inclinó hacia adelante y le rozó los labios con ternura. Abigail carraspeó con tanta fuerza detrás de él, que Wolf se vio obligado a soltar a Valentine.

—Por favor, señor Wingate, esto no es correcto —le increpó.

—¿Sabes lo que dice ella? —le susurró Valentine. Wolf la miró intrigado—. Que siempre hay que vestirse bien, porque si te mueres, esa va a ser tu ropa de fantasma para siempre.

Por el rabillo del ojo observó a la sirvienta de la joven.

—Esa es la amenaza de muerte más extraña que he recibido nunca.

—Lo sé —contestó divertida.

—¡Señor Wingate! —Abigail estaba a punto de sufrir un ataque.

Él soltó un suspiro, desilusionado. Observó a Valentine, que lo miraba con ojos brillantes, y se apartó de ella.

—Discúlpeme, señora —se dirigió a la sirvienta—. No sé qué me ha pasado. Voy a... —señaló el salón y, titubeando, se fue para allí.

—Esto no está nada bien —dijo mirando a Valentine con el ceño fruncido.

—Tienes razón. No... no me di cuenta de que me seguía. —Luchaba por que no se le escapase la risa. Todavía tenía el corazón acelerado por el asalto de Wolf.

—Estás muestras en público no son correctas.

La joven sonrió.

—Tal vez en El Paso...

—No —negó rotunda Abigail, instando a la muchacha a que se pusiera en marcha.

En ese momento doña Margarita, conversando con otra dama, salió del salón. Valentine se apresuró a llegar al ascensor antes de que las mujeres las descubriesen.

—Si doña Margarita os hubiese visto hace unos minutos...

—Abigail, me hacen gracia esas mujeres que se escandalizan cuando escuchan la palabra pene, y tienen once hijos.

—¡Valentine! —gruñó por lo bajo. De reajo miraba al mozo, que no se atrevía a quitar los ojos de la puerta.

—Necesito descalzarme, Abigail —susurró—. ¡Estos malditos zapatos nuevos me están matando!

—Aguántate.

—No puedo. —Valentine se deshizo del calzado. El empleado encargado de acompañarlas en el ascensor se agachó a recoger sus zapatos y se los entregó—. Muchas gracias. ¿Me podría decir cuál es la habitación del señor Wingate?

—Yo mismo les acompaño hasta la puerta —respondió el mozo con timidez.

Valentine le regaló una espléndida sonrisa.

El dormitorio se encontraba a oscuras. El empleado encendió la luz y se apartó para que las mujeres entrasen.

Valentine ahogó una exclamación. La habitación se hallaba completamente revuelta. Alguien había sacado sus prendas de la maleta y las había diseminado por el suelo y por encima de los muebles. Un camisón colgaba de la lámpara del techo y los zapatos se hallaban todos amontonados junto a una de las puertas.

La ropa interior que ella había comprado para utilizar esa noche, se encontraba hecha jirones sobre el brazo de una butaca.

El mozo detuvo a Valentine antes de que ella terminase de entrar en el dormitorio. Señaló la puerta. Era la del aseo.

—Puede que el ladrón aún esté dentro —susurró tratando de no hacer ruido.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó Valentine en el mismo tono de voz.

Él señaló un rincón del dormitorio.

—Apártense. Déjenme hacer a mí.

Valentine observó al hombre. Se le veía indeciso. Por si acaso, ella se armó con sus zapatos. Estaba preparada para golpear al primero que saliese del aseo.

—No creo que haya ya nadie a estas horas —dijo Abigail, impaciente—. Quien quiera que fuese, se ha debido de marchar. Falta poco para que amanezca.

El empleado abrió la puerta con resolución. Echó un vistazo al interior y se volvió a ellas.

—Está vacío.

—Lo imaginaba. —Abigail se abrió paso hasta el centro del dormitorio—. Esto es un desastre total. Todo ha sido registrado y... destrozado.

Alguien se había encargado de rajar el colchón con algo cortante. En el suelo del baño había un montón de documentos y papeles. De las dos mesillas de noche, una se hallaba volcada y con todos los cajones fuera de su sitio.

Valentine caminó hacia los papeles viendo el nombre de Wolf en muchos de ellos. Los recogió y habló al mozo sobre el hombro:

—Es mejor que vaya en busca del señor Wingate y del encargado del hotel.

Capítulo 9

Wolf entró en la habitación y caminó directamente hacia Valentine, que se había sentado en un sillón con el fajo de documentos sobre la falda. Cuando la miró se dio cuenta de que había estado llorando. Se inclinó sobre ella con mirada preocupada.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Yo estoy bien, pero mira cómo está todo esto.

Wolf recogió los documentos y los arrojó sobre la cama.

—Los papeles no son importantes. —Sus ojos grises recorrieron la estancia. Se puso en pie—. Yo no tenía nada de valor. ¿Tenías tú algo en el equipaje?

—Nada. Han revuelto la ropa y me han roto algunas prendas.

Wolf llevó la mirada hacia Abigail, que estaba doblando camisolas y pañuelos sobre una mesa.

—Estas están bien —señaló la mujer—. Las que han destrozado son las que esconde mi niña tras la espalda.

Wolf volvió la cabeza con lentitud hacia Valentine. Ella se había ruborizado.

—¿Me lo enseñas, por favor?

—Es mejor que no —susurró en un hilo de voz—. Es mi ropa de dormir. No tiene importancia.

Wolf asintió. Salió al corredor. Fuera se habían reunido Richard y algunos de los invitados.

El director del hotel le pidió perdón varias veces. No tenían más habitaciones libres, pero se ofreció a cambiarles el colchón y enviar personal para que arreglasen la cámara. El hombre, apurado, le dijo que nunca había sucedido nada igual y prometió denunciarlo a las autoridades competentes.

Wolf se disculpó con el resto y entró de nuevo en la habitación, cerrando la puerta. Valentine seguía sentada en el sillón. Él se acomodó en el que estaba al lado.

—Abigail, márchate a descansar y no te preocupes por nada. Yo me voy a quedar aquí, y no creo que tarden en prepararnos el dormitorio. Mañana tendremos un viaje bastante largo.

—No me molesta esperar, señor Wingate.

—Abigail, hazle caso. Yo voy a estar bien. —Valentine se puso en pie y acompañó a la mujer hasta la puerta. La despidió con un abrazo—. ¿Te atreves a ir tú sola? ¿Quieres que te acompañe alguien?

—Voy yo sola, Valentine. Descansa tú también.

—Yo podría ir con usted —dijo Wolf pasándose las manos sobre la cara.

—No, señor, no se levante. Soy capaz de llegar hasta el dormitorio sin sufrir ningún percance. Hasta mañana.

Valentine cerró la puerta cuando Abigail desapareció. Regaló una trémula sonrisa a Wolf.

—Menudo día para recordar, ¿verdad?

—Y que lo digas.

Ella ocultó un bostezo con la mano.

—Será mejor que te sientes o te quedarás dormida de pie —dijo él. Se levantó—. Mi tía Daphne tiene una habitación doble y duerme sola. Te llevaré con ella.

—No, prefiero quedarme aquí contigo. No estoy tan cansada —mintió. Pero volvió a bostezar. Wolf sonrió y rodeó su estrecha cintura.

—Ya veo. Pasado mañana estaremos en casa y te prometo que será una noche de bodas muy especial.

Valentine asintió con las mejillas arrojadas. Sintió una especie de alivio al saber que la consumación del matrimonio debía esperar.

—¿Por qué crees que nos han hecho esto? ¿Habría sido casualidad que nos haya tocado a nosotros o se trata de alguien que nos... odia? —Por algún motivo ella pensaba en Omar. Una venganza contra ellos.

—Puede que hayan sido unos simples ladrones.

Ella arqueó una ceja.

—¿En un hotel? Tal vez alguien que sepa que eres un hombre muy rico.

—No lo dudo. Esa es la explicación más obvia.

Daphne abrió la puerta de la habitación envuelta en una bata blanca propiedad del hotel. Sobre el pecho lucía un escudo bordado en tonos azules. La mujer tenía los ojos hinchados por el sueño y llevaba una redcilla en la cabeza, señal inequívoca de que llevaba varias horas durmiendo.

Escuchó a su sobrino con atención y no solo aceptó compartir el dormitorio con Valentine, sino que insistió en ello.

Valentine se había sentido un poco intrusa al principio, sin embargo Daphne era una mujer muy parlanchina. Tanto que apenas le permitió dormir. Las horas que faltaban hasta que empezaron a prepararse para marcharse las pasaron charlando. El tema central había sido Wolf y algunas de sus travesuras infantiles. Por ella supo que Wolf había perdido a su madre siendo muy

joven y que él se había hecho cargo de la familia. También le contó sobre Jane, que si bien no dijo nada malo de la joven tampoco insinuó nada bueno.

El viaje hacia la hacienda de México, La bella Helena, fue largo y cansado, pero bastante entretenido. Como medio de transporte habían elegido el tren, que era mucho más rápido. Valentine se sorprendió al saber el destino. Había creído que irían directamente a El Paso. Pero, según Wolf, aquello iba a ser una especie de luna de miel. Aunque en el viaje los acompañó Daphne, que vivía cerca de la hacienda; Jane Wingate, y cómo no, Richard Flanders, el inseparable amigo y socio de Wolf.

La mayor preocupación de Valentine era que el resto de su ropa iría en ese momento en dirección al rancho y ella no contaba con muchas cosas que ponerse. Por supuesto no pensaba pedirle nada a Jane. Decididamente no le agradaba su cuñada.

Uno de los momentos en que Richard y Wolf se retiraron de la presencia de las mujeres para fumar, el primero le preguntó:

—¿Qué se siente al estar casado?

—No lo sé. Aún no he tenido ni dos minutos para estar con ella a solas.

—¿Qué buscaría ese ladrón?

Wolf sacudió la cabeza con energía.

—No era ningún ladrón. Una empleada del hotel recordó que un señor Wingate, que obvio, no era yo, le pidió que le abriese la puerta del dormitorio.

—Ha sido ese hombre, ¿verdad? El galo.

Wolf asintió.

—No quiero que Valentine lo sepa.

—¿Pudo ella hablar con él antes de la ceremonia?

—No lo encontró. Se esfumó. Lo peor de todo es que ese indeseable fue capaz de robarme la identidad por unos minutos.

—Debes tener mucho cuidado, amigo.

—Te pido que seas discreto, Richard. No quiero que nadie lo sepa.

—Tranquilo.

Esa noche, después de cenar en el vagón restaurante, los recién casados por fin pudieron tener un poco de intimidad. Tuvieron para ellos solos un pequeño compartimento provisto de una cama —algo estrecha—, un armario y una balda grande cerca del techo para colocar el equipaje.

—Tendremos que apañarnos con esto —rió Wolf al ver el sorpresivo rostro de Valentine.

El tren hizo un cambio brusco. Ella perdió el equilibrio y se sostuvo de milagro sobre el colchón, con ambas manos. Enseguida los ojos de Wolf se engancharon en el trasero femenino. Divertido, se rascó la cabeza, rodeó la cintura de Valentine y la ayudó a enderezarse.

—¿Estás seguro? —preguntó ella—. Esto es más pequeño que el estornudo de un gato.

Wolf apretó los labios con diversión.

—Por más que me gustaría hacer otra cosa, creo que lo necesito de verdad. —Aspiró la

fragancia que el pelo de Valentine desprendía—. No he dormido en toda la noche.

Ella se volvió hacia él con los labios fruncidos. Vio que comenzaba a desprenderse de la ropa y apartó la vista, ruborizada. Él se desabotonaba la camisa.

—¿Dónde está tu pijama, Wolf?

—En mi maleta —respondió. De reojo descubrió que ella lo miraba en el reflejo del cristal de la portilla.

Valentine jamás había visto a un hombre desnudo y tuvo que reconocer que Wolf tenía un cuerpo estupendo. Su torso estaba lleno de músculos, al igual que sus brazos. Su piel bronceada parecía bañada en oro.

Wolf dejó la valija sobre la cama y buscó su pijama. Entre sus cosas se hallaba doblado el vestido de novia de Valentine.

—No cabía en la mía —se disculpó ella.

—No importa. Tendré que acostumbrarme a compartir mis cosas.

—Si te molesta...

Él sacudió la cabeza y sacó sus prendas.

—¿Tu familia cómo se ha tomado nuestra boda? —se atrevió a preguntarle ella.

—¿Lo dices por mi hermana?

Asintió. Intentaba no mirarlo mientras él seguía desvistiéndose.

—No creo que le haya sentado muy bien, pero no porque tenga nada que ver contigo.

—No lo entiendo.

—Avisé en casa de que, en el momento en que contrajese nupcias, independientemente con quién lo hiciese, saldría de la casa familiar para crear mi propio hogar.

—¿Y eso era un problema?

—Teniendo en cuenta que la mayoría de las tierras de los Wingate, así como la casa en la que ella vive, me pertenece, sí.

—¿Tenía miedo de que la echases de allí?

Wolf negó.

—Más bien teme que deje de pagar sus caprichos. Por no hablar de las facturas. —Alzó la cabeza. Ella continuaba con la vista clavada en la ventana—. No te preocupes por eso, Valentine. Hablaré con ella y la dejaré tranquila. Deberé buscarle un marido. Si no estuviese... —chirrió los dientes con furia—, alguno de mis socios hubiera accedido encantado.

—Siento haberte sacado el tema.

—Es normal. ¿Tú tienes algo para ponerte o prefieres dormir desnuda? —Se quitó los pantalones.

Ella dio un respingo.

—Tengo algún camisón —respondió. No era tan bonito como el que le habían destrozado, pero bien le servía para dormir en un tren. Se giró con los ojos clavados sobre la maleta que aún seguía encima de la cama. Con fuerza de voluntad evitó que sus traicioneros ojos buscasen de

nuevo a Wolf. Apartó el equipaje de él y colocó su maleta al lado. Era más pequeña. Sacó la prenda.

Cuando Wolf tuvo el pantalón del pijama puesto, cerró el equipaje, tanto el suyo como el de ella, y lo colocó en el estante. Se recostó sobre la cama con las manos bajo el codo y la vigiló con ojos entrecerrados.

Valentine soltó los broches delanteros de su vestido y los pechos aprisionaron la tela de su corpiño. Ignorando a Wolf y, sobre todo, concentrada en no caerse, se desnudó. No sabía que él estudiaba su cuerpo de la misma manera en que ella lo había hecho antes. Los ojos grises se deslizaban sobre sus senos, la cintura y las curvas de sus caderas, que parecían invitarle a rozarla con los dedos.

—¿Te falta mucho? —musitó él.

Valentine le echó un vistazo rápido. Parecía que él tenía los ojos del todo cerrados.

—Ya he acabado. ¿Quieres que pase yo al rincón? —Él se había colocado en el borde de la cama.

—Sí, por favor.

—Tengo que pasar sobre ti.

—Adelante.

Lo miró una vez más. No advirtió el brillo plateado de sus ojos. Se alzó el camisón por encima de las rodillas y procedió a escalar sobre el lecho. Ya había alcanzado la esquina de la cama con una rodilla cuando sus miradas tropezaron.

Valentine se encontraba encima de él, a horcajadas, con las piernas abiertas en una postura poco decorosa. Se disculpó con las mejillas ardiendo.

—Es que esto es muy estrecho.

Wolf apoyó la palma de la mano sobre el muslo. Sentía la piel tierna y ardiente en las yemas de sus dedos. Ahora ya no estaba muy seguro de poder contenerse hasta que llegasen a la hacienda.

—¿Necesitas ayuda? —La empujó con suavidad. Ella cayó en el rincón apretada a su cuerpo. Él era tan grande que ocupaba más de la mitad de la cama.

—¿Te hago daño? —preguntó ella. Casi no podía moverse. Se sentía encarcelada entre la pared y él.

—No te preocupes. Puedes ponerme la pierna encima, si quieres

—No vas a estar a gusto —susurró buscando una posición más cómoda.

—¿Y tú lo estarás?

—¡Pues no lo sé! ¡Se me enreda el camisón en las piernas y no puedo moverme!

Wolf metió uno de sus brazos debajo de la almohada cediéndole un poco más de espacio. De ese modo ella apoyaba la cabeza encima.

—¿Mejor?

Durante un rato ella siguió luchando por encontrar una posición más cómoda. Terminó

colocándose de costado y con la mano sobre el torso de Wolf. ¡Era una roca!

—¿Te molesto así? —susurró ella.

—En absoluto. —Wolf levantó el brazo libre para apagar la luz. El compartimento no se quedó a oscuras del todo, pues la luz de la luna penetraba por la ventana.

—¿Nunca te pones chaqueta de pijama?

—No, nunca. Me molesta dormir con ropa.

Se miraron largamente y en silencio. Un cálido destello encendió la mirada de Wolf.

Valentine tragó saliva y sintió que su corazón saltaba disparado. Era la primera vez que compartía la cama con alguien. Mucho más con un hombre.

—¿Te molesta que Jane y Richard vengan a la hacienda? —susurró Wolf, sacándola de sus pensamientos.

—No, claro que no. Además, también me gustaría visitar a tu tía Daphne mientras estemos allí. ¿Será posible?

—Por supuesto. ¿Te gusta?

—Sí. Es muy divertida y Abigail se lleva muy bien con ella. Son buenas compañeras.

—¿Abigail es familia tuya, o solo era tu dama de...?

—Fue mi niñera —respondió con una media sonrisa—. Tía Daphne me ha dicho que tienes más hermanos.

—Petter es mi hermano pequeño. Te va a encantar.

—¿Él vive en la casa?

—Sí, con Jane y mi padre.

Ella frunció el ceño.

—No sabía que tenías padre —dijo con sorpresa—. ¿Por qué no ha venido a la boda?

—¿Te molesta? —preguntó él a su vez.

—No. Es solo que me parece raro.

—Digamos que él y yo no hemos tratado mucho. Debes saber que él no se alegra de mi matrimonio tampoco.

—Vaya. —Ella sonrió—. ¡Qué familia tan encantadora tienes!

El tren pasó por un túnel y durante unos largos minutos todo se llenó de oscuridad. Sin Valentine darse cuenta de lo que pasaba, Wolf se apoderó de su boca con un largo y húmedo beso.

—¡Dios, llevo todo el día deseando besarte! —murmuró sobre sus labios—. Y se me hace muy difícil dormir aquí contigo sin tenerte.

—Yo... lo...

—No digas nada —respondió él.

Saboreó su boca. Al principio con serenidad, no quería asustarla, pero terminó aplastando con fuerza los labios sobre los de ella en un beso apasionado. Estaba duro y la deseaba. Su cuerpo lo enloquecía y reaccionaba sin control.

Valentine se apretó más contra él sintiendo como la mano de Wolf se apoyaba en su cadera y con los dedos deslizaba el camisón hacia arriba, hasta la cintura. Contuvo la respiración. Las sensaciones eran muy agradables y Wolf actuaba lento y dulce. Sin avasallar. Tembló y él detuvo sus caricias.

—¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza deseando que la volviese a besar. Por un pequeño espacio de tiempo apareció ante ella el rostro de Omar, pero lo desechó con la misma velocidad que había llegado. Solo se debía a Wolf Wingate.

Wolf no se hizo de rogar y volvió a unir sus labios a los de ella. Sus dedos, curiosos, acariciaron la suave carne de la joven. Ella ahogó un gemido excitado y se agarró al antebrazo masculino. Los dedos de Wolf rozaban la parte baja de su vientre y el inicio de su pubis. Estaba húmeda, muy húmeda. Con facilidad introdujo un dedo dentro de ella y Valentine exclamó, impresionada. No había esperado aquella invasión, sin embargo, no era del todo desagradable. Los músculos de su pelvis se contrajeron con fuerza. Un calor abrasador empezó a subir por todo su cuerpo.

Olvidándose del pudor y la vergüenza gimió. Él terminó de levantar su camisón hasta por encima de sus senos y se llevó un pecho a la boca. Su lengua lamía y besaba al tiempo que dejaba un reguero de fuego que iba de un pecho a otro, fustigando ambos pezones sin compasión.

La respiración de Valentine se volvió irregular. Movía las caderas al mismo ritmo que él continuaba metiendo y sacando el dedo en su interior. Hundió los talones en la cama y se arqueó.

Wolf dejó escapar una corta risa y dejó de tocarla. Ella buscó sus ojos, parpadeando.

—Todavía no, solo espera un poco. —Sus labios la buscaron otra vez.

Ella le rodeó el cuello para que no se detuviese, y para impedir que se escapase. Tenía un nudo en el estómago que parecía a punto de explotar.

A pesar de las dificultades, Wolf se quitó el pantalón del pijama y se acomodó entre las piernas de Valentina. La luz de la luna daba de lleno en ella y el deseo hacía brillar sus ojos azules.

—Desnúdate —ordenó él.

Ella se sacó el camisón por la cabeza. Estaba expectante. Deseaba saber qué se sentía.

La agarró por los muslos y, antes de introducirse en ella, la besó una vez más. En parte para acallar la exclamación que escapó de su boca cuando su miembro resbaló dentro de ella. Sus manos volvieron a apoderarse de sus pechos.

En ese lapsus de tiempo pudo notar la barrera virginal. Nunca se había alegrado tanto de algo. Las dudas de que ella se hubiese encamado con Trevor desaparecieron de su mente.

Él la embistió y Valentine se arqueó para recibirlo. La llenaba por completo.

—Soñaba con esto desde el mismo momento en que te vi —susurró él. No le dijo que la primera vez había sido en la calle. No de momento.

Hundió sus labios en la garganta de ella cuando echó la cabeza hacia atrás. Valentine

disfrutaba con sus caricias. Se estremecía cada vez que la empujaba contra el colchón. Ella le había rodeado los hombros con sus brazos y sus dedos jugaban con los cortos cabellos de su nuca. Se movieron a la par. Despacio al principio. Una deliciosa tortura que les hizo olvidar que se encontraban en un coche cama.

Valentine, sorprendida por la reacción de su cuerpo, no fue consciente de haber sentido dolor alguno. Se sujetó a Wolf y jadeó. Cada vez alzaba más las caderas para poder sentirlo mejor y para que él embistiese con más fuerza. Algo explotó dentro de ella. Gritó. Su corazón golpeó frenético al alcanzar el orgasmo.

Wolf, con un último empujón, dejó caer el cuerpo encima. La miró a la cara y besó sus ojos, sus mejillas y sus labios.

—¿Estás bien?

—Mucho mejor ahora —admitió ella con los ojos cerrados.

—Entonces creo que lo mejor será que intentemos dormir un poco. —Se dejó caer a un lado de la cama y colocó su brazo bajo la cabeza de Valentine. Sentía la larga y espesa melena haciéndole cosquillas en la piel.

—Wolf, ha sido maravilloso.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Maravilloso —repitió con un suave ronroneo. Vio que él se acomodaba para dormir—. ¿No vamos a vestirnos? —«¿O a hablar un poco?», pensó. Acababa de vivir una experiencia fantástica y necesitaba compartirla con él.

—Mañana lo haremos. De este modo será más práctico por si sentimos deseos de nuevo.

Tal vez llevaba razón. Las pasiones podían despertar otra vez.

—¿Y si tengo ganas de más?

Él arqueó las cejas y sonrió. Deslizó su mano por el cuerpo de Valentine. Pellizcó con suavidad un pezón y jugueteó con él durante unos largos segundos. Después siguió bajando hasta acomodar la mano de nuevo entre sus piernas.

Valentine se mordió el labio, excitada. Ya quería más. Pero al cabo de unos minutos se dio cuenta de que él no se movía. Iba a preguntarle cuando escuchó su respiración. Se había dormido.

Ella tardó algo más en poder conciliar el sueño. El colchón era muy duro e incómodo. La luz de la luna y el traqueteo del tren tampoco acompañaban mucho.

Capítulo 10

El carruaje atravesó un fornido portón en forma de arco y penetró en un extenso patio empedrado. La bella Helena era una hacienda impresionante de fachadas blancas. Una construcción de estilo colonial repleta de curvas y arcos. Estaba rodeada por altos muros que formaban simétricas ondas.

El interior era muy amplio y bastante frío en aquella época del año. Sobre todo la galería, que era el lugar donde se concentraban las corrientes de aire. Un sitio de paso, tanto para los que estaban como para los que llegaban.

Valentine se apretó más la capa contra su cuerpo. Disimulaba sus nervios mientras Wolf les presentaba a varios de los empleados que habían acudido a recibirlos. Jane esperó a que ella los saludase, para después dirigirse hacia su hermano.

—¿Me das tu permiso para poder retirarme? Estoy agotada.

—No sé si la habitación de invitados está lista —respondió él. No le hizo falta decirle que no había contado con que viajase con ellos hasta allí. Por otro lado, Jane solo había estado una vez en la hacienda. Él nunca había querido invitarla. No necesitaba que le cambiase los muebles de sitio. Además, ella tampoco había dado nunca el mínimo motivo para querer visitar la propiedad.

—¿Y en la que Richard se aloja, si lo está? —se quejó.

Richard se inclinó a coger su equipaje y pasó a su lado.

—Mi cuarto siempre está listo, ¿verdad, Dolores?

La doncella, una muchacha joven de sonrisa aniñada, asintió con la cabeza.

—El suyo está siempre listo, señor. ¿Necesita que le acompañe? —preguntó con voz ansiosa. Él rio y sacudió la cabeza.

—Dolores, acompaña a mi hermana y caldea su dormitorio —ordenó Wolf .

—Ahora mismito, señor Wingate.

Otra doncella se encargó de dirigir a Abigail a su dormitorio.

—Ven, Valentine. —Wolf cogió su mano y la condujo a un amplio dormitorio donde un cálido fuego ardía en la chimenea de piedra. La estancia no poseía muchos muebles, aunque todos ellos eran bastante elegantes, a excepción de una alfombra grande y mullida que ocupaba

gran parte del suelo—. Nunca se ha utilizado este dormitorio. Puedes redecorarlo a tu gusto si lo deseas.

Ella frunció el ceño. Desde que se despertaran esa mañana no habían hablado mucho. Después de que el tren hiciese su última parada habían terminado de hacer el viaje en carruaje. Todos excepto Daphne, a quien la esperaba su propio coche.

La mayor parte del trayecto, Jane había ido quejándose de lo mal que se descansaba en el coche cama, mientras que Wolf y Richard hablaban de negocios. Eso sí, Valentine, que había ido observando el paisaje junto a Abigail, había sentido casi todo el tiempo la preciosa mirada plateada de Wolf sobre ella.

—¿No dormirás conmigo? —preguntó mirándolo, confusa.

Él la hizo girar, con ojos brillantes.

—Me gustaría mucho.

—¿Y por qué no me lo has propuesto?

—Pues no lo sé —se encogió de hombros—. Creí que tal vez necesitaras algo de tiempo para adaptarte.

—Yo había imaginado que compartiríamos la alcoba —se mordió el labio inferior—. Pero haremos como tú quieras.

Wolf la observó fijo. Ella estaba muy bonita. Llevaba un grueso vestido de pana azul y una chaqueta de lana en un tono más claro. Sencillo a la par que elegante. Se le pasó por la cabeza, que tal vez, eso de dar espacio a Valentine no era una buena idea.

Wolf cogió su mano y la acercó a él para poder rodear su cintura y estrecharla contra su pecho.

Valentine debió alzar la mirada hasta sus ojos.

—Mi recámara se comunica con esta —señaló la puerta que se hallaba junto a la chimenea—. La cama es grande, pero la habitación es muy pequeña. Había pensado trasladar allí el estudio, en verano es el lugar más fresco de la casa y te puedo asegurar que aquí hace mucho calor. En esta parte puedes poner nuestro dormitorio.

Ella sonrió. Sin pensarlo se puso de puntillas y lo besó en la barbilla, que era la parte que le quedaba más cerca.

—Tienes una casa preciosa y me va a encantar decorar nuestra habitación.

—Valentine, ¿te gusta montar a caballo?

Ella se tensó. Salió de entre sus brazos y recorrió el dormitorio, intranquila.

—Los animales y yo no nos llevamos muy bien. Pero me gustaría aprender. ¿Me enseñarías? Debo advertirte que voy a ser muy mala alumna.

Wolf sacudió la cabeza. Una de sus virtudes no era la paciencia. Esperaba no perderla demasiado con ella.

Jane estaba helada. Golpeó los pies sobre la alfombra intentando que al menos esa parte de su cuerpo entrase en calor. Sentía que los dedos se le iban a romper de un momento a otro. Y eso que llevaba botas largas de piel y medias de lana.

La doncella había salido en busca de maderos para encender la chimenea, y juró que posiblemente era la habitación más fría de toda la casa.

¡No debía haber ido!, se dijo una vez más frotando las manos sobre su ropa de abrigo que no se atrevía a quitar hasta que no hallara algo de calor.

Tiritó y notó un pequeño dolor en el estómago que pasó rápido. Hacía un tiempo que había comenzado a tener las molestias propias de un embarazo. Solo faltaban dos meses para que naciera el crío.

Se miró el estómago, todavía no había pensado que haría con él o con ella una vez que naciera. Annette, una de sus amigas, le había hablado de darlo en adopción y ella estaba valorando muy en serio esa posibilidad. Con la boda de Wolf había pospuesto ese tema a otro de mayor enjundia. No quería a Valentine cerca de su familia. Wolf estaba muy bien soltero y viviendo en la casa Wingate, donde siempre había estado. No veía por qué se tenía que mudar al rancho de los Kerrick.

Su hermano era un egoísta. Lo único que él deseaba era verla trabajar para ganarse un mísero sustento. Eso era lo que iba a terminar sucediendo si resultaba que él se enamoraba de la mosquita muerta con la que se había casado. Mucho más si la neoyorquina le daba descendencia. En ese caso el vástago heredaría todo y ella, Jane Wingate, se quedaría sin nada.

Jane tenía que reconocer que Valentine era muy bonita —demasiado apocada para su gusto—. Seguro que sin una gota de sangre en las venas. Sumisa, educada y muy decorosa. No iba a ser difícil deshacerse de ella. Quien en cambio le preocupaba mucho era Abigail, la dama que la acompañaba. Se notaba que era capaz de hacer cualquier cosa por protegerla.

Se frotó los brazos con ahínco. Odiaba esa hacienda. La hacienda que llevaba el nombre de su madre. Odiaba a su madre.

Al pensar en ella se dejó caer en el sillón y cerró con fuerza los ojos. Podía recordar los gritos de Helena cuando Leonardo la golpeaba. La falta de oxígeno cuando ella salía en busca de sus hermanos y corría por los campos, para defender a su madre. Jane siempre había estado a su lado. En cambio, cuando Helena se quedó embarazada por cuarta vez, había huido de El Paso a la hacienda, donde vivían sus padres, sin importar dejar a sus hijos allí. Jane no podía perdonarle que la hubiese dejado a merced de Leonardo, aunque aprendió a esquivarle y a devolverle los golpes. Wolf siempre se encontraba trabajando, y Julian era un crío perdido en su mundo infantil. De hecho, ella se alegró cuando recibió la noticia de que Helena había muerto durante el nacimiento de Petter. Mucho más contenta se hubiera puesto si también hubiese fallecido el niño. No soportaba verlo.

Se puso en pie de nuevo y volvió a saltar sobre la alfombra.

—¿Dónde diablos se ha metido esta boba? —susurró con los dientes apretados.

Con decisión caminó hacia el salón. Llevaba los dedos de una mano cruzados, al tiempo que rezaba para que no estuviesen los galgos por allí. Solo necesitaba calentarse un poco al lado del fuego.

Se detuvo de golpe al escuchar unas voces que salían de una de las habitaciones. Reconoció la de Wolf y anduvo despacio. Sus pasos se amortiguaban en la alfombra que cubría todo el corredor.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. En el centro de la sala su hermano hablaba con Valentine, muy animado.

Escuchó pasos que subían las escaleras y con un gruñido se alejó. Algo se le tenía que ocurrir para devolver a la neoyorquina con su abuelo. Se cruzó con Abigail pero la ignoró. No le apetecía entablar ninguna clase de amistad con ninguna de las dos.

En el salón tomó asiento en el sillón más cerca de la chimenea. Con desdén miró de reojo a los galgos que se encontraban tirados sobre una alfombra de piel de vaca.

—¿Por qué no os marcháis a la maldita calle? —protestó entre dientes.

Se sobresaltó al oír la voz de Wolf detrás de ella.

—¿Con quién hablas?

—Con los perros, ¿con quién si no? ¡Hoy todo el mundo debe de estar muy ocupado! La criada bajó a buscar leños y todavía no ha subido. ¿Sabes el frío que hace en mi habitación?

—Yo no te pedí que vinieras.

—Creí que te haría ilusión.

—Te equivocas. —Wolf llamó a los perros. Los animales levantaron la cabeza al unísono y con alegría corrieron tras él.

—Si no deseas que me quede, solo tienes que decírmelo —dijo Jane poniéndose cómoda en la butaca.

—Haz lo que quieras.

Se quedó con la vista clavada en la lumbre. Las llamas chisporroteaban. Ella era joven y bella. Bastante alta. Tenía los ojos castaños, rasgados, rodeados de largas y oscuras pestañas. El pelo lo llevaba recortado sobre los hombros y enmarcaba su cara de rasgos elegantes. Sabía que podía haberse casado hacía tiempo. No podía contar sus pretendientes con los dedos de la mano. Sin embargo, ninguno de ellos era tan rico como su hermano.

Se acarició el vientre. En ningún momento había planeado ese embarazo. Se arrepentía una enormidad de haberse acostado con ese vejstorio. Al pensar en ello le daban nauseas. ¡Y todo por una simple gargantilla de zafiros!

La culpa de todo era de Wolf. A él no le importaba que gastase su dinero en muebles y cosas para el hogar. Sin embargo ella debía mendigarle para vestidos y joyas. Le decía que tenía suficiente con lo que poseía. Pero él estaba muy equivocado. Poco conocía a las mujeres.

Cerró los ojos. El calor había vuelto a su cuerpo.

Todas las alhajas que ella tenía eran de admiradores. Alguna se la había regalado él por

cumpleaños o Navidades. Claro, ella nunca las había elegido y era muy frustrante lucir siempre las mismas.

Abrió los ojos y se puso en pie al escuchar a las dos mujeres que bajaban por la escalera. Valentine, con una sonrisa que pretendía ser amable, se detuvo al verla.

—Hola, Jane, no sabíamos que estabas aquí.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No, solo iba a buscar a la señora Concepción. Wolf me dijo que ella me mostraría la casa.

La joven se encogió de hombros.

—Tal vez esté por la cocina. Si ves a alguna doncella ¿te importa decirle que suba a mi dormitorio a encender la chimenea? Mi cuarto está completamente helado. ¡No sé dónde se ha metido la gente de esta casa! Está claro que para vivir bien aquí debes ser uno de los galgos de Wolf. Supongo que ahora ya no los dejará dormir en su alcoba.

Satisfecha, vio la cara de horror de Valentine y pasó a su lado haciendo que se apartase de su camino. Tenía que dejar muy claro a esa mosquita muerta y a su doncella quién era la que verdaderamente mandaba allí.

Valentine y Abigail la observaron subir por la escalera con la gracia de su embarazo. La más joven miró a su sirvienta arqueando las cejas:

—Parece que está amargada por todo.

—No me parece trigo limpio.

Valentine se encogió de hombros.

—Nunca nadie te parece trigo limpio. A mí, en cambio, me gusta esa manera de ser que tiene.

—¿Cuál precisamente?

—Esa en la que tú sabes que hay algo que no debes decir, sin embargo lo sueltas, a ver qué pasa.

La mujer se tensó.

—¡Eres una descarada!

—¡No es en serio, Abigail! —Se echó a reír—. Ven, vamos a buscar la cocina.

—Todo esto es muy hermoso, Valentine. —Pasó un dedo sobre el arcón que enriquecía la antesala—. Me gusta mucho este sitio.

—¿Y qué tal es tu habitación? ¿Te sientes a gusto?

—No te preocupes más por mí, mi niña.

—Por cierto, no voy a permitir que Wolf meta a los perros en la alcoba. No estoy tan loca para eso.

—Lo sé.

Hallaron la cocina y también a Concepción. Valentine no pudo esperar a preguntarle si sabía dónde dormían los perros. La mujer le contestó que solo tenían acceso a la parte baja de la casa.

Se sorprendió de que Jane la hubiese mentado. Pero se alegró al saber que ella y los galgos no iban a compartir cama.

Capítulo 11

Wolf se echó por encima el chubasquero en cuanto cayeron las primeras gotas de lluvia, y Richard, sin bajarse de su montura, observó el toro negro que bebía del abrevadero.

Corsario, el hermoso semental, estaba muy demandado y Wolf, preocupado, había enviado llamar al veterinario para que le revisase.

—¿Vas a llevarlo al rancho? —preguntó Richard hablando de Corsario.

Wolf negó. Lanzó su cigarrillo con fuerza contra el alambrado. Siguió con la vista el punto rojo incandescente hasta que se extinguió.

—Todavía no. Prefiero esperar. Antes quiero recoger las reses de San Antonio y llevarlas a El Paso. —Caminó hacia su caballo y se encaramó al lomo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Quería saber si vas a necesitar ayuda con eso.

—Son bastantes cabezas. Pero me puedo apañar con un buen grupo de hombres.

—Eso me deja más aliviado. Mi padre está empeorando y quiero llevarlo a Boston para hacerle un buen chequeo.

—Por supuesto, amigo. Tu padre está antes que nada.

—¿Qué sabes tú del tuyo?

Wolf se encogió de hombros. Hizo girar su caballo y Richard se unió a su paso. Las gotas de lluvia que caían chocaban en los chubasqueros. Ellos no parecían darse cuenta.

—No sé nada. Seguramente él no se haga cargo de la casa familiar. Será Jane quien se ocupe, y la verdad es que lo prefiero.

—¿Te lo ha dicho él?

—Ya lo conoces. Me tachó de egoísta por querer tener mi propia vida y me dejó muy claro que no quiere conocer a Valentine, ni nada que tenga que ver con ella. —Medió sonrió al recordar la bronca que tuvieron—. Me ha prohibido que entre en la casa mientras él esté allí.

—¡Después de todo lo que has hecho por él y por esa tierra! —exclamó Richard.

—No pasa nada, amigo. Tampoco pensaba ir una vez que Valentine y yo nos instalemos en el rancho. No quiero que sufra ninguna clase de desprecio ni por él, ni por Jane.

—Sí, esa es otra. La manipuladora de tu hermana. He visto cómo mira a tu esposa y... —negó

con la cabeza— no me gusta.

—Yo también me he dado cuenta. —Ese era uno de los motivos por lo que estaba deseando regresar—. No entiendo por qué se le ha ocurrido venir.

Un torrente de lluvia descargó sobre ellos con fuerza. Azuzaron a los caballos hasta llegar a los establos de La bella Helena.

El día se había vuelto oscuro y frío, casi gélido. Las gotas de agua caían con intensidad formando charcos en el patio empedrado y convirtiendo los caminos que accedían a la casa en verdaderos lodazales.

Wolf pasó el portón seguido de cerca por Richard, el mozo de cuadra los esperó al cobijo del porche de las caballerizas para ayudarlos con sus monturas.

—Sécalos bien —le dijo entregándole las riendas—. Y cierra la contrapuerta. No creo que recibamos ninguna visita hoy.

El joven asintió y se llevó los animales al fondo del establo. El edificio alargado estaba construido en piedra. Era amplio, con una capacidad de ocho cuadras y dos puertas hacia el exterior. De las paredes colgaban sillas, arneses, herraduras, bocados, fustas y un par de látigos de nueve colas. Todo expuesto como si fuera un museo. En una de las esquinas se amontonaba la paja. Había varias cajas de madera, un armario para los chubasqueros y una mesa con cajones que solía utilizar el mozo.

Los dos hombres corrieron hacia la entrada y empujaron una de las puertas dobles que siempre dejaban abiertas, excepto en la noche. La galería se hallaba en penumbras. Concepción o algún sirviente ya habían cerrado las contraventanas de madera.

—Voy a ver si algún alma caritativa me prepara un baño —dijo Richard jocoso camino de las cocinas.

—Deja a Dolores en paz —le avisó Wolf, sonriendo.

Concepción apareció en el recibidor, silenciosa. Lo saludó con un gesto de cabeza.

—¿Qué tal todo, señor Wingate? Menuda tormenta se ha preparado. ¿Ha comido algo?

—Necesito un baño. Después ya me sube algo.

—¿Queso y pan, está bien?

—Está perfecto. —Iba directo a la escalera pero se detuvo con los ojos puestos en el salón—. ¿Quién hay ahí?

—Es la señorita Jane. Está leyendo. Dice que en su dormitorio hace demasiado frío.

—¿Dónde está Valentine?

—Ella se encuentra en el dormitorio, tomando un baño. Usted deberá esperar a que ella termine para usar la bañera.

—¿Se está bañando ahora?

Concepción asintió.

—La señora ha estado todo el día soportando a la modista que su tía Daphne le ha enviado —bajó la voz—. Esa mujer solo descansa de hablar cuando duerme. O quizá no. ¿Sabe lo que ha

dicho su esposa de ella? —Él negó con la cabeza—. Pues que es más pesada que un abanico de tablones.

Se echó a reír.

—¿Ha dicho eso, de verdad?

—Se lo juro.

Sacudió la cabeza. Sus ojos brillaron divertido.

—Estoy pensando que tal vez pueda aprovechar el agua de Valentine.

—Como quiera, señor.

Wolf continuó subiendo los peldaños, esta vez de dos en dos. Con un poco de suerte, y si era afortunado, Valentine podía dejarle compartir su baño.

Entró directo para recoger ropa limpia y algunas de sus pertenencias a su antiguo cuarto. Después ingresó en el dormitorio por la puerta que comunicaba y la vio recostada en una enorme bañera de porcelana blanca con pies dorados. Se habían encargado de poner el mueble cerca de la chimenea.

Ella no le escuchó llegar. Su cabeza descansaba en el borde y tenía los ojos cerrados. Se encontraba relajada y la piel satinada de sus hombros brillaba con la humedad y el reflejo de la lumbre. Entonaba una suave melodía.

Wolf se acercó más a ella. La alfombra apagaba sus pasos. Durante unos segundos se limitó a observarla sin respirar. Parecía una diosa griega. Se había recogido el cabello en la coronilla y varios bucles castaños se habían escapado. Abundante espuma cubría su cuerpo, sin embargo, sobre uno de sus pechos la capa blanca se había dispersado y un pezón rosado lo invitaba a probarlo.

En el acto sintió el tirón de los pantalones en su entrepierna. Su miembro empujó la tela con fuerza.

Valentine escuchó la exclamación de una de las doncellas y abrió los ojos, sobresaltada. Wolf se hallaba frente a la tina y había vuelto la cabeza al escuchar a Dolores.

—Puedes marcharte, Dolores —le dijo él—. Si Valentine te necesita te lo haré saber.

La criada asintió. Corrió a dejar varias prendas sobre la ancha cama y salió del dormitorio.

—La has asustado —le reprochó Valentine. Lo que no le extrañaba si la doncella había visto la misma enigmática mirada gris que había visto ella.

—No entiendo por qué. Es mi dormitorio también.

—Sin embargo podías haber avisado de que estabas aquí. No me gustaría que entrase cualquiera mientras me estoy dando un baño. Sería bochornoso, ¿no te parece?

—¿También te he asustado?

Ella asintió con una sonrisa divertida.

—Por supuesto. No esperaba encontrarte nada más abrir los ojos.

Wolf sonrió. Caminó hacia la puerta a echar el pestillo.

Valentine tembló. Se pasó la lengua sobre su labio inferior y se hundió más en el agua.

Cuando Wolf regresó de nuevo, solo vio la pequeña cabeza de Valentine, que flotaba entre el jabón. Parecía una boya balanceándose al son de las corrientes.

—Te vas a ahogar. ¿Lo sabes? —Sonreía burlón.

—Soy buena nadadora —susurró escupiendo agua e incorporándose un poco más—. ¿Dónde has estado? ¿No te he visto desde que llegamos?

Wolf se sentó en el borde de la bañera. Sus ojos recorrieron la frente lisa, las mejillas, el mentón, los hombros... ¿Sería ella consciente de lo hermosa que se veía?

—Tenía algunas cosas pendientes.

—¿Y ya estás libre?

—Libre del todo. —Con deliberación hundió los dedos de una mano en el agua y empezó a jugar con la espuma—. Pero tengo un pequeño problema.

Ella arqueó las cejas.

—¿De qué se trata?

—He estado cabalgando bajo una tormenta y necesito un baño urgente.

Valentine abrió unos ojos como platos.

—¿Quieres que me salga? —Él sacudió la cabeza. Sus ojos grises brillaban con burla—. ¿Quieres bañarte conmigo?

—Sí.

Anonadada se sentó en la tina. Al hacerlo, la parte superior de su cuerpo quedó expuesta a los ojos de Wolf. Pequeños hilos de jabón se deslizaban por sus brazos y entre los pechos. Solo pensar que él se pudiera meter con ella había hecho que sus pezones se irguiesen. Se cubrió los pechos con las manos.

—No hagas eso, por favor —imploró. Valentine se puso aún más colorada. Despacio se descubrió los senos—. Me voy a bañar contigo.

Lo contempló mientras él, de manera lenta y estudiada, empezó a quitarse la ropa. Por un momento pensó en cerrar los ojos, pero luego, al pensarlo bien, se dijo que le apetecía mucho mirarlo. Además, ahora era su esposo y quería conocer bien su cuerpo.

Con los ojos le acarició todos los músculos del tórax. Estaban perfectamente marcados en su piel de bronce. Los brazos fuertes, la forma de sus caderas estrechas, las piernas duras, largas y... jadeó al clavar la vista en su miembro. Deseó tocarlo. Quería saber cómo era su textura. Si aquello estaba duro o por el contrario... Como atraída por un imán, extendió su mano para rozar la carne hinchida. Lo acarició con dedos inexpertos. Estaba cálido, y suave. Firme. Se incorporó un poco más. La punta del pene era muy suave, de tacto delicado. Cerró sus dedos en torno a él. El miembro latió tembloroso.

Wolf se inclinó un poco y le mostró cómo quería que lo acariciase. Hizo que su mano se deslizara de arriba abajo y viceversa.

—Me da un poco de vergüenza que me estés mirando —le confesó con las mejillas tan sonrosadas como un melocotón maduro.

—A mí me excita mucho, Valentine. Seguro que a ti también. ¿No deseas que yo te toque?

—Lo estoy deseando.

Wolf entró en la tina. Al hacerlo parte del agua salió por los costados, pero ninguno de ellos lo prestó atención.

—Deberás sentarte sobre mí. —Tendió una mano a Valentine para que se incorporase del todo. Ella le obedeció y al poco se sentó a horcajadas sobre su regazo.

Wolf agarró su cintura y la alzó lo suficiente como para poder saborear sus pechos. Eran tan redonditos y tiernos...

—¿Has hecho alguna vez esto en la bañera? —escuchó que preguntaba ella.

Él solo gruñó algo ininteligible. Pasaba la lengua con ansia sobre sus pechos, primero uno y luego otro. Levantó a Valentine y se hundió en su interior. Ella le rodeó los hombros. Se mordió los labios y se concentró solo en Wolf, y en lo que estaba sintiendo.

Hicieron el amor en la bañera, contra la puerta que separaba los dormitorios, y en la ancha cama.

Tan solo una semana después, Valentine se dio cuenta de que se había enamorado de Wolf. Lo amaba. Y no solo por su manera de hacer el amor, que cada vez le fascinaba más —se estaba convirtiendo en una adicta al sexo—. Era también por su forma de tratarla. Era muy amable y protector. Muy tierno cuando se lo proponía. Muy fogoso y apasionado cuando la deseaba.

Valentine bajaba a desayunar en bata. Había continuado con la costumbre que tenía en su casa, y aunque Abigail al principio la reñía por ello, no tuvo más remedio que dejarla. Ese día, mientras iba hacia el comedor, observó desde la escalera como varios criados, parados en la galería, tenían las miradas puestas en el interior del salón.

La voz de Wolf se confundía con los llantos y los alaridos de Jane. Ella lo insultaba con palabras que hacían arder los oídos de todos.

Terminó de descender y en el momento que se detenía junto a Concepción, Jane salía hecha un basilisco, gritando a diestro y siniestro. Wolf había caminado tras ella, pero se paró en la galería. Le dedicó a Valentine algo que pretendió ser una sonrisa, y sin decir palabra, se encerró en su estudio.

—Será mejor que no vaya, señora —le advirtió Concepción—. Ahora el patrón está muy enfadado.

—¿Qué es lo que ha pasado?

La mujer se encogió de hombros. Llevó sus ojos a la escalera, por donde había desaparecido Jane.

—Esa muchacha solo trae problemas y disgustos.

—¿Pero lo dice por algo que haya hecho?

—No, señora. No es por nada en especial. Es solo que a veces se olvida de que ella no es usted.

—¿Qué quiere decir?

—La señorita Wingate no es la patrona.

Capítulo 12

Faltaban dos días para concluir la luna de miel y la estancia en La bella Helena estaba llegando a su fin. Las Navidades se acercaban y Wolf tenía mucho trabajo en el rancho. Por otra parte, estaba deseando ver a Petter. Y Valentine también ansiaba conocer el lugar donde iban a vivir.

Esa noche habían organizado una recepción para despedirse de algunas amistades. La tía Daphne entre ellas.

Doña Margarita había tenido mucha razón al decirle que Wolf era un hombre muy influyente y admirado. Habían salido muchas noches a reuniones de amigos y le había presentado a varios de sus socios.

Algunas tardes, ella y Wolf habían recorrido las praderas a caballo. Valentine siempre montaba con él. Había probado a hacerlo sola pero el terror a la altura del animal se lo impidió. Wolf no insistió. No le molestaba que ella no quisiera hacerlo.

Esa mañana, Valentine y Abigail se marchaban a la ciudad a hacer las últimas compras y visitar el famoso mercadillo por si encontraban algo interesante. Querían comprar los regalos de Navidad antes de regresar a El Paso.

Wolf se hizo el remolón bajo las frazadas. Tenía cosas que hacer y no podía acompañar a las mujeres. Tampoco le entusiasmaban mucho esos lugares. Solía ir tanta gente que era raro no recibir algún que otro empujón. Prefería evitar esa clase de aglomeraciones.

Valentine se envolvió en su nuevo abrigo gris y clavó los ojos en él, con una sonrisa. Mentía si decía que no le importaba que Wolf no las acompañase. Pero comprendía que él era un hombre muy ocupado.

—Me marchó ya —le dijo colocándose los guantes.

Sacó la cabeza de debajo de los cobertores y la miró con ojos somnolientos:

—¿Por qué no vuelves a la cama un rato?

—Ya lo sabes, la tía Daphne me estará esperando. Además, llevo una lista de cosas que Concepción me ha pedido. —Buscó entre los bolsillos asegurándose de que llevaba la nota.

Wolf se medió incorporó y sacó una pequeña bolsita de cuero negro del cajón de su mesilla.

—Toma. —Se lo lanzó y Valentine lo recogió con las dos manos. El saco pesaba bastante y

las monedas repiquetearon entre sí—. Si necesitas más por cualquier cosa dices que se vengan aquí a cobrar.

Ella se lo devolvió de la misma manera.

—Muchas gracias, pero tengo mi propio dinero. —Ignoró el fruncimiento de ceño de Wolf y se acercó a la ventana para saber si ya habían preparado el coche. El patio continuaba vacío—. ¿Por qué se estarán retrasando tanto?

Wolf dejó el dinero sobre la mesilla. Se levantó y despreczó con descaro, a sabiendas de que ello lo miraba. Dormía solo con el pantalón del pijama.

—Seguro que tía Daphne ya está abajo esperándote.

—Tienes razón. Voy a ir. No quiero que se impacienten.

—Espera, ¿no me vas a dar un beso?

Ella arqueó las cejas.

—¿Eso es una obligación?

—Claro que sí. Es la obligación que tiene una esposa... —se calló cuando ella soltó una carcajada. ¿A quién quería engañar? Valentine lo conocía demasiado bien como para creerle.

Se acercó a él y lo besó largamente. Al apartarse le guiñó un ojo.

—Qué fácil sería acostumbrarme a esto.

En la galería la esperaban Concepción y Abigail. Valentine se frotó las manos. La puerta principal se hallaba abierta. Preguntó:

—¿Por qué no preparan el coche?

Concepción bajó la mirada, ofuscada. El mozo de cuadra llegó corriendo bajo la lluvia y se detuvo delante de Valentine con rostro avergonzado.

—¿Qué es lo que ocurre, Joaquín? ¿Porque no preparas el vehículo?

—El coche no está señora. La señorita Wingate se lo llevó esta mañana temprano.

—Pero ayer yo di la orden de que lo preparasen.

—Lo sé, señora. Pensé que era la señorita quien lo necesitaba. Por eso...

Valentine se acarició los labios, pensativa.

—Ella sabía que yo iba a salir. ¿Sabes dónde ha ido y si tardará mucho?

El muchacho se había quitado el feo sombrero que llevaba y lo retorció entre sus manos con nerviosismo.

—No lo sé.

—¿Y yo ahora qué hago? —preguntó ella mirando a las mujeres. El coche de Daphne era una calea con capacidad para dos personas. El conductor y Daphne. No podían viajar todas en él—. Tendremos que olvidarnos de ir al mercadillo.

—Señora, necesito las cosas de la lista para la recepción de la noche. El mercado no vuelve a venir hasta el próximo martes. —Concepción se giró hacia Joaquín de mal humor—. No tenías que haber dejado que la señorita se marchase.

—Tranquila, Concepción. No sirve de nada enfadarnos. Joaquín, sabes cabalgar, ¿verdad? —

El chico asintió—. Te va a tocar ir a ti a comprar.

—¡Pero señora...! —insistió Concepción.

—Tal vez Jane tenía cosas importantes que hacer.

Entre Jane y ella casi no existía relación, aunque habían hablado algunas veces frente al fuego. Siempre conversaciones triviales y respetuosas. Pero hasta la fecha Jane nunca había hecho nada que le disgustase. Miró a Abigail. Por su expresión sabía lo que pensaba. Ella, como Concepción, eran conscientes de que Jane se había llevado el coche adrede. Y claro, Valentine, como señora de la casa, no podía permitirlo. Se enfadó. Se enfadó y mucho.

—Joaquín, mira a ver si puedes averiguar dónde ha ido. Supongo que habrá avisado a alguien. A mí no me hubiese importado tener que compartir el coche con ella. Lo que ha hecho no está nada bien. —Echó a andar hacia la cocina—. Voy a tomarme un té. Avisa en cuanto sepas algo.

Las dos mujeres la siguieron en silencio. Valentine se desprendió de los guantes. Tendría que hablar seriamente con Jane. Ya podía tener un motivo importante para haberse llevado el vehículo sin decírselo.

—Lo ha hecho deliberadamente —susurró Abigail quitándose el abrigo—. Concepción, ¿le preparo un té también?

—O una tila —respondió enojada—. Que lo ha hecho a propósito no me cabe ninguna duda. ¡Jamás se levanta antes de las once de la mañana! ¡No quiero ni pensar cuando el señor se entere de esto!

Valentine trató de tranquilizarlas.

—Vamos a darle unos minutos más. Gracias a Dios que la tía Daphne tampoco ha llegado aún.

La cocina era uno de los lugares más calientes de toda la casa, y eso que allí siempre tenía una pequeña puerta abierta que daba a un patio por donde cargaban los víveres.

Una campanilla dorada colgada en la pared empezó a sonar. La cocinera entró en sus dependencias. Observó a las mujeres con amabilidad. Al principio se había extrañado de que la patrona fuera por allí tan de seguido. Le había preocupado sentirse vigilada. Sin embargo, ya se había acostumbrado a su presencia. Alguna tarde que la lluvia había impedido salir a los patrones, las mujeres se habían reunido en la cocina ante unos té bien calientes y, sumidas en largas y divertidas conversaciones, habían pasado las horas.

—¿No se marchan aún? —preguntó volcando un tarro de lentejas sobre el tablero de la mesa para limpiarlas de impurezas.

—¿Pues cómo lo van a hacer? —contestó Concepción sin ocultar su enfado—. ¡La señorita Jane se ha llevado el coche!

La campanilla dejó de sonar. Entró Dolores en la cocina.

—El señor quiere el desayuno y bajará al salón a reunirse con el señor Richard. —Miró a las mujeres con extrañeza—. Pero ¿no se han marchado todavía? ¿Podría ir con ustedes? Yo me encargaré de la lista de Concepción y ustedes pueden pasear con la señora Daphne. Hace tanto tiempo que no voy al mercadillo...

Valentine asintió. Se disculpó con las mujeres y salió a la galería en busca de Joaquín. No lo halló, de modo que regresó a la cocina.

—Si logramos tener vehículo, podrás venir, Dolores. De momento tendremos que retrasarlo.

—No preguntes —añadió Concepción al darse cuenta de que Dolores iba a hacer precisamente eso.

Valentine, con un bufido poco femenino, se quitó el abrigo. Se lo entregó a la doncella junto con los guantes.

—Ponlo de momento en la salida. Mira a ver si ha llegado Daphne. Y búscame a Joaquín. Se me ocurre que puedo enviarlo a la ciudad para que nos consiga un coche de alquiler.

—¿No deberíamos decírselo al señor? —inquirió Concepción, intranquila.

—Es mejor que no. Él tampoco podría hacer gran cosa en esta situación.

—Pues no le comenten nada de esto a la señora Daphne. Apenas soporta a su sobrina, mucho menos cuando se entere de esto.

—¿Tía Daphne no se lleva bien con Jane? —preguntó Valentine, curiosa. Sabía que no pasaban mucho tiempo juntas y que en cierto modo se respetaban, pero no que hubiera tan mala relación.

La cocinera negó.

—Son cosas de la familia.

—Pero yo soy de la familia —insistió.

—Yo no quise decir... perdóneme, señora Wingate. —Levantó la cabeza olvidando sus tareas por unos minutos y se limpió las manos en el delantal que rodeaba su cintura.

Valentine cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con curiosidad.

—La señora Daphne es la hermana de la difunta madre del señor y la señorita. — Valentine asintió, eso ya lo sabía—. La señora Helena, a quien la mayoría de nosotros no conocimos aunque se crio aquí, se fue muy joven a El Paso, donde se casó con el padre del patrón, don Leonardo, de padre americano y madre española. Dicen que le dio muy mala vida, y al cabo de soportar mucho, doña Helena regresó, abandonando a sus propios hijos. Todos ellos lo entendieron. Pero no la señorita Wingate. Ella jamás se lo perdonó a su madre.

La cocina se quedó en silencio durante unos minutos. Valentine rompió el mutismo:

—Yo no sé si podría perdonar a mi madre el que me abandonase —contestó pensativa—. Sé que suena un poco egoísta, pero teniendo un padre así...

—¿Preferirías ver cómo golpean a tu madre y que ella aguante todo por ti? —intercaló Abigail, que hasta el momento había estado callada.

—¡No, por Dios! —Valentine trató de imaginarlo y, fuera como fuese, era horrible—. No estoy defendiendo a Jane. Solo trato de ponerme en su lugar. Pero sigo sin entender qué tiene que ver la tía Daphne en esto. Ella no es responsable de lo que hizo su hermana.

La cocinera volvió a sus lentes.

—La señorita odia todo lo que tenga que ver con Helena. Y debido a sus desplantes, la señora

Daphne actúa con ella en consecuencia. Lo inaudito es que haya venido a la hacienda.

Valentine se encogió de hombros.

—A mí no me parece tan extraño. Jane ha venido porque siente curiosidad conmigo.

Concepción frunció el ceño.

—Es posible. La señorita se siente un poco desplazada ahora que está usted. Sin embargo, déjeme decirle que las intenciones de la señorita Wingate no creo que sean ni buenas, ni honestas. Ella la ve a usted como una competencia.

Apareció Joaquín con rostro preocupado.

—¡Esas botas! —avisó la cocinera—. Lo estás llenando todo de barro.

—Lo siento de verdad —contestó observando como sus ropas goteaban y ensuciaban el suelo. Miró a Valentine con nerviosismo—. No he logrado averiguar nada.

—Bueno, no pasa nada, necesito que salgas a por un coche de alquiler a la ciudad... —El mozo comenzó a negar con la cabeza y Valentine lo miró con las cejas arqueadas—. ¿Por qué no?

—Los días de mercadillo es imposible sacar el coche de la ciudad, en caso de que hubiese alguno libre.

—¡Perfecto! —exclamó ya del todo enojada—. Entonces te doy la lista de Concepción para que hagas la compra.

El mozo asintió y con la mirada siguió a Valentine, que caminaba con pasos firmes hacia la galería. La cocinera hizo una señal a Joaquín para que la siguiese.

Richard Flanders bajaba la escalera cuando Valentine lo vio. Se detuvo a saludarlo.

—Buenos días, Richard, espero que hayas descansado bien.

Richard se apretó el pañuelo de seda castaño que llevaba al cuello.

—Buen día. Pensé que iban a salir esta mañana.

Si alguien más volvía a recordárselo, Valentine era capaz de ponerse a chillar.

Wolf, que había escuchado voces, asomó la cabeza desde el quicio de la puerta del salón. Frunció el ceño al verla. Abrió la boca para hablar, pero antes de decir nada, ella se le adelantó.

—Sí, estoy aquí. Aún no me he marchado. —Desde el exterior llegó la voz de Daphne, que acababa de llegar.

—La señorita Wingate se llevó el carruaje esta mañana —explicó Joaquín a la muda pregunta de su patrón.

—Lo siento mucho por tu tía —se disculpó Valentine mirando a Wolf—. Joaquín comprará lo que hace falta.

Daphne entró en la galería.

—Lamento mucho haberme retrasado. ¿Llevas mucho tiempo esperando, querida? —Besó las mejillas de Valentine.

—No. A decir verdad nos ha surgido un pequeño inconveniente y no creo que podamos ir al mercadillo hoy. Sé que debí haberle avisado antes.

Wolf dio varios pasos hacia ella.

—¿Qué es eso de que Jane ha salido?

Joaquín pareció encogerse debajo de su desgastada chaqueta. En ese preciso momento escucharon como el vehículo se detenía enfrente de la entrada.

—¡Hablando del rey de Roma! —susurró Richard acercándose a la puerta.

Jane entró en el vestíbulo cargada con un bulto pesado. Lo dejó sobre el arcón, atenta a todas las miradas que se clavaban en ella.

Valentine también la miraba. Esperaba que le diese alguna explicación. En cambio la joven se encogió de hombros y se fijó en su hermano.

—¿Qué! ¿Por qué me miras así? ¿Ha pasado algo?

Wolf se la acercó con una peligrosa mirada.

—¿Por qué diablos lo has hecho?

Jane llevaba la misma capa verde que utilizara el día de la ceremonia.

—¿Que por qué? —chilló ella—. ¡Nadie me tiene en cuenta en esta casa! ¿Acaso tengo que pedir permiso para hacer algo?

—¡Sí, cuando te llevas algo que no te pertenece!

—¿Acaso no tengo derecho? ¡Necesitaba el coche! ¿No lo comprendes? ¡A ella le das todo! —Señaló con un dedo hacia Valentine—. ¿Por qué? ¿Crees que así se olvidará de su amante?

Valentine ahogó una exclamación y miró a Wolf con ojos dilatados.

Muy despacio, con el rostro rojo de ira, él caminó hacia su hermana. Llevaba todos los músculos del cuerpo en tensión.

—¡Sube a tu dormitorio ahora mismo! —bramó.

Jane que se colocó las manos en la ancha cintura y lo miró con desfachatez.

—Os escuché hablando a Richard y a ti la primera vez que fuisteis a Nueva York.

—¡No quiero escucharte! ¡Márchate!

—Decías cosas de su amante.

—¡He dicho que te largues! —volvió a rugir.

Jane lo ignoró.

—Esperabas no sentirte avergonzado cuando te casaras con una furcia.

Wolf estuvo a punto de enganchar a Jane, pero Richard se interpuso antes de que su amigo hiciera alguna locura. Eso no le impidió seguir protestando.

Valentine nunca se había sentido tan herida ni insultada. Con lágrimas en los ojos se escabulló por la puerta y caminó hacia el portón. Corrió sin saber qué dirección llevaba. No sintió el frío ni las finas gotas de lluvia que caían como miles de agujas sobre su pelo. Se detuvo cuando apareció ante ella el inmenso mar. Altas olas de crestas blancas rompían con furia en la orilla levantando remolinos de arena. Había algas esparcidas por toda la playa.

Rompió a llorar. Cuando Jane había mencionado a Trevor había visto el dolor en los ojos de Wolf. ¿Acaso desconfiaba de ella? No entendía por qué. No le había dado ningún motivo para

ello.

Al pensar en Omar notó un pequeño tironcito en el corazón. Quizá por lo que pudo ser y nunca fue. Ahora sabía que todo aquello no había sido más que una ilusión de una muchacha que se sintió pretendida por vez primera por un hombre guapísimo. Pero nada más.

Afligida, observó el horizonte sin ver la delgada línea que separaba el infinito de la gran masa de agua. Las faldas se enredaban en sus piernas por el viento. El cabello azotaba su rostro sin piedad. El frío penetraba en sus huesos a través de la ropa. Pero Valentine no notaba nada.

Se dejó caer en la tierra y sollozó como una niña pequeña y asustada.

Capítulo 13

El viento rugía con fuerza y se hacía eco en el acantilado. Y cuando las olas estallaban salvajes contra los farallones, miles de diminutas gotas bañaban todo a su paso.

El caballo galopó por la playa levantando a su paso tierra y agua. El jinete había seguido las huellas de Valentine hasta la cala de rocas agrestes y salvajes, donde el mar arrastraba las algas hacia la orilla. O las abandonaba a su suerte, dejándolas flotar a la deriva.

El caballo se detuvo y por unos segundos alzó sus patas delanteras, arañando el aire con los cascos. Wolf observó la larga línea de la costa con los ojos entrecerrados. El aire le golpeaba con fuerza en la cara. Descubrió a Valentine. Estaba sentada en la orilla del mar y se cubría el rostro con las manos.

Azuzó al caballo y desmontó antes de que se volviese a detener. Su guardapolvos se hinchó unos segundos tras de él confiriéndole un aspecto temible y siniestro. Preocupado, se inclinó junto a Valentine. Lo primero que hizo fue inspeccionar que no estuviese herida.

Ella levantó la mirada. El dolor y la humillación estaban reflejados en todos los ángulos de su cara, desde los ojos claros hasta el delgado mentón.

—Gracias a Dios que te encuentro. Estaba asustado pensando que te podía haber pasado algo. —Wolf la estrechó entre sus brazos. Suspiró aliviado. Ella le importaba mucho. La estudió. Llevaba las ropas empapadas; las manos y la cara heladas de frío—. Debemos irnos de aquí.

Valentine lloraba sin pronunciar palabra. Él besó su frente y cerró los ojos. Unos minutos antes habría sido capaz de matar a su hermana por lo ocurrido. De no haber estado Richard en medio, no sabía lo que podía haber pasado.

—No debiste marcharte así. No conoces bien la zona. Esto está lleno de riscos o el mismo mar podía haberte arrastrado. Me has hecho pasar mucho miedo —susurró.

Ella sollozó con más fuerza.

—Lo siento tanto, Valentine.

Sin mucho esfuerzo, se incorporó cargando con ella. La sentía temblar. Anduvo hacia el caballo, que se había detenido un poco más adelante. Con las prisas no había colocado la silla de montar.

— No... no quiero... volver. —Ella quiso salir de sus brazos, pero Wolf no se lo permitió. La dejó de pie en el suelo, se quitó el guardapolvos y, tras ponérselo a ella, le pasó los dedos por las ondas castañas de su pelo.

—Vas a coger una pulmonía si sigues aquí.

—No quiero regresar. —Su voz temblaba, tanto de angustia como de frío—. No soy capaz de mirar a la cara a tía Daphne, ni a Concepción, ni... a Abigail. —Sacudió la cabeza—. No quiero ver a nadie. Todos pensarán de mí...

—Valentine, nadie va a pensar mal de ti. Conocen a Jane.

—Te avergonzaba casarte conmigo.

—No es cierto —contestó, sincero—. Me gustaste desde que te vi y fui muy sincero contigo. Sentía temor de que te atrevieses a dejarme plantado antes de pronunciar los votos. Pero no lo hiciste. —Acarició su mejilla con dulzura—. No podrías avergonzarme, porque eres la mujer más hermosa y humana que he conocido nunca. Me he enamorado de ti, Valentine, y... te amo.

Los ojos azules parpadearon. Luchaban por controlar otro nuevo estallido de llanto.

—Pero... te divertía mi situación.

—No —negó. Empezó a frotarle los brazos para que entrase en calor—. Volvamos a casa y hablemos. Seguro que Abigail está muy preocupada.

Ella asintió.

—De acuerdo, pero debes saber que yo también me he enamorado de ti. Tienes que creerme.

—En casa —insistió él. Para Wolf era mucho más importante llevarla a un lugar seguro y seco.

La subió a lomos del caballo y se acomodó tras ella. Valentine no dejaba de temblar y sus dientes castañeaban de tal manera que parecía que iban a romperse.

Él animó al animal a iniciar un trote lento. Agotada, Valentine se desvaneció entre sus brazos, y de no ser por la firmeza con la que la sujetaba, había podido caer.

Tardaron muy poco en llegar a la hacienda. Wolf llevó a Valentine al dormitorio. Los cobertores se hallaban abiertos y un cálido fuego danzaba en la chimenea. La desnudó.

Abigail entró en la habitación con prisa. Llevaba una bandeja que dejó sobre una mesa pequeña. Preocupada, observó cómo Wolf, que había dejado a Valentine en la cama, le secaba el cabello.

—Abigail, manda que preparen la tina —ordenó sobre su hombro.

—¿Cómo está mi niña?

—Está bien. Pero dile a Joaquín que mande llamar al doctor. ¡Apresúrate!

Valentine, con esfuerzo, abrió los ojos y se apretó las cobijas.

—Estoy bien —aseguró en un hilo de voz.

Abigail corrió a cumplir con la orden de Wolf.

—Prefiero que lo diga un doctor.

—¿Me escuchaste cuando te dije que también me había enamorado de ti?

—Pues tienes un modo muy extraño de demostrarlo. A la primera de cambio, sales huyendo —respondió, molesto.

Ella frunció el ceño, decepcionada. Wolf apesó su rostro entre las manos y clavó sus ojos grises en ella.

—Yo también te amo.

Abigail regresó de nuevo y, con ayuda de Dolores, retiraron la alfombra. Ambas colocaron la bañera frente a la chimenea y entre varios criados comenzaron a llenarla.

La mujer se acercó a la cama y observó a Valentine.

—Debería regañarte por ser tan imprudente.

—Ahora no, por favor, Abigail.

—De acuerdo. ¿Deseas que me quede contigo?

—Yo lo haré —respondió Wolf—. Te llamaré si hace falta.

Abigail asintió.

—El doctor ya está en camino. Me retiro.

Wolf sacó a Valentine de entre los cobertores y la metió en la bañera. Ella exclamó al sentir el agua caliente.

Él acercó un taburete junto a la tina y comenzó a lavarle el cabello. Las llamas del fuego se reflejaban en su pelo dando tonos cobrizos.

—¿Te encuentras mejor? —susurró.

—Sí. Gracias. —Soltó un profundo suspiro—. Cuando conocí a Omar... —comenzó a decir con voz temblorosa.

Wolf se tensó, interrumpiéndola.

—Valentine, no tienes que explicarme nada.

—Necesito hacerlo, por favor, Wolf. —Él se lo pensó unos segundos. Al final asintió—. Pensé que era el hombre de mi vida. No sé si me engañó, como dicen todos, y ahora ni siquiera deseo saberlo, pero tienes que comprender que yo no te conocía. Él me quería por mí misma y tú por la propiedad del abuelo. —Hizo una pausa para mirarlo. Wolf fingió quitarle algo del cabello y siguió frotando la cabeza—. Pero todos estos días contigo me han llevado a darme cuenta de que realmente no era amor lo que sentía por él.

—¿Y qué es lo que sientes por él?

Valentine guardó silencio durante unos segundos.

—Nada. —Dejó caer la cabeza hacia adelante y Wolf lavó su espalda con suaves masajes—. Es como si todo hubiera sido una ilusión. No quería darme cuenta a pesar de que el abuelo y Abigail no hacían más que repetírmelo. Pero lo peor de todo fue cuando el abuelo me comunicó la propuesta que te había hecho. Yo no sabía cómo eras. ¡Llegué a imaginar que serías un viejo decrepito y feo y que... te odiaría. —Su voz tembló—. Era un matrimonio impuesto y tenía miedo.

—Como yo —respondió él—. Creí que eras una enferma.

—¿Una enferma?

—Sí. Alguien que está mal de la cabeza. No tenía sentido que una joven tan hermosa no tuviese mejores pretendientes que yo. Por eso fui a conocerte primero y no di una respuesta rápida. Después Max me contó lo ocurrido.

—Y aceptaste por la propiedad.

Él se encogió de hombros.

—Al principio sí. Después las cosas cambiaron. Por cierto, me alegré de que no fueses ninguna tarada.

Valentine soltó una carcajada y enseguida se puso seria de nuevo.

—El día que nos casamos juré olvidarme de Omar para siempre. El día del baile en la casa de doña Margarita tú tenías razón. Si él hubiese sentido algo por mí, habría hecho algo.

—Y lo hizo. ¿Olvidas que vino a buscar pelea?

—A desquitarse —asintió—. Pero no a pedirme que me fuese con él, ni a declararse.

—Entonces ¿ahora lo has sacado de tu vida para siempre?

—Exacto. Y no quiero, nunca más, volverme a cruzar en su camino.

—Eso está bien. Ahora echa la cabeza hacia atrás que te voy a aclarar el pelo. —Ella obedeció y él vertió el balde destinado para ello. Le entregó un paño para que se secase los ojos—. Te agradezco mucho lo que me has contado, Valentine. —Tomó entre sus dedos un grueso mechón de pelo y tiró de él hasta obligarla a que lo mirase a los ojos—. Puede que algún día coincidamos en el mismo sitio y sé que no me va a gustar nada. Te pido que tengas paciencia conmigo. Algún día te prometo que se me pasarán las ganas de matarlo.

—¿Tanto lo odias?

—Teniendo en cuenta que fue él quien entró aquella noche en la habitación del hotel e hizo aquel destrozo...

El corazón de Valentine cambió de velocidad y frunció el ceño:

—¿Fue él?

Wolf asintió.

—Lo extraño de todo es que, según tú, había vuelto a Europa.

—Es lo que se rumoreaba en todos los sitios. —Se enderezó en la bañera—. ¿Cómo sabes que fue él?

—Averigüé entre el personal del hotel. El tipo se hizo pasar por mí para que le abriesen la puerta.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No vi necesidad de ello. No quería que siguieses pensando en él.

—Pero lo has denunciado, ¿verdad? —Wolf asintió—. No entiendo qué podía ganar con destrozar mis cosas.

—Yo tampoco. Solo espero que se haya olvidado de nosotros y que no se repita nada igual.

Valentine asintió, preocupada. Aceptó de buena gana un largo y húmedo beso antes de salir de

la tina.

Mientras ella se secaba frente a la chimenea, él aprovechó el agua para darse también un baño.

—¿Qué pasará si ahora empieza la gente hablar? Tu hermana poco más que ha gritado que tengo un amante.

—No te preocupes por eso. Todos saben que Jane está despechada y lo único que deseaba era provocarte daño. Nadie va a creerle.

Valentine dejó caer la toalla y buscó en el armario un vestido grueso de tonos celestes y una fina camisola.

—Pero ¿y si lo hacen?

—Me importa un bledo, y a ti tampoco debería de importarte.

Valentine se dejó chequear por el doctor ante la insistencia de Wolf. Se encontraba bien y al final el doctor no vio ningún motivo para quedarse en la hacienda.

Richard fue a interesarse por su salud y, tras cerca de un cuarto de hora de charla, se marchó. La pena de Valentine fue quedarse con las ganas de asistir al famoso mercadillo, pero Concepción la convenció de que aquella no era la mejor época para hacerlo.

Abigail le subió un almuerzo ligero y la joven trató de dormir un poco. Necesitaba descansar para la reunión de esa noche. Wolf había querido anularla, pero ella no se lo había permitido. Solo esperaba que a Jane no se le ocurriese la grandiosa idea de bajar. Wolf se lo había prohibido y la misma Valentine le había aplaudido por ello. Aun así, ella se iba a encargar de tener unas palabras con Jane. No iba a permitir que la desprestigiase de ese modo ante todo el mundo.

Wolf, situado en la galería principal junto a Valentine, fue recibiendo uno a uno a todos los invitados. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, un poco más largo de lo que exigía la moda. Las puntas se rizaban hacia arriba confiriéndole un aspecto juvenil. Vestía en tonos castaños, desde el chaleco de brocado hasta el ancho pañuelo de satén que adornaba el cuello y que cubría la pechera de la camisa blanca.

Valentine, erguida a su lado, llevaba un vestido de terciopelo burdeos con cuello emperatriz. Su cabello había sido recogido sobre la coronilla y de allí descendía un grueso bucle que caía sobre uno de sus hombros. El escote del vestido era cuadrado con una delicada puntilla negra, y sobre el cuello lucía una fina cadena de oro, de la que colgaba un diminuto corazón con rubíes.

Una mujer muy hermosa ingresó en la galería del brazo de un caballero. Valentine creyó reconocer al hombre. Tal vez de alguna otra reunión. Era un tipo moreno con bastantes hebras plateadas en la cabeza. La joven que iba a su lado era alta y esbelta, de una belleza arrebatadora.

En cuanto vio a Wolf se lanzó a sus brazos con una jubilosa carcajada.

—¡Cuánto me alegro de verte! —Sonrió ella mostrando una dentadura tan blanca que Valentine, por un instante, deseo rompérsela. Un extraño sentimiento que no supo de donde salió. ¡Por Dios, ella era la mujer más pacífica del mundo!—. Desde que llegué a casa estaba deseando venir a verte y conocer a tu esposa. —Se giró hacia Valentine con una sonrisa—. ¡Qué pena no haber asistir a vuestra ceremonia! Me contaron que fue preciosa.

—Lo fue, Isabel. Seguro que lo hubieras pasado muy bien. —Wolf rodeó la cintura de Valentine—. Déjame que te presente. Valentine, ella es Isabel San Juan, una amiga. A su padre lo conociste en Nueva York. ¿Lo recuerdas? —señaló al hombre que la acompañaba.

—Sí, claro. Un socio, ¿verdad? —le tendió la mano. Al poco, su acompañante femenina no dudó en abrazarla con efusividad, de igual manera que había hecho con Wolf.

—Vamos a ser muy buenas amigas, ya lo verás.

Valentine sonrió. Se arrepintió de haber pensado mal de ella nada más verla.

—Eso espero.

—Dentro de poco llegarán reses nuevas a El Paso. Nos veremos muchísimas veces.

—¿Eres de allí?

Isabel asintió.

—Sí. Somos vecinas. Ya me dijo Wolf que iréis a vivir al rancho Kerrick. Ahora tendrás mucho trabajo, pero puedes contar conmigo para todo. Además, mi padre ha traído hace poco un toro semental que te va a dejar muerta.

—No me extraña —susurró Valentine dilatando los ojos.

—¿No te gustan los animales?

—Precisamente no mucho aquellos que tienen los cuernos grandes. —Sus oyentes soltaron una carcajada divertida—. Me temo que soy demasiado de ciudad.

Isabel la cogió del brazo.

—¡Será tan divertido! —Miró a Wolf con una graciosa mueca—. ¡Ya tengo con quien ir de compras!

Wolf agitó la cabeza e hizo una señal al padre de Isabel.

—Voy a traer algo de beber. ¿Me acompañas?

Valentine los vio marchar hacia al salón.

—Wolf es un gran hombre —dijo Isabel saludando con la mano a alguien—. A veces tiene muy mal genio, pero seguro que lo sabrás llevar. —La miró a los ojos y volvió a abrazarla de nuevo—. ¡Me alegro tanto de que te hayas unido al grupo!

Valentine arqueó las cejas. No entendía muy bien.

—¿Al grupo?

—Cuando llegue la primavera lo verás. El Paso se llena de gente gracias a los animales, con cuernos —rio—. Los toros de Wingate son de los mejores. Ah, y los caballos. ¿Los has visto bailar?

—No. —Valentine estaba sorprendida por el entusiasmo que desprendía Isabel al hablar. Sus ojos brillaban emocionados. Era obvio que amaba las tierras que tanto miedo le daban a ella.

—¡Lo vamos a pasar tan bien!

Wolf regresó con dos vasos de ponche. Había dejado al padre de Isabel por algún lado, y en esa ocasión venía con Richard. El hombre saludó a Isabel como a alguien que se conoce durante muchos años y hay una confianza afín entre ellos.

Fue obvio para Valentine que a Richard le gustaba Isabel.

—Si nos disculpáis, voy a presentar a mi mujer a unas personas —dijo Wolf.

Valentine y él echaron a andar. Ella no se pudo reprimir.

—¿Richard e Isabel...?

—¡Qué más quisiera Richard! Supongo que en algún momento se declarará. Eso si logra encontrar el valor que le falta.

—Me gusta mucho ella.

—Sí, pero no te fíes. Es capaz de provocarte dolor de cabeza con sus charlas interminables.

—¡No seas malo! ¿A quién me ibas a presentar?

—A nadie, era una excusa para venir a comer. —Se detuvieron ante unas mesas donde se había servido el ágape—. ¿Te apetece algo? —Wolf cogió un plato de porcelana y comenzó a llenarlo con todo lo que veía.

—¡No! ¡No me sirvas nada que no tengo hambre!

—Tienes que comer.

El plato que él sostenía no admitía ningún alimento más.

—Me niego —ella sacudió la cabeza—. Antes de que sirvieran las mesas estuve en la cocina y probé todo. No pienso comerme ese pla...

—No, tranquila. Este es mío.

Valentine vio su sonrisa. Se estaba burlando de ella.

—¡Eres un bobo!

—¿De veras que no quieres? —insistió agitando una pequeña loncha de jamón cocido ante sus narices.

Valentine observó a los invitados por el rabillo del ojo antes de abrir la boca y comérsela.

—¿Qué tal?

—Tan seca como el tobillo de un canario.

Frunció el ceño.

—¿Y esto? —Esta vez le metió un trozo de queso.

Tenía la boca llena y seguía masticando cuando llegó Daphne, con una sonrisa. Valentine se cubrió los labios con la mano.

—¿Qué tal estás, querida? Esta mañana nos preocupaste mucho.

Valentine bebió un poco de ponche antes de contestar.

—Lo siento mucho. Mi... comportamiento fue deplorable.

—¡No digas sandeces! Fue el comportamiento de Jane lo que te llevó a hacer eso. Lo importante es que tú estés bien. ¿Y el doctor no te dijo nada? ¿No te ha dado ninguna buena noticia que debas compartir conmigo?

Valentine frunció el ceño. A Wolf le entró la tos.

—¿A qué se refiere?

—¿No estarás esperando un bebé?

—¡No! —exclamó ruborizada. En ningún momento se le había pasado esa posibilidad por la cabeza. En ese preciso momento se dio cuenta de que llevaba un poco de retraso. ¿Era posible que estuviese...?—. No creo —murmuró.

Wolf frunció el ceño.

—Ehhh... Valentine... —La observó, pero ella, de manera deliberada, evitó encontrarse con sus ojos.

—Hay mucha gente, ¿verdad? —Levantó la barbilla y fingió observar a los invitados. Por suerte, Isabel llegó hasta ellos y le dijo a Wolf que había alguien buscándolo.

—Nosotras estaremos por aquí. —Agarró el brazo de Valentine y caminaron hacia el lugar donde se había colocado una pequeña orquesta.

Dolores llegó hasta ella.

—Señora Wingate, ha llegado un cuadro flamenco venido desde España.

—Yo no he encargado nada —respondió.

—Fue el señor, pero ahora mismo no quiero molestarle.

—No sé qué decirte. Que lo lleven a su despacho.

Dolores arqueó las cejas, confusa.

Isabel se giró hacia la criada. No había escuchado lo que hablaba con Valentine.

—¿Ocurre algo?

—Es un cuadro flamenco, señora. Llegó desde España hace unos días y el señor Wingate los ha contratado. —Dolores llevó los ojos hacia Valentine—. Son cantaores y bailaores.

Valentine se llevó la mano a la boca. Se sintió estúpida. Bromeó:

—Creía que... ¡Ya me veía colgando el cuadro!

Tanto Dolores como Isabel rompieron a reír. Lo hacían tan fuerte que enseguida se convirtieron en el centro de la fiesta. Valentine, a su lado, las chistaba. Hasta que por fin Dolores se marchó de allí. No sin antes detenerse a responder a Wolf, que la había interceptado.

Valentine se sentó entre Wolf e Isabel y observó con interés como el cuadro flamenco se preparaba en un pequeño altillo. Las mujeres agitaban las faldas de sus llamativos vestidos. Un bailar taconeó con fuerza al son de las cuerdas de una guitarra. Una muchacha cantó unos fandangos con voz profunda y potente.

—De modo que pensabas colgarlos —comentó Wolf de pasada junto a su oído.

—Por supuesto —respondió con las mejillas ardiendo.

Durante toda la actuación, Valentine no pudo dejar de pensar en si de verdad estaba esperando

un hijo, o no. Y, sobre todo, lo que diría Wolf de ello.

Valentine despertó, sobresaltada. Wolf no estaba junto a ella y, sin embargo, aún quedaba el calor de su cuerpo entre las sábanas. Escudriñó las sombras de la recámara con atención. Desde la habitación contigua se filtraba un poco de luz.

Se levantó y se puso una bata de franela azul. Despacio caminó hacia la habitación.

—¿Estás aquí? —preguntó en un murmullo.

Wolf levantó la cabeza de los documentos en los que estaba trabajando y la miró:

—¿Te he despertado?

—Sentí tu ausencia —respondió acercándose al escritorio—. ¿Qué haces a estas horas?

Wolf abrió un brazo invitándola a sentarse sobre sus piernas. Ella le obedeció.

—Quería dejar todo ordenado antes de marcharnos —suspiró, hundiendo los labios en su cuello.

Valentine se estremeció. Soltó una pequeña risita.

—¿No puedes dejarlo hasta mañana?

Acarició el muslo de Valentine.

—Me he desvelado y ya no podía dormir. Además, en los próximos días voy a estar bastante ocupado. Dentro de poco tendré que hacer un viaje.

Valentine le pasó un brazo sobre los hombros.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Prefiero que descanses —susurró Wolf. Besó sus labios. Se puso en pie con ella en brazos y la llevó de vuelta a la cama.

—¿Y no quieres descansar conmigo? —ronroneó.

—Es posible que sí —mordisqueó su mejilla—. Depende de lo que puedas ofrecerme.

Valentine recorrió sus hombros en una lenta y ardiente caricia. Bajo las yemas de sus dedos los músculos de Wolf se volvían duros. Sentía la piel aterciopelada.

Él se acomodó entre sus piernas y la poseyó con extrema dulzura. Valentine se estremeció. Gemía a cada perezosa embestida, elevando las caderas al ritmo que él marcaba, una deliciosa y exquisita tortura que deseó no acabara nunca.

—No pares, Wolf —le rogó en un hilo de voz con los ojos entrecerrados. Elevó las piernas rodeando sus caderas.

Él dejó escapar un sonido gutural. Empujó con más fuerza dentro de ella. Ambos se suspendían al borde de un abismo del que descendieron entre jadeos y respiraciones entrecortadas.

Valentine se quedó dormida enseguida.

Capítulo 14

—¿Es ese el rancho?

Omar Trevor recorrió con la mirada la propiedad de Wolf Wingate. El edificio era elegante a pesar de su antigüedad. Tenía unas bonitas líneas rectas y estaba lleno de porches y balcones. Alrededor de la casa se extendían bastantes hectáreas de tierra.

—Así es, señor.

—¿Dónde tiene los rediles?

El hombre que le informaba señalaba con el dedo hacia una loma.

—Están detrás de la casa, a no más de dos kilómetros desde aquí. Linda con las tierras de su padre, Leonardo Wingate.

Omar asintió pensativo. En su mente se iba formando el plan perfecto. Pensaba vengarse de Valentine. Si no podía ser para él, no iba a permitir que fuese de nadie más.

—¿Quiere que nos acerquemos? —preguntó el hombre.

Omar negó con la cabeza y volvió a subir a la carreta que lo había llevado hasta allí. Llevaba varios días en la zona. Le habían dicho que esa noche llegarían los dueños de su viaje y no quería que lo descubriesen.

—Vayámonos ya. Parece que va a llover.

El hombre subió en el pescante y agitó las riendas.

De camino a la ciudad Omar se envolvió un cigarro. No le agradaban los campos de encinas, ni las praderas. Odiaba todo lo que tuviera que ver con la vida rural y salvaje de Texas.

Le habían hablado de una cantina donde, con suerte, podía contratar algún hombre falto de escrúpulos y dispuesto hacer cualquier cosa por unas simples monedas. Esa misma tarde tenía una entrevista con un par de ellos. Averiguaría de qué madera estaban hechos esos mercenarios y hasta dónde eran capaces de llegar.

Por lo menos en esa ciudad iba a ser el último lugar donde sus acreedores irían a buscarlo. Ahora le restaba conseguir la información que le ayudaría a seguir sus planes de forma metódica. Y pensaba comenzar por Jane Wingate. Había escuchado hablar de ella y sabía que iba a ser un blanco fácil. No le cabía ninguna duda de que sería capaz de hacer que ella se aliase a su favor.

Se puso su sombrero cuando comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Maldijo en silencio. Llevaba una chaqueta de brocado rojo con detalles dorados y se le iba a estropear.

—¿Le llevo a la pensión?

—A la cantina —respondió, recontando el poco dinero que llevaba. Se arrepentía de haber comprado el ramo de flores, aunque sabía que era una buena inversión.

Dejaron atrás los primeros edificios de la ciudad. La carreta traqueteaba con brusquedad y le obligaba a ir sujeto para no perder así el equilibrio. Por fin se detuvo en una calle ancha, frente al banco. Se despidió de su acompañante con un «nos vemos pronto» que prometía pagar muy bien.

Todas las cantinas a las que había acudido por la zona eran iguales. Estaban llenas de gente que parecía que no tuviesen otra cosa que hacer en la vida. Atravesó el salón haciendo extraños ademanes con una mano. Él pensaba que así la gente se apartaba de su camino. En cambio la gente veía en él a un remilgado y excéntrico europeo. Alguien se levantó justo cuando él pasaba y le hizo una seña.

—¿Señor Trevor?

Omar contempló al grupo de tres hombres, que estaban acomodados en una de las mesas. Les tendió la mano de manera amistosa.

—¿Qué tal están? ¿Les importa si me uno a ustedes?

—Me llamo Vicent —se presentó uno con el pelo muy rizado y cara de aguillilla—. Mi primo Benedict, y Frank, un amigo.

El camarero les sirvió unas jarras de cerveza.

—¿Usted también quiere una o le pongo otra cosa?

Deseaba un coñac, pero debía conformarse con beber lo mismo que los demás.

—Otra.

Había bastante bullicio en el local, e incluso algunas personas parecían alteradas. Omar miró desconfiado un par de veces hacia la entrada de la cantina.

—Han sido los bandidos —dijo Vicent, sacándose algún resto de comida de entre los dientes con los dedos. Se limpió en la pechera de su chaleco.

—¿Qué bandidos?

—En las montañas se esconde un grupo bastante grande de comancheros que, de vez en cuando, descargan los bolsillos de todo aquel que se cruza en su camino —explicó Benedict. Su voz era fuerte y basta, como todo él. Tenía unos brazos que eran como dos de Omar—. Cada vez que bajan a la ciudad forman un revuelo de aúpa, luego *pa na, pa*, llevarse poca cosa.

—¿Cuál es el motivo de llevarse poca cosa? —preguntó, pasándose la mano por el brocado de la chaqueta. Bebió un buen trago de cerveza.

—Son muy torpes, jefe.

—Puede que necesiten a alguien que sepa dirigirlos. —Omar se rascó pensativo la comisura del labio—. ¿Dónde podría encontrarlos?

—¡Ey! ¡jefe! A nosotros el trabajo que nos pueda ofrecer nos vendrá muy bien, y además

somos cumplidores, ¿verdad, Benedict?

El gigante asintió y se tomó la jarra de un solo trago.

Omar no se dejó impresionar. Los miró a los tres de arriba abajo y sacó una moneda que dejó en la mesa para que el tabernero se cobrara.

—Ustedes me servirán bien, no lo dudo, pero creo que tendré algunas palabras con los comancheros, de todas formas. —Pidió otra ronda y después de quitarse la chaqueta y colocarla sobre una silla vacía, observó a Frank—. Contarme de vuestra vida.

Valentine abrió los ojos en uno de los baches del camino y se enderezó. Ocultó con su mano un bostezo. Abigail se hallaba en frente, leyendo, junto a Jane.

—¿Falta mucho para llegar?

—He perdido la cuenta de las veces que lo has preguntado, niña —respondió la mujer mayor, levantando los ojos de su lectura.

—Ya queda poco —murmuró Wolf. Iba sentado al lado de ella, repasando unos documentos con Richard.

Valentine dejó soltar un suspiro y recostó la cabeza contra el hombro de él. La tarde anterior había hablado con Jane y parecía que entre ellas todo había quedado claro. Ambas habían llegado a la conclusión de que no debían pelearse y tenían que dejar que la armonía naciese entre ellas. Valentine estaba empeñada en llevar una buena relación e incluso había llegado a prometerle ayudarla con su bebé.

—¡Ah, por fin! —exclamó Jane.

Valentine volvió a abrir los ojos y vio a su cuñada asomada contra el cristal. Fuera estaba oscuro y lluvioso.

—Nosotros vamos a seguir hasta el rancho, Jane —dijo Wolf, apartando los documentos.

—De acuerdo —asintió ella recogiendo las faldas—. Le diré a Petter que has llegado.

Cuando Jane descendió, Valentine ocupó su lugar al lado de Abigail. Le dio un codazo suave.

—Ya estamos llegando.

Abigail cerró su libro.

—Este tiempo es horrible. Casi no ha dejado de llover desde que salimos.

Entraron en las tierras de Kerrick y se detuvieron delante de la casa. Wolf descendió el primero. Cubrió a las mujeres con un paraguas y las acompañó hasta la entrada. La puerta se abrió en cuanto comenzaron a subir los cuatro escalones que precedían el portalón, como si alguien hubiera estado acechando tras los cristales de alguna ventana.

—Hola.

Valentine fue la primera en saludar a una señora rubicunda de rostro amable.

—Bienvenida, señora Wingate. ¿No me recuerda?

Valentine frunció el ceño.

—No.

—Claro, era muy pequeña cuando la vi por última vez. Venía con su padre a por leche recién ordeñada a la lechería.

—Hay algunas cosas que no recuerdo, lo siento.

—Soy Rose, la madre de Marianne. Jugaba con ella cuando eran pequeñas.

—¡Sí! ¡Ya sé quién es! ¡Madre mía, fue hace tanto tiempo! ¿Y cómo está su hija? —preguntó por pura cortesía.

—Muy bien. Vive en la ciudad.

—Me encantará verla y recordar cosas.

Valentine tomó el brazo de Abigail y se la presentó. Wolf estaba terminando de despedirse de Richard. Se hallaban en una galería muy amplia, de techo abovedado con vigas vistas en madera. Del centro colgaba una lámpara de brazos en forja negra.

Descubrió el reloj de pie que comprara en Nueva York cerca de dos elegantes sillas tapizadas en tonos crema y se acercó a inspeccionarlo.

—No sabíamos dónde ponerlo —se excusó Rose, mirándola.

—Aquí queda perfecto.

Wolf se acercó a verlo. Asintió.

—Es una pieza muy bonita.

Valentine rio de pura felicidad y se echó en sus brazos, feliz de estar en casa. De pronto se vio en volandas por el salón hasta que Wolf la soltó sobre la alfombra.

—¿Me enseñas la casa, Wolf, por favor?

Él asintió.

—¿Has pensado ya qué nombre vamos a poner al rancho? —preguntó agarrándola de la mano.

—Todavía no se me ha ocurrido nada. Creo que me gustaba pensar en este sitio como el rancho de los Kerrick. —Sus ojos claros cayeron sobre un bonito ramo de flores que lucía sobre una mesa de madera. Soltó a Wolf y se acercó a olerlas. El ramo tenía una tarjeta. Llevaba su nombre escrito. Con el sobre en la mano, sin abrirlo, regresó junto a él dispuesta a que le enseñara todo. Estaba cansada, pero sentía mucha curiosidad por saber por qué quería tanto esa propiedad.

La casa era una maravilla y aún faltaba mucho para terminar de arreglarla, aun así las salas más importantes estaban listas. Los trabajadores habían hecho una gran labor de remodelación.

Una vez que finalizaron el recorrido, Wolf subió al dormitorio a cambiarse, era tarde pero estaba deseando acercarse a los rediles a ver con sus propios ojos que todo estaba bien. No iba a tardar mucho y se puso ropa cómoda para llegar de una cabalgada.

Valentine, por su parte, se fue en busca de la servidumbre para comenzar a dar instrucciones y hablar con la cocinera. De camino recordó la tarjeta de las flores que había guardado en el bolsillo de su chaqueta. Al abrirlo se detuvo en seco con el rostro blanco como el alabastro.

—¿Qué tienes, niña? —preguntó Abigail tomando el papel de su mano.

—Es de Omar... —susurró—. Quiere... venir a buscarme.

—¡Está loco! Pero ¿cómo se atreve?

—Chissss, no hables tan alto que alguien te puede oír. —Arrastró a Abigail hasta un rincón del corredor donde estaban—. Wolf no se puede enterar de esto. Es capaz de ir a buscarlo y reclamarle.

—¡Pues estaría en todo su derecho! —contestó regresándola su tarjeta—. No pensarás verlo ni hacer ninguna locura, ¿verdad?

—¡No! ¡Claro que no! Ni siquiera se merece que lo mire a la cara. —Se guardó el papel en el bolsillo. En cuanto tuviera oportunidad se desharía de ello—. Espero no recibir ninguna noticia de él.

—Valentine, esto me da miedo —advirtió Abigail—. No sé cómo ha tenido la poca vergüenza de hacer algo así.

Ella frunció el ceño. La mujer tenía razón. Cuando menos, era muy sospechoso todo aquello.

—Vamos a olvidarnos de ello. Yo amo a Wolf. —Y estaba esperando un hijo de él. Aún no se lo había dicho a nadie. Quería encontrar un buen momento para dar la noticia.

Esa noche compartieron la cena. Él estaba satisfecho de cómo había encontrado todo en los establos. Sin embargo, ella no tenía mucho apetito y comió muy poco. La nota de Omar le había dejado muy mal cuerpo.

Más tarde, en la intimidad del dormitorio, se cambió de ropa mientras él esperaba en la cama con una sonrisa de agradable plenitud. Los negocios marchaban muy bien. Su matrimonio era estupendo. Todo le iba de maravilla.

Valentine se acercó a él despacio, sin hacer ruido, pero él volvió la cabeza cuando entró en su campo de visión.

—¡Dios, Valentine! ¿Estás... desnuda?

Ella se mordió el labio inferior.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te incomoda?

—En absoluto. —Sus ojos grises se engancharon en sus pechos—. Pero vas a coger frío —abrió los cobertores—, ven aquí. Te daré calor.

Ella rio con malicia y se metió en la cama.

—¿No te gusta verme desnuda? —preguntó con voz dulce.

—Me encanta tu cuerpo —respondió, abalanzándose sobre ella. Tenía un hambre voraz de la seda de su piel y la calidez de sus carnes.

Capítulo 15

Valentine entró en la cocina y saludó a Abigail, que se hallaba sentada frente a la mesa. Tenía un tazón de leche delante de ella.

—Buenos días, mi niña. ¿Has descansado bien?

—Sí, gracias. —Se sirvió un té y vio como la cocinera colocaba unos panecillos de mantequilla sobre un plato—. ¿Para quién es eso?

—Son para el señor. Esta mañana se encerró muy temprano en su despacho y no ha tomado nada. Pensaba que tal vez le gustaría comer algo.

Valentine arqueó las cejas, confundida.

—Creía que Wolf había salido. Ayer me dijo que tenía que ir a las caballerizas. Yo se lo llevo.

—Ya he llamado a Rose para que lo haga, señora.

—No importa. Necesito decirle algo. —Cogió la bandeja cuando la cocinera terminó de ponerlo todo.

Antes de que Valentine saliese, Abigail preguntó:

—¿Hacemos hoy la colada, o no?

La joven se encogió de hombros.

—Decídelo tú, por favor.

Le parecía extraño que Wolf no hubiese salido, aunque se alegraba de ello. Dio dos golpes en la puerta del estudio y entró con la bandeja dispuesta a darle una sorpresa. Él estaba con un vaso de licor en la mano y su aspecto no era el mejor del mundo. No se había afeitado y la sombra de la barba le cubría el mentón.

—Te he traído algo para comer. Me han dicho en la cocina que al final no te habías marchado.

Dejó la bandeja sobre el escritorio y se encontró con los impasibles ojos de Wolf observándola. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

—¿Ha ocurrido algo?

—He encontrado esto en nuestro dormitorio. —Empujó la tarjeta de Omar que estaba sobre la mesa.

Valentine tragó saliva al verla.

—Lo lamento, no sabía que se me había caído del bolsillo. Esa tarjeta estaba en el ramo de flores de la galería.

—Lo he mandado tirar.

Valentine asintió:

—Me parece bien. Pensaba hacerlo yo, Wolf. No quería que te...

—¿Cuándo pensabas hacerlo, antes o después de marcharte con él?

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo te atreves si quiera a pensar eso? —replicó, dolida. Wolf se puso en pie y bebió su vaso de un trago—. Pensé que lo habíamos dejado todo claro.

—Eso pensé yo también —contestó, sirviéndose otro vaso.

Valentine se obligó a respirar despacio y tranquilizarse.

—Verás, ayer no quise decirte nada para...

—Marcharte con él —la interrumpió, brusco.

—Está visto que hoy no se puede hablar contigo. Sé que debí decírtelo antes, pero no lo he hecho. Tenía miedo de hacerlo porque no sabía cómo ibas a tomártelo. Sin embargo, acusarme a mí, me parece realmente cruel.

No la creía.

—¿De verdad ibas a decírmelo?

Asintió.

—Solo quiero que no vayas a buscarlo. Que no entres en su juego.

Wolf golpeó con el vaso el escritorio. Estaba muy enfadado y el alcohol no lo ayudaba mucho. Ella se sobresaltó. Le buscó los ojos y le dolió ver que él la miraba con ofensa.

—De acuerdo —continuó diciendo—. No me crees. Pues haz lo que quieras. Yo tengo mi conciencia tranquila. —Salió del despacho dando un portazo que retumbó por toda la casa.

Se detuvo en el pasillo para respirar hondo, y también dándole la oportunidad de ir a buscarla. Pero Wolf no salió. Y ella se marchó desolada al dormitorio. ¿Cómo podía creer que quería huir con Omar cuando le había dicho cientos de veces que lo amaba?

Pasó toda la mañana dando tumbos de un sitio a otro sin poder evitar llorar y enfadarse a cada poco tiempo. No era el hecho de que él estuviera enojado, sino de que desconfiase de ella de esa manera. Se maldijo mil veces por habérselo ocultado, pero ¿qué podía hacer, si temía que Omar no se detuviese allí y continuase acosándola?

Por la tarde, Wolf no bajó al comedor, Valentine volvió a ir al despacho para hablar con él. Descubrió que había salido sin avisar. Con un profundo suspiro de pesar, tomó asiento y escribió una carta a su abuelo. Invitaba a Max a pasar las Navidades. Quería darle la noticia de su embarazo en persona.

Se hallaba inclinada sobre el papel, concentrada, cuando Wolf abrió la puerta de repente. Valentine alzó la mirada y él se marchó por donde había venido. Estaba claro que no quería estar cerca de ella.

Con un nudo de angustia en el pecho y armándose de valor, fue en su busca. No iba a permitir que las cosas se quedasen así. Prefería mil veces discutir con él que soportar su silencio y su desplante.

Lo encontró en la habitación cambiándose de ropa.

—Wolf, estás actuando de un modo muy cruel e infantil. Dime qué tengo que hacer para que me creas.

Él suspiró y se sentó en el arcón que había a los pies de la cama para ponerse unas botas de piel oscura.

—Te creo, Valentine.

—Mientes.

Él levantó los ojos hasta los suyos. Sacudió la cabeza.

—Hablo en serio. Te creo. Lo que no significa que se me haya pasado el enfado. Me pone enfermo que ese tipo tenga algún contacto contigo, ¿entiendes?

—No sabía que esas flores eran tuyas.

—No lo supiste hasta que leíste la tarjeta, Pero ¿después?

Vacilante, Valentine se acercó hasta él y se sentó a su lado.

—Fue una tontería no decírtelo. No quiero que estemos enfadados por esto.

—Ese ramo de flores se compró en la ciudad. Lo que quiere decir que ese hombre ha estado por aquí o puede seguir estando.

Valentine se llevó una mano a la boca, sorprendida. No podía dejar de preguntarse qué era lo que Omar se proponía con todo eso.

—¿Crees que va a intentar hacer algo para separarnos?

Él asintió, convencido.

—No tengas dudas de ello. Más vale que no aparezca por aquí. —Clavó sus ojos en ella—. Perdona mi comportamiento, por favor. Estaba celoso y no...

Valentine le interrumpió con un beso.

—No quiero seguir hablando de él.

Esa mañana el cielo había amanecido bastante despejado y no hacía tanto frío como días atrás. Valentine y Abigail se aprovecharon de ello para recorrer el rancho. Aunque tampoco se atrevieron a alejarse mucho, ya que Valentine no podía olvidar que era única para perderse.

—¿Cuándo se lo piensas decir, Valentine? —preguntó Abigail.

La joven llevaba un moderno vestido gris. Las faldas ya no se llevaban tan abultadas como en

los años anteriores. Aspiró hondo los aromas del campo. Todo olía a tomillo, romero, tierra húmeda y leña quemada. Le recordaban a otra época en el mismo lugar. Sus padres habían adorado aquellas tierras.

—Quiero hacerlo esta noche. Es que... no sé cómo... hacerlo.

—Va a ser una gran noticia para todos y va a calmar en buena parte la ansiedad que ha provocado la presencia de ese hombre aquí. ¡Verás cuando tú abuelo se entere de ello!

—A él se lo diré cuando llegue. —Equivó un charco pequeño. Estuvo a punto de caer cuando su pie se enredó en la raíz de un olmo.

—Tienes que comprarte calzado para caminar por aquí —le regañó Abigail mostrándole unas horrorosas botas.

Valentine se detuvo y la obligó a guardar silencio. Había visto a un muchacho agazapado junto a la pared de la casa. Se dirigió hacia él.

—¿Por qué te escondes? No somos peligrosas.

El niño salió de detrás de unos arbustos con movimientos lentos. Sorprendido de verlas.

—He venido para visitar a mi hermano.

—¿Eres Petter?

—Sí, y tú eres la de Nueva York.

Sonrió divertida. ¡Menuda manera de dirigirse a ella!

—Mi nombre es Valentine —le tendió una mano.

—Valentine «la extraviada»

—Vaya por Dios. Mi fama me precede —fingió no escuchar el conato de risa que se le había escapado a Abigail.

El muchacho la observó con atención.

—¿Es verdad que estás casada con Wolf?

—Sí. Es verdad. ¿Por qué no has ido por la puerta para pasar a verlo? —preguntó, curiosa. Aunque él parecía reacio a darle la mano, al final lo hizo.

—Quería coger una lagartija que se ha metido por aquí —señaló una grieta en una piedra.

Valentine fingió una sonrisa. ¡Perfecto! Una lagartija asquerosa, repugnante y seguramente verde. Se apartó con disimulo de la piedra.

—¿Para qué quieres cogerla?

Petter se encogió de hombros.

—Para jugar con ella.

Valentine vio el gran parecido que tenía con Wolf. Ambos de pelo negro, piel morena. Petter aún tenía las mejillas algo redondeadas pero iba perdiendo ese aire infantil tan característico. Sus ojos eran de un color dorado entre ámbar y oro líquido, como los de un tigre. Sin duda cuando el niño madurase iba a traer locas a las jovencitas de la ciudad, sino tenía ya a las más pequeñas.

—¿Has cogido alguna?

—Hoy no. ¿Quieres ayudarme?

Valentine arrugó la nariz. Miró a Abigail de refilón. Habría dado cualquier cosa por marcharse de allí, sin embargo no quería empezar mal con el muchacho y que pensara que era una aburrida.

—Me quedaré contigo pero prefiero solo mirar a ver cómo lo haces.

—Pues yo, con vuestro permiso, voy a regresar a casa. No me emociona ver lagartijas —dijo la mujer echando a andar hacia el porche trasero.

Valentine se quedó acompañando a Petter. El niño no parecía tener mucha suerte en su búsqueda, cosa que de la que ella se alegraba, aunque no iba a decírselo. Al cabo de un rato que se le antojó bastante largo, le dijo:

—¿Por qué no entramos en la casa y te invito a chocolate?

—Es que no sé si quiero entrar —susurró mirando furtivamente hacia las ventanas superiores—. Rose me cae como una patada en el estómago.

Lo miró.

—¿Por qué?

—No le gusta que esté por aquí.

—¿Ah, no? Pues no quiero que le hagas caso. Esta casa es mía y tú puedes venir siempre que quieras. ¡Venga, vamos! ¿Cómo esta Jane?

A regañadientes, Petter la obedeció.

—Creo que bien. No nos vemos mucho. Ella siempre está fuera de casa o encerrada en su dormitorio.

Llegaron hasta la cocina donde Abigail los esperaba con chocolate y pastelillos de crema.

Wolf había salido y Petter no pudo verlo a pesar de que estuvo esperando hasta que la noche se cernió sobre ellos. Valentine se negó a dejar que el niño se marchase solo, de modo que hizo que le preparasen el coche y ella misma se preparó para acompañarlo.

—Pues mi hermano se va a enfadar si sales sola de casa a estas horas. —Petter se encogió de hombros—. Si yo tuviera una mujer tan bonita como tú me enfadaría.

—No entiendo el por qué. Wolf no lo hace. Pero si no quieres que se enfade, te puedes quedar a cenar con nosotros y luego él te lleva a casa. Sé qué está deseando verte.

—Tengo que irme, Valentine. Además, me conozco todo esto mejor que nadie y no me da miedo ir solo. Es mejor que no vengas.

Haciendo caso omiso de su consejo, recogió el abrigo que le entregaba Rose.

—Voy a llevarte a tu casa. Y si Wolf se enfada conmigo, la culpa será solo tuya.

Petter sonrió y con una mueca divertida salió al exterior. Valentine caminó tras él mascullando por lo bajo. La verdad es que lo único que le apetecía era sentarse frente a la lumbre.

Llevó al niño hasta su casa. En el vehículo viajaban el cochero y un hombre que Wolf había contratado para protegerla cada vez que saliese de casa. Se llamaba Julio y vestía con un grueso poncho de lana. Iba armado con un rifle y una pistolera en las caderas.

Regresó a casa sin ningún percance, y mientras se quitaba el abrigo llegó Wolf.

—¿Vienes o vas? —preguntó sobresaltándola.

Lo miró. Él vestía una cazadora de piel en tonos castaños y un sombrero de *cowboy* que le confería un aspecto muy atractivo. Era la primera vez que le veía vestir como un vaquero.

—Acabo de llegar. He ido a llevar a Petter a casa. ¿Querrás creer que quería irse solo? — Sacudió la cabeza—. Por supuesto, no se lo he permitido.

Wolf rodeó su cintura y le propinó un corto beso en los labios al tiempo que dejaba caer hacia atrás su sombrero.

—¿Ha estado Petter aquí? ¿Qué ha dicho?

—El pobre ha estado esperándote. Pero ha prometido pasar más de seguido. No me habías dicho que era tan guapo, Wolf. Se parece mucho a ti. ¿Sabes lo que hemos estado haciendo? — Le contó la caza infructuosa de los bichos, de la cual se alegraba una enormidad. También de que necesitaba comprarse calzado para estar en el campo. Él la escuchaba mientras se despojaba de la chaqueta—. Podemos ir mañana a la ciudad. ¿Te viene bien, o me espero a cualquier otro día?

—Mañana está bien. Voy a subir a lavarme un poco y a cambiarme.

—Yo te espero en el comedor. Voy a ver si ya se ha puesto la mesa.

Capítulo 16

Valentine se cubrió con las cobijas hasta el cuello, la cama estaba helada. Alzó la cabeza tan solo un segundo para localizar a Wolf, que venía del aseo.

—Hace mucho frío —le dijo ella.

Wolf atizó la chimenea. Apagó las luces y se metió en la cama, a su lado. Nada más hacerlo, Valentine se apretó a su cuerpo en busca de calor.

—Los de la ciudad no aguantáis nada —bromeó, abriendo los brazos para rodearla. Le masajeó los brazos y la espalda. De vez en cuando bajaba las manos a sus nalgas.

—Hay algo que tengo que contarte, Wolf —susurró. Las llamas del fuego eran suficientes para iluminar parte del dormitorio—. Estaba esperando un buen momento para decirte... —Vio que había comenzado a sonreír y ella evitó hacerlo a su vez—. ¡Qué! ¿Por qué te ríes?

Él agitó la cabeza, pero se le quedó en la cara una boba sonrisa.

—Por nada, por nada, perdona, continua.

Valentine frunció el ceño. ¿Acaso sospechaba lo que iba a decirle?

—Estoy esperando un bebé. Vamos a ser padres.

—¿¡Qué?! —Wolf se sentó en la cama, sorprendido. Sus ojos grises la recorrieron con lentitud y después soltó una potente carcajada.

—¡Qué feliz me haces! —dijo entre risas, emocionado.

Valentine respiró aliviada.

—¿Por qué te reías antes de que te lo dijese?

—Pensaba que me ibas a decir cuánto me quieres. Me estoy acostumbrado a oírtelo decir. — Se volvió a recostar junto a ella, cubriéndolos a ambos con las cobijas.

—Bueno, eso también —sonrió. Le buscó la mirada—. Supongo que te gustan los niños, ¿no? Porque ya no hay vuelta atrás.

—Pues no sé si me gustan. Nunca lo he pensado. Se me cruzó la idea en la fiesta de la hacienda, en La bella Helena, pero reconozco que se me olvidó enseguida. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Justo ese día empecé a sospecharlo. Ahora ya lo sé con certeza.

—¿A ti te hace feliz ser madre?

—Muy muy feliz.

Las Navidades se acercaban a pasos agigantados y el tiempo, menos lluvioso pero más frío, parecía dar una tregua.

Las nieves cubrían los campos y las praderas. Wolf había ido en busca de un enorme abeto que ahora descansaba en el salón junto a la chimenea, decorado con piñas secas y barnizadas en colores brillantes.

Valentine terminó de dar el último repaso a los dormitorios que iban a utilizar Max y los condes de Montesinos en el rancho. La joven no había tenido más remedio que invitarlos, ya que se habían empeñado en pasar las fiestas con su abuelo. La fachada y los muros que rodeaban la casa se habían reparado casi en su totalidad y todo presentaba muy buen aspecto, tanto el interior como el exterior.

Su relación con Jane parecía que iba bien. E incluso don Leonardo había querido ir a conocerla, puesto que Petter no tenía para Valentine más que buenas palabras. La primera vez que se había visto con él, el encuentro había sido muy frío. Wolf había estado presente y no había hecho el menor intento por hacer sentir a su padre cómodo. Sin embargo, en las siguientes ocasiones las conversaciones habían fluido más naturales y distendidas.

En cuanto los invitados llegaron Rose se encargó de los condes, mientras ella y Abigail volvieron loco a Max con todo lo que habían vivido desde que se habían instalado allí. El anciano las escuchaba emocionado. En Nueva York ahora tenía paz, pero él no estaba acostumbrado al silencio de una casa. Echaba mucho de menos escuchar los murmullos de ambas mujeres saliendo de cualquiera de las habitaciones.

Max se tomó la noticia del estado de Valentine con mucha alegría. Ella se encontraba muy bien. Y muy cuidada. ¡Demasiado! Todos la trataban como si fuese una enferma y necesitase descansar a cada rato. Menos mal que hacía lo que le daba la gana. Ya tenía bastante con que Wolf la tocara como si se fuese a romper. Por supuesto, se había quejado airoosamente y él había prometido no excederse en sus cuidados.

Pasaron las fiestas. Valentine convenció al abuelo para que alargase su visita. Y de nuevo se vio obligada a seguir con la invitación para los condes.

Uno de esos días, doña Margarita y Max pasaban la tarde sentados ante un tablero de ajedrez, mientras que el conde dormitaba en un sillón frente a la chimenea, con el suave murmullo de sus compañeros de fondo y el crepitar del fuego.

Wolf había salido en busca de varias reses que se habían saltado la alambrada. Le preocupaba que alguien las hubiese soltado, pues aunque los comancheros estaban acampados cerca, nunca se habían atrevido a robarle.

Valentine, al verse un poco sola ese día —Abigail le estaba enseñando hacer el pastel de carne que tanto le gustaba a Max a la cocinera—, salió hacia la residencia Wingate para visitar a Jane. Su cuñada estaba casi fuera de cuentas y le había prometido estar presente el día que se pusiera de parto.

Descendió del vehículo con ayuda del siempre atento guardaespaldas, Julio. Cuando se dirigió a la puerta principal, él se quedó con el cochero charlando y fumando cigarros.

A Valentine le pareció de lo más extraño encontrar que la puerta estaba entreabierta. Al poner el primer pie en el interior se dio cuenta de que la exquisita alfombra de la entrada estaba manchada de barro.

—¿Jane? —llamó. Sin llegar a entrar, creyó ver movimiento afuera. Se volvió a observar. Todo parecía quieto entre los árboles de un pequeño bosquecillo. De repente salió a su campo de visión la inconfundible figura de una mujer que cargaba con algo en sus brazos—. ¡Jane! —llamó.

La hermana de Wolf no llevaba abrigo. Corría como si huyese de alguien.

—¡Jane! —volvió a llamarla al tiempo que salía a correr tras ella.

Aunque no era muy tarde anochecía pronto y el sol había empezado a esconderse tras las colinas de pizarra que se desdibujaban contra el cielo.

Valentine se levantó la falda con ambas manos para agilizar su carrera. Las hojas secas y restos de ramas crujían bajo sus pies. Las zarzas se adherían a su abrigo. Estaba convencida de que Jane se encontraba en peligro.

—¡Señora Wingate!

Vio que Julio iba tras ella, pero no se quedó a esperarlo. Le importaba mucho más lo que le sucedía a la hermana de Wolf. Podía verla entre los árboles.

Se detuvo cuando llegó a un abrupto desnivel. Ante ella asomó el río Grande repleto de rocas y piedras enormes. Jane se había metido donde el agua le llegaba a la cintura y daba la impresión de que estaba buscando algo. Tal vez se le había caído la carga que llevaba.

—¡Jane! —llamó entre jadeos.

La muchacha se volvió a ella con sorpresa. Fue en ese momento que Valentine descubrió horrorizada lo que sostenía en las manos. Vio el brazo de un bebé.

—¡Jane, no! —Con un grito se lanzó al agua. No le importaba que las ropas se arremolinasen en sus piernas. Y ni siquiera notaba lo fría que estaba. Solo rogaba por llegar a tiempo.

Jane soltó su carga y se apartó.

—¿¡Pero qué has hecho?! ¿¡Qué has hecho!? —gritó Valentine. Logró alcanzar al bebé. Lo llevó contra su pecho. Nunca había tenido entre los brazos nada más frío y lánguido que aquel cuerpecito diminuto—. ¡Estás loca! ¡Loca! —Llorando consiguió llegar a la orilla. Cayó de rodillas sobre las piedras haciéndose daño, pero no se permitió ni un solo pensamiento para eso.

Todo olía a cieno y lodo.

Julio llegó hasta Valentine y con cuidado la ayudó a levantarse. Ella lo miró, sollozando.

Seguía llevando contra su pecho al niño.

—¿Se encuentra bien?

—No —gimió ella. Extendió los brazos para que Julio cogiese el cuerpo del crío. El hombre ahogó una exclamación—. Sálvelo, por favor.

El bebé no respiraba. Estaba blanco. Su cabello era un amasijo de pelo negro y desordenado.

Valentine buscó con la vista a Jane. El caudal del río bajaba con bastante agua en esa época del año. La joven se había sentado sobre una gran piedra. Sus ropas estaban desgarradas y sucias.

—¿Por qué? —quiso saber Valentine. No entendía qué había podido llevarla a hacer algo igual. Todo ello solo tenía una explicación: había enloquecido.

Jane no contestó, y ante su frío silencio Valentine vomitó hasta que su estómago se quedó completamente vacío.

Julio envolvió al bebé en su abrigo. Después agarró el brazo de Valentine y la obligó a que lo siguiese.

—Vamos a volver a casa. Aquí va a anochecer de un momento a otro.

—No podemos dejarla sola.

—¿Sabe usted regresar? —preguntó Julio observando el cielo con interés.

Valentine paseó la mirada por derredor. ¡No conocía nada! Todos los árboles parecían los mismos. No había caminos que señalaran nada. Ni siquiera una montaña de la que se pudiera guiar. La oscuridad comenzaba a abrazar las tierras.

—Dígame por donde debo ir, Julio. —Sus dientes castañearon con fuerza.

El hombre le habló de claros y de encinas. Ella deseaba poder admitir que no sabía volver. Pero no podía dejar sola a Jane. Se armó de valor y caminó hacia donde Julio le había indicado. Subió una pequeña ladera y volvió la vista atrás. Sus ojos cayeron sobre el bulto que cobijaba al bebé. Los apartó con velocidad ahogando un sollozo.

Frente a ella apareció un caballo que llegaba a la carrera. Una oscura figura se recortó contra la poca luz que quedaba. Su silueta tenebrosa fue adquiriendo la forma de Wolf, que detuvo su montura con brusquedad.

Valentine perdió el conocimiento.

Capítulo 17

Wolf atravesó el portón y descendió del caballo con Valentine en brazos. Como un loco atravesó la galería para tomar la escalera hacia los dormitorios.

Se detuvo ante la puerta de la recámara y Abigail, que lo había seguido desde el vestíbulo, la abrió y corrió a preparar la cama.

La estancia se hallaba en penumbras, iluminada por dos pequeñas lámparas y el fuego del hogar.

Dejó a Valentine sobre la cama y se apartó cuando Abigail lo empujó para dedicarse a la joven. Él observó las largas guedejas húmedas que cruzaban su rostro pálido y frío. Le recordó a las estatuas que adornaban plazas y jardines, blancas, gélidas, serenas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abigail desvistiendo a Valentine con manos ávidas.

—No lo sé. —Estaba confundido y asustado. Se pasó la mano por el cabello tratando de entender lo ocurrido, al tiempo que paseaba ante la chimenea con nerviosismo—. Regresaba de la ciudad cuando avisté el vehículo en la entrada de la casa de mi padre. El cochero me dijo que Valentine había salido corriendo hacia el bosque sin mediar palabra y que Julio la seguía. —Hizo una pequeña pausa—. Y luego, al llegar... Valentine se desmayó. No me detuve a pensar. La traje aquí lo más rápido que pude. Se va a poner bien, ¿verdad Abigail?

La mujer limpiaba la cara de Valentine con un paño suave.

—Debería verla un doctor. ¿Por qué llevará las ropas mojadas? —preguntó sobre su hombro, mirándolo.

—No lo sé —negó.

—¿Y Julio?

—No llegué a verlo. Debo ir averiguar. —Se acercó a Valentine y la observó durante unos segundos. Besó su frente con suavidad—. Avísame si algo va mal. Voy a bajar un momento.

Cruzó el corredor y una vez que llegó a la galería buscó al mozo y lo llevó al despacho. Tomó asiento frente al escritorio buscando el papel y la pluma.

—¿Sabes montar, muchacho? —preguntó sin mirarlo.

—Sí, claro, señor.

—Vas a tener que hacer varios encargos. Envía alguno de los hombres que vaya a por el doctor y le dices a Henry que venga. Quiero que vayas a casa de mi padre y que Julio regrese. Llévate a Castaño, pero ten cuidado porque es un caballo bastante brioso.

Cuando Wolf se quedó solo se sirvió una copa de brandi, que bebió de un solo trago, y volvió arriba a ver a Valentine. Quería saber si había despertado. La encontró semincorporada sobre la cama.

—¡Valentine! —Se inclinó hasta ponerse a su altura. Ella lloraba desconsolada. Tomó su cara con las manos—. ¿Qué ha pasado, mi amor? ¿Cómo estás?

—Lo ha ahogado —sollozó.

—¿A quién?

Ella intentaba hablar, pero todo lo que decía era ininteligible.

—No puedo entenderte, si no te calmas.

—Jane... ha ahogado al bebé... ella... ha ahogado a su bebé... —repitió. Wolf frunció el ceño —. Cuando llegué a visitar a tu hermana la vi correr hacia el bosque. Pensaba que le sucedía algo y fui tras ella. —Volvió a sollozar y tomó un pañuelo que le entregaba Abigail—. No sabía qué era lo que tenía bajo el agua, pero me di cuenta de que era el niño. ¡Le estaba ahogando! —repitió.

Arqueó las cejas incrédulo.

—¿Ella tuvo al niño?

—Tiene que ser de ella, de tu hermana. ¡Oh, Dios! ¡Era de verdad! Yo lo cogí y estaba frío...

Wolf levantó la cabeza y observó que Abigail tenía preparada la bañera.

—Descansa, Valentine. El doctor vendrá en un momento. Bajaré a ver si llega Julio.

Valentine asintió.

—Señor Wingate —lo llamó Abigail—. ¿Usted consiguió recuperar las reses?

Wolf se frotó la cabellera con fuerza y sacudió la cabeza.

—No supe nada.

Henry, el capataz del rancho, estaba esperando en el vestíbulo y en cuanto vio a Wolf se acercó hasta él.

—¿Qué ha ocurrido, patrón?

—Aún no lo sé. Estoy esperando a Julio.

La puerta principal resonó cuando llamaron. Henry abrió. Era el doctor, envuelto en una oscura gabardina. Max también entró en aquel momento, los había escuchado desde la biblioteca.

—Wolf, oímos que mi nieta ha sufrido un accidente. ¿Dónde está ella?

—Se encuentra en el dormitorio poniéndose cómoda. Solo se desmayó, Max. No es nada preocupante. —Saludó al doctor estrechándole la mano—. Ella está en su dormitorio. Rose, acompáñele arriba.

—Yo también quiero verla —dijo Max dispuesto a subir las escaleras.

Wolf le puso la mano en el hombro, impidiéndoselo.

—Espere, Max. Vamos a dejar que la vea él. ¿Y los condes? ¿Se han retirado ya? —preguntó para evitar hablar de lo ocurrido.

—Subieron a cambiarse para la cena.

—Ah sí, la cena. Me va a tener que disculpar con ellos, pero no creo que pueda reunirme con ustedes. Hoy estoy bastante liado...

—Mi nieta está bien, ¿verdad? —insistió el anciano.

—Sí, Max. Solo quería estar seguro y por eso hice venir al doctor, pero se encuentra bien. Un poco cansada.

Escuchó el vehículo entrando en el patio y animó al anciano a servirse algo en la sala. Él esperó a Julio, pero solo llegaron el cochero y el mozo. Wolf arqueó las cejas en dirección al muchacho:

—Tenía que quedarse a hablar con el sheriff. Viene en cuanto pueda —explicó.

—¿Con el sheriff? —Wolf se frotó el mentón—. ¡Qué demonios ha pasado!

El hombre más mayor pasó todo su peso de un pie al otro.

—La señorita Jane se debió de volver loca, y lo siento porque sé que es su hermana. —Le narró algo parecido a lo que Valentine le había contado—. Es posible que el sheriff o alguno de sus ayudantes quieran venir para hablar con la señora Wingate.

—Sí, imagino. ¿Qué ha pasado con ella? ¿Dónde está ahora?

—Está en la casa de momento. El doctor también ha ido a verla, y luego pasará otra vez.

—Cuando llegue Julio, que venga a hablar conmigo.

La espesa oscuridad cubría las caballerizas y solo una delgada línea oscura, el alero de un tejado, se recortaba difusa por la parte norte.

La situación se había calmado bastante, aunque todavía Leonardo se hallaba en el salón hablando con alguien. El sheriff y el poco personal que tenían por fin se habían marchado.

Jane no podía arriesgarse a salir dejándose ver. Había escuchado a uno de los ayudantes decir que iban a vigilar la entrada durante toda la noche. Aun así supo ser paciente y, en cuanto pudo, huyó de la casa por las cocinas, el único camino que se hallaba despejado. Tan solo debió saltar el muro. La pared tenía dos metros de alto aproximadamente. Pero el árbol que crecía junto a él le sirvió para alzarse entre las ramas.

Era consciente de que, después de aquello, lo único que restaba era huir, puede que en otro momento hubiera estado asustada y muerta de miedo, pero ahora no. Ahora tenía alguien en quien confiar.

Respiró con fuerza el frío aire de la noche. Sintió de nuevo un fuerte pinchazo en el abdomen que parecía rasgarla en dos. Había perdido mucha sangre y se encontraba débil. No tanto como para alcanzar su destino. Los comancheros no estaban acampados muy lejos.

Capítulo 18

La desaparición de Jane los asombró a todos. Algunos pensaban que la joven contaba con ayuda para mantenerse oculta. Y si a ese problema, Wolf le sumaba que alguien le estaba robando las reses y que había habido varios destrozos en ranchos colindantes, la temporada no se presentaba muy bien. Se rumoreaba que era cosa de los comancheros, por eso el alcalde de la ciudad celebró una reunión de ganaderos en su magnífica casa.

Wolf convenció a Valentine para que lo acompañase. No quería dejarla sola y pensaba que sería bueno que ella saliese del rancho por unas horas. Sin embargo nada más poner los pies en la casona del alcalde, muchas personas se congregaron en torno a ellos, esperando saber algo sobre su hermana.

Valentine agradeció la fuerte mano de Wolf, que en todo momento sujetaba su cintura de forma protectora. Siempre elegante en su traje oscuro, su porte gallardo y varonil, sonriendo a medias, no podía por menos que sentirse orgullosa.

—¡Wolf! —Richard palmeó el hombro de su amigo y le dedicó una corta genuflexión a Valentine.

—Hace tiempo que no te veo. ¿Cómo se encuentra tu padre? —le preguntó Wolf.

Richard frunció los labios.

—Sigue igual. Bastante delicado. ¿Y Jane? ¿Habéis sabido algo?

Wolf negó con la cabeza.

—No aparece... —se encogió de hombros —, no sabemos qué pensar de todo ello.

—El sheriff vino a preguntar a casa.

—Sí, cree que la oculta alguien de la zona. Dicen que han buscado por muchos sitios.

Valentine se acercó a la mesa de las bebidas, que estaba muy cerca de ellos. No pudo evitar escuchar la conversación de dos señoras que nombraban a Omar Trevor.

—Te digo que ese hombre me da muy mala espina.

—Mi esposo ha coincidido varias veces y dice que tampoco se fía mucho.

—Cuentan que se ha acostado con todas las mujeres de aquí a la ciudad de Austin.

—¡Eso es completamente exagerado! Aunque si es tan noble como dicen, no me extrañaría.

—¡Valentine! —La voz de Wolf, la sobresaltó. Caminó hasta él—. ¿Sucede algo?

—Nada —le enseñó el vaso de limonada—. Tenía sed.

Tomaron asiento cuando empezó la reunión.

—Yo siempre he dicho que no deberíamos dejar que esa gente... acampe en las lindes —decía un hombre.

—Ayer asaltaron la diligencia al poco de iniciar el viaje —añadía otro.

Se alzó un murmullo de voces al fondo y muchos traseros se removieron en sus asientos.

—No creo que sean ellos. Antes nunca se han atrevido hacer nada de esto.

—Slade Fegurson dice haber visto un grupo de nativos cerca de las montañas. Puede que nos estemos confundiendo de hombres.

Se debatió la posibilidad de que existiesen dos grupos diferentes acampados en los alrededores. La reunión concluyó sin haber llegado a ninguna solución. El sheriff iba a investigar sobre el tema.

Cuando Valentine y Wolf regresaban a casa, una delgada niebla flotaba a ras del suelo. La luz de la luna bañaba las tierras.

—¿Crees que los nativos son los causantes de los robos? —preguntó ella una vez que llegaron al dormitorio.

—No tengo ni idea.

Los cobertores se hallaban abiertos y en la chimenea calentaba un buen fuego.

—Están todos muy preocupados por el asunto.

—Al principio pensábamos que las reses se estaban escapando, pero al tener los vecinos el mismo problema, nos hemos dado cuenta de lo que pasa. Supongo que el sheriff se encargará de todo esto.

—Dicen que quieren ir a hablar con los comancheros y con esos otros hombres. Tú no tendrás que ir, ¿verdad, Wolf?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o me dices eso para no preocuparme?

Él suspiró hondo.

—Para no preocuparte. Valentine, no va a pasar nada. Conozco a esas personas desde hace años. No creo que sea obra de ellos.

—Pero ¿puedes estar seguro?

Wolf se acercó a ella y la obligó a mirarlo a los ojos. Se apoderó de sus labios en un beso lento y suave. Un beso que poco después se tornó apasionado.

Valentine se apartó de él con el ceño fruncido. Cuando la besaba de esa manera no podía pensar. Eso era lo que él buscaba. Desconcentrarla.

—No me has contestado —insistió.

—Estoy completamente seguro de que los comancheros no son culpables. Ellos cazan y venden.

Al día siguiente, poco antes de anochecer, Wolf junto con seis hombres más, entre ellos Richard, cabalgaron hasta el campamento de los comancheros. Alrededor de una fogata se hallaban sentadas varias personas. Los murmullos de retazos de conversación eran arrastrados por el viento.

El grupo de Wolf, incluido él mismo, iba armado con rifles y pistolas. Así entraron en el campamento, después de desmontar, y en cuanto los comancheros los vieron se pusieron en pie enseguida.

El jefe, un mestizo al que llamaban Navaja, los saludó con un gesto de cabeza. Wolf llegó hasta él y ambos se apretaron la mano con firmeza.

—Enhorabuena, Wolf. Oímos decir que te habías casado. —El hombre llevaba un sombrero oscuro de ala corta.

—Así es.

—Toma un poco de vino —le dio un odre de piel—. Supongo que vuestra visita se debe al robo de las reses.

Wolf asintió entregando el pellejo a Richard.

—¿Qué sabéis de ello? Me temo que os están inculcando injustamente.

—Lo sabemos, pero no somos nosotros. —Extendió una mano hacia un lugar más alto de la montaña—. Los que buscáis se ocultan en las cuevas. Esa gente es peligrosa. Alguien gordo los dirige. Dicen que un señorito de ciudad.

—¿Sabes quién es?

El hombre negó.

—Unos tipos vinieron a hablar conmigo con la intención de contratarnos. —Se encogió de hombros, indiferente—. Ese no es nuestro estilo, y lo sabéis.

—¿No reconociste a nadie?

—A uno sí. Era de San Antonio, pero no sé su nombre. Nunca hemos hablado. Fue él quien nos comentó que había alguien que nos podría pagar un buen dinero.

—¿Haciendo qué?

—No quiso decírmelo y yo tampoco pregunté mucho. —Navaja paseó la vista por el campamento—. Nosotros no queremos meternos en líos.

Una mujer de cuerpo robusto acunaba un bebé sobre su pecho mientras dos pequeños, sentados cerca del fuego, jugaban con piedras que lanzaban hacia las llamas.

Otro hombre, envuelto en un largo abrigo, estaba sentado junto a un carromato con la espalda apoyada en la madera y una guitarra sobre sus brazos. No tocaba nada pero acariciaba el instrumento como si se tratase de un amante. Cerca de este se hallaban un par más, que fumaban con los ojos fijos en ellos.

—Entonces ¿no puedes decirnos nada más?

—Nada. Hemos pensado trasladarnos dentro de poco hasta que se marchen de aquí. No nos conviene estar cerca. —Un joven delgado y huesudo acercó varios taburetes para que tomaran asiento—. He visto a este tipo que te digo de San Antonio en El Paso. Acompañaba al que creo que puede ser el jefe. Un hombre alto, delgado y de cabello rizado. Bastante guapote, con aires de grandeza. —Agitó la cabeza con fuerza y, por increíble que fuera, el sombrero no se movió ni un ápice—. El sheriff pasó por aquí esta mañana y le dijimos lo mismo que a vosotros. Espero que cojan a los culpables. No nos gusta tener que compartir las tierras.

—Ya —rio Richard—, pero tampoco os pertenecen.

—Nosotros nunca hemos robado. —Wolf arqueó las cejas y Navaja sonrió—. Alguna oveja tal vez. Pero es cierto. Nosotros nos dedicamos más a los venados y a los osos.

—¿Sabes dónde puedo localizar al hombre de San Antonio?

—En la ciudad se le ve mucho.

—Creo que puede ser Frank —dijo Richard.

—También se me había pasado por la cabeza. Andaba por ahí con Benedict y Vicent. Quizá ellos sepan algo. —Wolf volvió a dirigirse al comanchero—. ¿Y los que están en las montañas? He oído decir que son nativos.

—Ni idea, jefe.

—Podemos ir hablar con ellos —dijo Richard.

—¿Necesitáis que os acompañemos?

—No. Solo vamos para hablar, pero gracias, Navaja, nos has servido de mucha ayuda —repuso Wolf.

—De nada, jefe, a mandar.

El trayecto hacia la montaña era abrupto, lleno de rocas y piedras que rodaban cada vez que un caballo las golpeaba con su paso.

Trotaron con suavidad, paralelos a la cañada. No querían ser sorprendidos por alguno que estuviese vigilando. Sin embargo, cuando llegaron no hallaron nada. Tan solo resto de un campamento que había sido abandonado hacía tiempo.

—¿Se habrán marchado ya? —preguntó uno de los hombres. Observaba el lugar con ojos entrecerrados.

—Eso parece —musito Richard—. Hace ya unos días que no están aquí.

—Han debido cambiar el campamento o... se han marchado. Será mejor que regresemos a casa.

—¿Quién será el hombre del que hablan? Mañana haré una cuantas preguntas —comentó Richard—, alguien tiene que saber quién hay nuevo en la ciudad, ¿Porque no será...?

Wolf le interrumpió.

—Espero que no. —También había pensado en Trevor, pero no le creía capaz de dirigir a nadie para sembrar la discordia. Lo que Omar tenía era solo con él y con nadie más—. Pero haz averiguaciones por si acaso. Si es él, te juro que no encontrará un sitio para esconderse de mí.

—¿De quién habláis? —preguntó uno de sus vecinos que seguía atento la conversación.

—Solo son sospechas. No quiero acusar a nadie sin tener pruebas. —Pero ese pensamiento le ponía el vello de punta.

Wolf llegó a la casa en el momento que se servía la cena. Saludó a los comensales, subió a cambiarse de ropa y se unió a ellos.

La cena transcurrió plácidamente, y un poco antes de que se retiraran a dormir, Max y los condes les informaron de que partirían en breve hacia Nueva York.

Valentine sintió pena, porque a pesar de todo lo sucedido le encantaba contar con el apoyo de su abuelo. Además, él y Wolf se llevaban muy bien.

Capítulo 19

Durante unos días Wolf y varios hombres estuvieron buscando a los nativos, pero todo parecía haber vuelto a la tranquilidad.

En la ciudad también fracasaron al buscar a Frank y a sus amigos. Parecía que se los había tragado la tierra.

En poco tiempo tenía que ir a recoger las reses que aún le quedaban en Kansas. Le preocupaba tener que dejar sola a Valentine en el rancho, aunque Richard había prometido que él se iba a encargar de pasar todos los días a verla. Había tratado de convencerla para que viajase a México, a La bella Helena, pero ella no había querido.

También seguía nervioso con el hecho de no saber nada de su hermana. A Leonardo no parecía importarle no conocer el paradero de su hija. Nunca habían sentido cariño el uno por el otro.

Valentine parecía encontrarse mejor que nunca. Todavía no se le notaba la barriga, pero ella no hacía más que observarse en el espejo en busca de indicios que delatasen que el bebé crecía en su interior. Por las tardes solía pasear con Abigail hasta los rediles y observaban como los hombres, incluido su marido, entrenaban a los caballos salvajes que compraban para convertirlos en magníficos corredores.

Una mañana, mientras Wolf tomaba unas tortas de maíz y café, Richard entró en el comedor con gesto inquieto. Antes de poder preguntarle, dijo:

—He averiguado quién es.

Wolf adivinó enseguida y maldijo con los dientes apretados.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Estuvo aquí en la ciudad, pero también se le ha visto en Waco, en Amarillo, en Wichita... Cambia de dirección continuamente. Le llaman el Francés.

—Le diré a Henry que lo busque.

Se encerraron en el despacho y Wolf no pudo evitar golpear el escritorio con el puño cerrado.

—¿Qué ocurre si no aparece antes de que te tengas que marchar? —preguntó Richard—. El muy cabrón es capaz de aparecerse por aquí.

—Estoy seguro de que eso es justo lo que piensa hacer. —Se paseó nervioso por la alfombra—. Podría enviar a Henry a Kansas, pero voy a perder bastante dinero si hago eso.

—Julio y yo estaremos aquí.

—No pienso dejarla cerca de ese hombre.

—¿Qué harás entonces?

—Se vendrá conmigo.

—Se puede quedar en mi casa.

—Te lo agradezco, Richard, y sé que puedo contar contigo, pero en esta ocasión creo que no quiero dejarla aquí. Además, yo iba a estar todo el viaje intranquilo. No entiendo a ese hombre y ese afán suyo por vengarse. Él tuvo su oportunidad de...

—Hay algo más que no sabes, Wolf. Omar Trevor lleva casado varios años. Cuando conoció a Valentine ya lo estaba. Por eso él no podía pedirle matrimonio.

—¿Es posible que de verdad ame a Valentine? —Se quitó esa idea de la cabeza—. Richard ¿tú recuerdas el día que fuimos a Nueva York, que acabamos en un teatro donde perdiste un dineral en el juego? —Su amigo asintió.

—Bebí más de la cuenta.

—Pues bien, esa noche vi al tipo con una bonita actriz pelirroja. Por eso cuando se presentó en el baile insultando a Valentine, sucedió que se me fue la mano con él.

—Ahora entiendo tu reacción. ¿No se lo has contado nunca a ella?

—No me parecía justo hacerla sufrir. Pero ahora cuadra todo. Era por eso por lo que Max no podía reunirse con él.

—Si vas a llevarte a Valentine contigo, alguien debería advertir a Isabel. He escuchado que iba a venir a visitarlos.

—¿Por qué no te decides ya con ella?

—No sé a qué te refieres.

—¡Vamos, hombre! Nos conocemos desde siempre.

—¿Lo sabías?

—¿Que estás enamorado de ella? —Richard asintió—. Hace mucho tiempo que lo sé.

Ambos hombres rieron olvidando de momento a Omar Trevor.

Valentine se colocó la capa de piel verde y abrochó los dos cierres del cuello mientras Abigail descendía del vehículo. Julio, envuelto en su poncho, la ayudó a bajar y luego se volvió hacia ella.

El Paso era una ciudad bastante transitada que cada día parecía evolucionar más. Ora un edificio nuevo aquí, mañana un pozo...

Valentine dejó que los rayos de sol bañaran su rostro por unos segundos y respiró hondo.

Agarró el brazo de Abigail. Estaba contenta porque Wolf le había pedido que viajase con él.

—Julio, puede quedarse en el coche o... —señaló la tasca en el frente de la calle— tomándose algo. Nosotras no tardaremos en regresar. Iremos al colmado a comprar unas cosas.

No habían andado más de cuatro pasos cuando ambas mujeres se detuvieron de golpe y porrazo. El corazón de Valentine dio un vuelco para enseguida bombear con ferocidad dentro de su pecho.

Omar Trevor estaba de perfil, hablando con un hombre y una mujer. Los tres reían. Él vestía con tonos llamativos. Su chaqueta de brocado roja parecía haber perdido el color y se hallaba desgastada por los puños. Aun así se veía elegante. El cabello estaba peinado hacia atrás con firmeza y le llegaba hasta los hombros. Llevaba mucho tiempo sin visitar al barbero para que le diera un buen corte de pelo. Sin embargo, su hermosa sonrisa y aquellos chispeantes ojos verdes la recordaron otro tiempo y lugar.

—Vámonos, Abigail, camina como si no lo conociéramos —susurró nerviosa. Era peor si continuaban paradas.

—¿Y si nos damos la vuelta?

—Si hacemos eso nos verá.

—¿Estás segura?

—No lo estoy, pero no podemos quedarnos aquí.

Caminaron de prisa hacia el colmado. Una vez dentro, respiraron aliviadas. Con disimulo observaron varias cintas de colores que había expuestas sobre el mostrador.

—Buenos días, Valentine.

Escuchó la voz de Omar detrás de ella. Por un momento se olvidó de respirar. Se giró hacia él enfrentándolo con la mirada.

—Soy señora Wingate —le corrigió—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Ahora ya no me tuteas? —Sonrió—. Creí que te alegraría verme.

—Es lo correcto, señor Trevor. ¿Qué hace usted por aquí? —insistió.

—Visitar la ciudad. —Miró hacia Abigail inclinando un poco la cabeza—. Yo podría acompañar a la señora, usted si quiere...

Valentine le interrumpió con voz fría.

—Ella y yo vamos juntas. Y tenemos muchas cosas que hacer, si nos permite.

Ella se volvió para salir del colmado, pero Omar la enganchó de la muñeca con fuerza. Dijo con tono severo:

—Déjame que te acompañe.

—¿Ocurre algo, Valentine? —preguntó un hombre entrando en la tienda.

Aliviada reconoció a su tío, el encargado de la quesería.

—No, nada. Este caballero iba a soltarme ahora mismo, ¿verdad? —Fulminó a Omar con la mirada.

Él obedeció, pero no se apartó de su lado.

—Necesito hablar con usted, señora Wingate.

—Yo con usted no.

—Ya ha oído a la señora...

—¡Tú no te metas! —amenazó al tío de Valentine—. ¡Lárgate de aquí!

Ella vio como su tío salía de la tienda. Rogó por que fuese a buscar a Julio. Miró a Omar, furiosa.

—¡No tienes ningún derecho de tratar así a nadie!

—Parece que es verdad que no te alegras de verme —contestó él suspirando.

—Es que no siento nada. Sé muy bien que fuiste tú quien entró en la habitación del hotel la noche de mi boda.

—Sí, lo admito. Estaba desesperado. Ese día sentí que te perdía.

—Nunca fui tuya. ¿Recuerdas?

—Estoy muy arrepentido de todo ello. —Omar se llevó una mano al corazón—. Quiero solucionar las cosas y hacer todo como es debido.

—¡Estás loco! No quiero saber nada de ti y...

—¿Te gustaron las flores? —preguntó con burla.

—¡No me fijé! Mi esposo las tiró antes de que yo las viera. —Deseaba que sufriese.

—Pues es una pena, sé que te hubieran encantado.

Valentine resopló y caminó de nuevo hacia la salida.

—¿Podríamos hablar a solas, Valentine?

—No quiero hablar contigo. Me gustaría chasquear los dedos... —los chasqueó delante de sus narices—, y que desaparecieses de mi vida. Espero, ¡no!, deseo —enfaticó— que no vuelvas acercarte a mí.

—¿Es una orden?

La estaba tomando el pelo.

—No tengo ganas de bromas. Vámonos, Abigail.

—¡Volveremos a vernos, Valentine! —gritó sin moverse del sitio. En el momento en que ambas salían del colmado llegaba Julio con su tío.

—¿Está bien señora, Wingate?

—Sí. Vamos a casa. No había nada interesante. —Se despidió de su tío.

Julio se colocó el sombrero de ala ancha y, después de subirse el cinturón y ajustarlo a sus caderas con el revólver rozando su muslo, las acompañó hasta el coche.

Valentine se inclinó sobre la ventana cuando el vehículo se puso en marcha. No volvió a ver a Omar.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí?

—Nada bueno —respondió ella observando a Abigail, preocupada—. Toda persona tiene derecho a ser estúpida, pero algunas abusan del privilegio.

En el rancho le dijeron que Wolf estaba en las caballerizas con una visita. No podía esperar lo

que tenía que decirle y se encaminó hacia allí con prisa. En el recorrido se encontró con Petter, que acababa de llegar.

Anduvieron por el sendero de tierra escuchando el suave siseo del viento entre las encinas y el sonido de las ramas de los árboles cuando algún pájaro se movía.

Observando los caballos, apoyado en la alambrada, se encontraba un grupo de hombres. Valentine los reconoció de otras ocasiones. La mayoría era casi todos vecinos.

—Buenas tardes —saludaron Petter y Valentine.

Wolf se abrió paso situándose junto a ella.

—Has regresado pronto de la ciudad.

—Sí, necesito hablar contigo —lo cogió del brazo y sonrió al resto de hombres—. ¿Me perdonan si les robo a mi esposo un momento? —Sin esperar respuesta lo guio hacia el interior de las cuadras—. Omar Trevor está en la ciudad —soltó de sopetón.

Los ojos de Wolf se oscurecieron.

—¿Lo has visto? —preguntó.

Valentine reparó en el titánico esfuerzo que él hacía intentando contener su ira.

—Se atrevió a acercarse a mí. Le he dicho que se aleje, pero insiste en querer hablar conmigo. Llegó incluso a amenazar a mi tío Santos.

—¿Y Julio estaba allí?

—Julio me esperaba fuera del colmado. Yo misma le había dicho que no hacía falta que entrase. Sin embargo, Omar me abordó en el interior.

Wolf cogió aire con fuerza y sacudió la cabeza. Se despidió de los vecinos, no sin antes invitarlos a que regresasen otro día. Rodeó el talle de Valentine y echaron a andar camino de la casa. Ella le contó lo ocurrido palabra por palabra, sin omitir detalle.

Capítulo 20

Valentine terminó de preparar el equipaje y se puso el vestido violeta sobre una blusa blanca de mangas abullonadas. Se cepilló un par de veces frente al espejo del tocador y abandonó el cuarto para ir a la cocina.

Sabía que Wolf estaba ocupado con los últimos preparativos del viaje. Como para ella cabalgar iba a ser bastante complicado, iba a viajar junto a Abigail en una carreta. Julio, el chófer y otro hombre las acompañarían.

En el vestíbulo había dos vaqueros contratados por Wolf. No era normal verlos en el interior de la casa. Iba a preguntarles qué hacían allí cuando Wolf bajó la escalera a la carrera.

—¿Qué ha pasado?

—La alambrada ha sido cortada, señor Wingate. Los animales andan sueltos.

—¿Cuáles?

—Las reses bravas. Estamos tratando de recuperarlas, pero todavía faltan bastantes.

Valentine ahogó una exclamación.

—¿Dónde está Henry?

—Cerca de la alambrada. Ha sido él quien ordenó que le avisáramos.

Wolf asintió. Se colocó la cazadora y el sombrero de ala ancha.

—¿Cómo os disteis cuenta?

—Al venir de la ciudad nos pareció ver algo grande en la ladera y bromeábamos pensando que era un oso. Al acercarnos nos dimos cuenta.

—Id a avisar a Richard Flanders y al sheriff. Informadles de la situación.

—Señor, es posible que el sheriff y su gente dispare a matar.

—Lo sé, pero siempre será mejor que poner en peligro a alguien. —Levantó la cabeza hacia Valentine. No se había dado cuenta de que ella estaba allí—. No va a pasar nada. Quiero que cierres la casa y no dejes entrar a nadie.

Ella asintió.

—Ten mucho cuidado, por favor, y si te puedo ayudar en algo, me lo dices.

Wolf asintió. Abrió el arcón y sacó una escopeta y un par de cajas de munición que guardó en

un talego. Se acercó a ella y la besó con prisa antes de irse.

En cuanto los hombres salieron, Valentine cerró la puerta y ordenó a Rose que se encargase del resto. Ella se metió en la cocina con Abigail.

—Que roben el ganado, que Omar aparezca de repente, ahora esto con la alambrada... — señaló Valentine—. Todo tiene pinta de haber sido provocado por él.

—Sí, mi niña. Yo también creo que todo esto tiene que ver con ese hombre. Y el circo seguirá mientras haya quien aplauda a los payasos.

—¿Qué vamos a hacer, Abigail? Estoy muy asustada.

—Intenta calmarte. Voy a hacerte una tila. ¿Por qué no te sientas mejor en el salón, junto a la chimenea? Te llevaré un trozo de pastel.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Abigail. Todo lo que está pasando es solo por mi culpa. Por no hacer caso al abuelo cuando lo advirtió. Y ahora es Wolf quien está pagando las consecuencias. ¿Por qué no me di cuenta antes de la clase de persona que es?

—No sirve de nada atormentarte ahora. Él te engañó...

—Me ha dicho Wolf que es un hombre casado.

—¿Cómo?

—Es por eso por lo que no quería ir a ver al abuelo.

Cuando Wolf se lo había contado, el único sentimiento que le había embargado había sido el de la decepción. Ella había creído en su amor.

—Es un demonio —susurró Abigail, santiguándose.

Valentine se cruzó de brazos y caminó sobre la alfombra.

—Lo que no logro entender es lo que pretende. Antes, supongo que mi fortuna, aunque no entiendo cómo. Él solo podría obtener algo mío mediante el matrimonio.

—Algún plan tendría —aseguró la mujer.

—Pues me gustaría saber cuál es. Yo solo le habría podido entregar algo si hubiera dispuesto de mi fortuna, pero para eso, mi abuelo...

Abigail se santiguó.

—¡Ni siquiera piense eso, niña!

—Abigail, te digo que Omar es el bandolero del que hablan Wolf, Richard y los vecinos. El cabecilla de los asaltos de las diligencias y los destrozos de los ranchos. ¡Todo tiene sentido!

—Insisto en que es demasiado señorito para eso.

Rose entró en el salón.

—La planta superior está cerrada. Bajaré a la bodega para ver la trampilla.

—Y después haz que iluminen la entrada de la casa durante la noche. Quiero que haya alguien por aquí por si surge algo.

Abigail aprovechó la interrupción de Rose para preparar la tila.

Bien entrada la noche, Valentine se retiró a su dormitorio. No sabía nada de Wolf y los nervios la comían por dentro. Se echó sobre la cama después de atizar el fuego e intentó dormir un poco.

Dio una veintena de vueltas hasta que por fin la venció el sueño.

Se despertó al amanecer y se aseó. Quería bajar a la cocina a preparar café para que cuando llegasen los hombres tuviesen algo caliente. Sin embargo, al pasar por el despacho de Wolf, le llamó la atención las voces que provenían del interior. Llamó con suavidad y Richard abrió la puerta. Estaban fumando y la habitación estaba cargada de humo.

Valentine reculó un paso y Wolf salió hacia ella. La besó, arañando un poco su piel con la incipiente barba.

—Lo lamento mucho. Hoy hemos tenido una noche muy larga y no he querido molestarte.

—¿No has dormido nada? Pareces cansado.

—Todavía no he tenido tiempo.

—¿Han aparecido todos los animales?

Wolf negó.

—Aún faltan unos cuantos. Ahora, en cuanto comience a clarear, saldremos de nuevo. Pensamos que por la parte del río tienen más sitios donde pasar desapercibidos.

—¿Cómo los cogéis? —preguntó con curiosidad.

—Con el lazo. Lo que me recuerda que tengo que buscar los guantes de piel, ¿no sabrás dónde están?

Ella asintió. Se los había limpiado personalmente el día anterior con una solución que le había proporcionado Rose.

—Te los traigo ahora mismo.

Wolf sonrió. Cerró la puerta del despacho dejando aislado a Richard, y enlazó la cintura femenina, acercándola contra su pecho. Se apoderó de sus labios al levantar ella la cabeza hacia él.

—Te he echado de menos —murmuró—. En cuanto acabe con lo del viaje, con lo del imbécil ese y ahora con esto de las reses, nos vamos a ir tú y yo a recorrer Europa. ¿Qué te parece?

—No sé yo si embarazada sería el mejor momento.

—Cualquier momento es bueno.

Ella sonrió.

—Me encantaría —apretó las manos de Wolf con afecto—. Mandaré que suban algo de comer antes de que vuelvas a marcharte.

—Valentine, tenemos que ir a Kansas, y esto es solo un pequeño imprevisto. Esta tarde saldréis vosotros en la carreta.

—¿Y tú?

—Yo te alcanzaré más tarde. Lo prometo.

—¿Estás seguro? ¿Y si no encuentras todas las reses?

—Los vaqueros las seguirán buscando y Richard los ayudará. Yo no puedo demorarme por más tiempo.

—De acuerdo, Wolf. Como tú quieras. Voy a la cocina, y por favor, abre el ventanal del

estudio, que apesta todo a tabaco.

Fuera, el sol se asomaba plácido tras las colinas. Un gallo entonó su famoso quiquiriquí y los habitantes del rancho que aún estaban dormidos comenzaron a despertarse. Pronto empezaron a reunirse los jornaleros ante la casa, dispuestos ayudar a su patrón en la búsqueda de las reses bravas. Algunos parecían disfrutar con la emoción de capturarlas. A otros se les notaba agotados de haber pasado la noche en vela.

Valentine se ocupó de que todos comieran un delicioso caldo de gallina y rebanadas de pan con panceta y embutido, que fueron sacando al exterior en grandes bandejas.

Capítulo 21

La carreta estaba a punto de partir. Era un armatoste grande cubierto en su totalidad por una gruesa lona. Ya habían cargado el equipaje y Rose había dispuesto dos mantas dobladas en el interior y una cesta con bocadillos. Valentine le entregó a Abigail unas cuantas novelas que colocó a su lado.

—Si necesitas algo, lo que sea, házselo saber a Julio —repitió Wolf por enésima vez.

—Lo haré. —Lo abrazó y ambos se besaron de nuevo. Subió y tomó asiento entre Abigail y el cochero. Julio y el otro hombre cabalgaban al lado de la carreta.

Hacía una tarde bastante agradable. Los rayos del sol se filtraban por entre las ramas de los árboles haciendo brillar las hojas que giraban al compás del viento. Los pájaros cantaban y de vez en cuando alguna liebre atravesaba el camino.

Valentine había pensado leer, de hecho había cogido una de las novelas y la sostenía sobre su regazo, sin embargo se había quedado mirando, absorta, el paisaje. La tranquilidad que destilaban los campos, las tierras, antes doradas, ahora lucían verdes y húmedas esperando ser cultivadas. Un grupo de pájaros revolotearon asustados en la copa de un árbol y lanzaron el vuelo con frenesí.

Se sobresaltó al escuchar un disparo. El cochero maldijo y azuzó a los caballos para que la carreta corriese más aprisa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, asustada.

Abigail gritó. Por el lado derecho de la carreta aparecieron dos jinetes con las caras cubiertas con pañuelos. Se oyeron más disparos.

—¡Agárrense fuerte! —vociferó el cochero, que observaba sobre su hombro a los bandidos que galopaban por su lado del camino.

Valentine vio caer a Julio al suelo. Chilló horrorizada. El conductor también fue alcanzado en el brazo por un disparo y ella se apresuró a coger las riendas. Si no lograba detenerlo iban a morir todos. Al final consiguió aminorar la marcha hasta parar la carreta.

Un sujeto, con un sombrero de ala ancha que cubría sus ojos, miró a las mujeres con frialdad. Su cara estaba tapada con un pañuelo. Valentine lo reconoció a pesar de todo.

—¿Te has vuelto loco?

Él tendió una mano hacia ella, quien se la apartó con un golpe.

—Baja.

—¡No!

Trevor soltó una carcajada. Con un rápido movimiento la atrapó. Abigail gritó y también fue sacada de la carreta por la fuerza.

Valentine observó a los bandidos. Todos ellos llevaban los rostros cubiertos. Volcó su mirada en Omar y le chilló, furiosa.

—¡Roba todo lo que puedas y lárgate de aquí!

Descubrió el cuerpo de Julio tendido en el suelo y echó a correr hacia él. Apenas dio dos pasos en su dirección, Omar la empujó con ferocidad. Cayó con fuerza en el suelo. Volvió a chillar. Esta vez de dolor al sentir como la tierra le raspaba las palmas de las manos y las rodillas. Con lágrimas en los ojos levantó la mirada para observar a Julio. No se movía. Volvió la cabeza hacia Trevor, que se había inclinado sobre ella.

—¡Eres un asesino! —Sollozó.

El francés, mirándola con desdén, le cruzó la cara de una bofetada.

—No te quiero oír ni una sola palabra, ¿entiendes? —La tomó de los cabellos con potencia hasta hacerla gritar—. ¿Te he preguntado si lo entiendes?

Ella asintió. Se pasó la mano por los labios cuando él la soltó. Unas gotas de sangre mancharon sus guantes de color crema. Escuchó llorar a Abigail, aterrada.

De un rápido vistazo intentó ubicar al chófer. Estaba tendido en la carreta de una forma muy grotesca. Al otro hombre que viajaba con ellas no lo encontró.

—¿Qué hacemos con esta? —preguntó uno de los hombres que rodeaba el cuello de Abigail con su brazo.

—Me da igual —respondió Omar—. Coger de la carreta lo que creáis que tiene valor. Soltad los caballos y dejad a estos aquí. —«Estos» eran los cuerpos de Julio y el chófer. Omar miró a Valentine, que se estaba incorporando—. Tú vienes conmigo.

—¿Por qué haces esto?

La cogió del brazo sin miramiento alguno. Entre empujones, y a pesar de su resistencia, logró llevarla hasta su caballo. Ello gritó endemoniada hasta el mismo momento que fue depositada a lomos del animal. Entonces se asustó. Cerró los ojos y se aferró a las crines con desesperación.

Trevor subió tras ella y rodeó su cintura con firmeza.

—Wolf te matará por esto y yo me alegraré —siseó.

Omar se deslizó el pañuelo de la boca hasta dejarlo en el cuello y le propinó un mordisco en un hombro. Ella rompió a llorar de nuevo. Nunca había pensado que Omar fuera tan cruel. Parecía que disfrutaba haciéndole daño.

Se mantuvo quieta el resto del trayecto, gimoteando en silencio. Orando por que su bebé no saliera mal parado de todo aquello.

Pasado un largo tiempo, dos horas o tal vez menos, Valentine comenzó a relajarse un poco.

—¿Por qué haces esto? —Se atrevió a preguntarle en un hilo de voz. No quería dejarle ver lo asustada que estaba. Mucho menos que pensase que la tenía dominada del todo.

En respuesta recibió una escueta carcajada. Su aliento apestaba a cerveza y a tabaco.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —insistió.

—Llevar a cabo mi venganza.

—¿A qué venganza te refieres? Wolf no te robó nada, si es eso lo que piensas. Tú y yo no nos podíamos casar. Tú ya lo estabas.

—Te dije que tenía problemas —susurró él junto a su oído—. Pues ese era mi principal problema.

—Pero ahora ¿qué más da? Yo ya estoy casada...

Omar le propinó un golpe en la cabeza con la suya.

—¡He dicho que no quiero oírte! Relájate, que aún falta un rato en llegar.

—Eres peor que un animal.

—¡Que te calles ya! —siseó furioso.

Los caballos no siguieron ningún sendero en particular y fueron ascendiendo hacia las colinas. El terreno era muy escabroso, difícil, y el sol se había ido escondiendo con lentitud. Atravesaron un estrecho riachuelo y llegaron a una explanada. Allí se detuvieron y desmontaron.

Omar volvió a cogerla del brazo y la obligó a caminar por una cañada llena de rocas. Las paredes eran tan altas que tapaban la poca luz que quedaba.

—Seguro que no pensabas que nos íbamos a ver tan pronto, ¿verdad?— se mofó él.

—No entiendo qué es lo que quieres.

—Tu dinero, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a querer? Siempre ha sido el dinero. A pesar de tus dudas nos habríamos casado, tu abuelo hubiera sufrido un grave accidente y *prêt!*, quiero decir ¡listo!

—¿Pensabas matar a mi abuelo? —dijo casi sin aliento.

—Y a ti también. No hubieras sufrido. Pero claro, mis planes tuvieron que cambiar en cuanto apareció el rancho. No le culpo, ojo. He visto el rancho y yo hubiera hecho lo mismo. Además, he oído decir que le gustas bastante ¿Cuánto crees que me dará por ti?

Valentine sollozó.

—Si algo le sucede a Wolf te mataré.

Él la ignoró.

Llegaron a un campamento iluminado por varias fogatas. Había algunas carretas y tipis fabricados en piel. Omar saludó a otro hombre. Uno muy grande y fuerte de aspecto temible. Sus manos ásperas rodearon las muñecas de Valentine con una cuerda. Después, Omar la arrastró tras él. Valentine tragó aterrorizada al ver a unos cuantos indígenas que vestían de manera extraña. Todos parecían peligrosos. También había algunas mujeres que estaban cocinando en una de las hogueras.

—¿Que hace ella aquí?

Valentine abrió los ojos con sorpresa al identificar la voz de Jane. La buscó con la mirada. Corría hacia ella y, cuando estuvo a la altura, la empujó brutalmente. Si Omar no la hubiese apartado a tiempo Jane le habría sacado los ojos.

—¡Estate quieta! —la ordenó—. ¿No te irás a poner celosa ahora, verdad?

Valentine pasó la vista de uno al otro sin saber qué decir. Jane iba engalanada, lista para acudir a una fiesta. Tenía un vestido verde de tafetán que brillaba con los reflejos de las hogueras y las antorchas que se encontraban dispuestas en diferentes puntos del campamento. Llevaba el cabello recogido sobre la coronilla y los bucles caían gruesos acariciando su cuello.

—No, Jane —gimió desolada—. No te dejes engañar por él. —Conocía todos los gestos de Omar para hacer que una mujer sucumbiese a su control. Esos mismos gestos los había usado con ella.

—¡Ya está bien! ¿Cuántas veces he dicho ya que no quiero oírte? —Omar, cansado de la desobediencia de Valentine, le propinó un puñetazo en el mentón y la dejó sin conocimiento.

—¿Por qué tenías que traerla aquí? —preguntó Jane siguiendo a Omar. Él había dejado a Valentine dentro de uno de los tipis.

—Deja de quejarte. Esto es más seguro para nosotros.

—¿Más seguro?

Él se detuvo en seco y se giró hacia ella. Le pellizcó con suavidad en la mejilla.

—Debes confiar en mí, Jane.

—¿Has pedido el rescate?

—Aún no he podido hacerlo. ¿Te he dicho que te ves hermosa?

Omar consiguió que ella le sonriese.

—Me he vestido así para ti. Y perdona si me he puesto un poco... quisquillosa. Solo deseo que mi hermano te dé el dinero y nos podamos marchar de aquí para siempre.

Él pasó su brazo sobre el hombro femenino.

—Te prometo que iremos a las mejores reuniones que hayas ido nunca. ¿Te he hablado de las fiestas de Italia? Los colores, las máscaras... Te llevaré a Italia.

—Italia me gusta. ¿Y Francia? ¿También me llevarás a Francia para conocer a tu familia?

Él asintió con los dientes apretados. Alzó sus ojos verdes hacia el cielo.

—Algún día.

Capítulo 22

Valentine abrió los ojos y lo primero que hizo fue buscar a Jane. Sabía que su oportunidad estaba en convencerla de que debía ayudarle a salir de allí. No reconoció el sitio donde estaba. Imaginó que se trataba de una de las tiendas de piel. Casi todo estaba a oscuras, excepto por la débil luz dorada que penetraba por uno de los lados. Fuera no se escuchaba gran cosa más que algún murmullo de vez en cuando.

Trató de incorporarse y se dio cuenta de que sus manos seguían atadas. Rodó un poco de costado hasta que logró sentarse. Le dolían las piernas, las manos y la cara. Recordó que Omar le había golpeado con fuerza. Movi6 la boca de un lado a otro. Por lo menos no tenía rota la mandíbula.

Agachada, camin6 hacia la luz. Por all6 deb6a ser la salida. Se asom6 sin atreverse a respirar si quiera. Todo estaba en silencio y parec6a que dorm6an. Alejado un poco de una de las hogueras crey6 ver a un hombre vigilando entre las sombras. En silencio lo observ6 durante varios minutos al tiempo que trataba de soltarse las cuerdas de las muñecas. El nudo estaba bien atado y no ten6a la intenci6n de ceder.

El vigilante se acerc6 a una roca y se sent6 con la espalda apoyada en ella. Dej6 descansar una escopeta sobre su regazo. Sab6a que si sal6a 6l iba a descubrirla. Con un hondo suspiro regres6 sobre las mantas en las que hab6a despertado. Durante horas estuvo escuchando todos los movimientos del campamento hasta que, sin quererlo, se qued6 dormida.

—Despierta —sinti6 que alguien la golpeaba en un pie. Abri6 los ojos. Al principio algo desorientada. Despu6s vio que Omar se inclinaba sobre ella y la observaba, fijo.

—Su6ltame, por favor —rog6 mostr6ndole las cuerdas.

6l coloc6 un dedo sobre la soga y tir6 de ella comprobando que estuviera bien atada.

—No —sonri6.

Valentine no pod6a entender, vi6ndolo en aquel momento, por qu6 un d6a le hab6a parecido agradable y guapo. El Omar que estaba ante ella no ten6a nada de eso.

—¡Eres cruel!

—¿No te has dado cuenta todav6a de que aqu6 soy yo el que manda? ¿De que soy el rey?

—¿El rey de qué? ¿De unos pobres delincuentes que se están ganando la orca solo por salvarte a ti el pellejo?

—Me gustabas mucho, Valentine. —Se sentó sobre una butaca pequeña—. Creí que estabas enamorada de mí. Sin embargo, fue aparecer el ranchero y... me abandonaste.

—Las cosas no fueron así. No quisiste hablar con el abuelo, él quería escucharte y conocer tus motivos.

—¡Quería que nos casáramos pronto! Pero nadie puede obligarme a hacer algo que yo no quiera, y ese viejo no iba a ser menos. Además, ahora tú ya sabes que en ese momento justo no podía hacerlo.

—¿Y después qué pasará Trevor? Cuando Wolf te pague el rescate... ¿pasarás la vida huyendo?

—Por eso ahora no te preocupes. Te voy a dar un consejo: olvídate de tratar de convencer a Jane para que te saque de aquí. —Se rascó el cuello—. Ella te odia, y date cuenta de que ese mocosito que crece en tu panza le ha robado todo. Fíjate si te odia, que fue capaz de matar a su propio hijo porque ya no tenía motivos para tenerlo. Pensaba que el tuyo sería el centro de todo.

—Ella no lo hizo por propia voluntad. Tú la convenciste.

—¡Qué más da!, ¿no?

Omar caminó hacia un mueble pequeño y encendió las velas de un candelabro.

—Será mejor que vuelvas a dormir un poco. Aún falta tiempo para que amanezca. —Se acercó a ella, unió otra cuerda a la que Valentine tenía en las muñecas y a su vez la ató a una especie de gancho que había clavado en el suelo—. Así no sentirás la tentación de marcharte. Sé buena.

Cuando él salió, Valentine tiró de la cuerda comprobando lo fuerte que estaba atada. Él se había asegurado bien de que no pudiese escapar.

Paseó los ojos por el tipi. Era un espacio muy amplio ahora que lo veía con luz. El suelo estaba cubierto por una lona roja. Poseía pocos enseres, pero entre ellos descubrió un arma de fuego sobre una mesa vieja y desvencijada llena de papeles. ¡Si tan solo pudiera llegar hasta ella!

Valentine despertó cuando alguien abrió la entrada del tipi dejando pasar un chorro de luz. Una mujer se acercó a ella cargada con una bandeja en las manos.

—¿Tiene hambre?

Ella asintió y se sentó sobre las mantas. Observó como la mujer le ponía la bandeja sobre la base del taburete.

—¡Desátala! —dijo Omar, que ingresaba tras ella—. ¡No intentes nada extraño, Valentine! —Volvió a salir.

Ella asintió y se masajeó las muñecas. Estaba hambrienta. Untó tres panecillos y se tomó un café que sabía horrible, mientras echaba miradas furtivas encima de la mesa. Cuando terminó de

comer, la mujer recogió la bandeja y se marchó. Valentine se abalanzó hacia el arma. Era la primera vez que sostenía una. Wolf tenía varias pero nunca había sentido curiosidad por ellas. Se levantó las faldas y la escondió como pudo entre las enaguas. Con prisa volvió a sentarse sobre las mantas.

Omar no tardó en aparecer. Llevaba el cabello revuelto y los ojos hinchados por el sueño.

—¿Has comido todo?

—Sí. Necesito ir al aseo.

—Aquí no hay de eso, Valentine. —Casi con ternura la cogió de la mano y la ayudó a ponerse en pie. Se acercó con ella hasta la entrada del tipi—. Sigue ese pequeño sendero y verás un riachuelo, pero hazme un favor: no me obligues a ir a buscarte.

Valentine anduvo el camino hasta que dejó de ver el campamento. ¿Y si trataba de escapar? Podía seguir el arroyo para no perderse. Observó el sitio con el corazón encogido. Todo estaba lleno de enormes zarzas.

—¡Valentine! —escuchó a Omar.

Se agachó.

—¡Ya no tardo!

Regresó al campamento justo cuando él iba a ir en su busca. Se paró al verla y le hizo una señal con la cabeza.

—Vuelve a entrar dentro.

Ella obedeció. Jane estaba en el centro del tipi. Vestía una delgada bata de gasa negra que dejaba parcialmente trozos de su piel al descubierto.

—Jane, nos has tenido muy preocupados a todos.

—Estoy bien. De hecho estoy mejor que nunca.

—No conoces a Omar. Él es...

—Sé todo de él, Valentine —se encogió de hombros—, entre nosotros no hay secretos. —Caminó hasta la mesa y apoyó las caderas en ella—. Omar me ha advertido de que intentarás convencerme de que él no es el adecuado para mí porque estás celosa de nuestra relación.

—Eso no es cierto. Yo amo a Wolf. Por favor, Jane, debes ayudarme a salir de aquí.

—¿Por qué habría de hacerlo? Yo nunca quise que Wolf se casara. Pero viniste y me robaste todo. Ahora yo te he robado a ti.

—¿A qué te refieres?

—A Omar.

—Te repito que no lo amo. Lo juro. Yo solo quiero volver a casa. Si me ayudas no le diré a nadie que tú estás aquí.

—Eso no es posible, Valentine. Eres nuestro rehén y Wolf nos pagará por recuperarte. Después Omar y yo nos iremos lejos.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de poco. —La miró de arriba abajo—. ¿Has comido algo?

—Una mujer me trajo café y bollitos, pero necesito más.

Jane la contempló unos segundos. Caminó hacia unas cortinas y se vistió un pantalón de piel y una camisa ancha de hombre.

—¿Y tú abrigo, Valentine? ¿Dónde está?

—Se debió quedar en la carreta.

—Toma, ponte esto —le entregó un largo chaquetón—. Ven conmigo

Valentine la siguió al exterior hasta una de las hogueras, donde había un par de mujeres cocinando.

—¿Dónde estamos, Jane?

—En las montañas. Todo esto está lleno de cuevas. —Cogió un trozo de queso y un mendrugo de pan que le entregó a Valentine—. Siéntate ahí —señaló unas piedras.

Jane también cogió pan y queso y se sentó a su lado. Las mujeres que cocinaban las miraban de vez en cuando sin dirigirse a ellas en ningún momento.

—¿Tardaré mucho en volver a casa? —quiso saber Valentine.

—Espero que no.

—¿Por qué ahogaste al niño?

—Nunca quise tenerlo, pero Wolf no quería ni oír hablar del tema. Le dije que conocía a alguien que podía ayudarme, sin embargo no me hizo caso. Después apareció Omar y me contó cuánto daño le habíais hecho tú y Wolf...

—Jane, entre él y yo no hubo nada nunca.

—Eso no dice Omar. —Se encogió de hombros.

—Pues te ha mentado. Es cierto que flirteamos, pero él nunca tuvo intenciones serias conmigo.

—¿De verdad que es de Wolf el hijo que esperas?

—Sí.

—Si es así entonces se parecerá a él. Mi hijo... iba a parecerse a su padre. Un viejo gordo y nauseabundo. Me arrepentí mucho de estar con él. Sentía asco de mí misma y vergüenza. Por eso no podía tener a ese niño. ¿Lo entiendes?

—Sí. Pero no pienses que Omar es mejor. Él va a engañarte en la primera oportunidad que tenga. Lo conozco, Jane. Hace poco lo vi en el Paso cuando Abigail y yo íbamos al colmado. Él estaba hablando con una amiga tuya. —Esperaba que, aunque Jane no la creyese, al menos pudiese sembrar en ella la sombra de la duda—. Parecían... parecían más que conocidos.

—¿Con Annette?

Valentine asintió.

—Sí, era ella. Los vi desde lejos. Omar vino primero a hablar conmigo, y después se fue con ella.

Jane se pasó los dedos por el pelo y se puso en pie.

—Ven conmigo.

—¿Dónde?

Valentine la siguió de nuevo al tipi.

—Hazme caso. Lo mejor es que no salgas de aquí. Fuera corres peligro, Valentine.

—¿Tú dónde vas?

—Voy a hacer unas cosas.

Como esa vez no tenía cuerdas que le sujetasen podía vagar por el interior de la tienda a su antojo. No había nada que le pareciese interesante. De vez en cuando se asomaba a la entrada a mirar lo que pasaba en el exterior. No podía ver ni a Jane ni a Omar.

Capítulo 23

El capataz del rancho de Kerrick dejó escapar un largo silbido y enseguida dos hombres abrieron la puerta que sujetaba a las reses. Faltaba muy poco para que amaneciese. Hacía frío y todos los peones iban muy bien abrigados, desde la cabeza hasta las botas.

Wolf marchaba sobre su montura atrás del todo. Llevaba el sombrero de ala ancha tapando parte de su cara y la otra parte iba cubierta por un pañuelo oscuro.

El camino se presentaba largo, pero la esperanza de encontrar a Valentine en apenas unas horas le animaba a seguir con más fuerza. Aquella noche sin ella había sido un suplicio. Máxime si tenía en cuenta que debía haber salido la tarde anterior.

—Se acerca Miles —advirtió uno de los hombres que cabalgaba a su lado.

Wolf hizo girar su caballo. Richard, que a última hora había decidido que su padre estaba mejor, y que se unía a él, se detuvo también.

—¿Parece que le ocurre algo?

Miles llegó hasta ellos. Wolf se deslizó el pañuelo bajo el cuello.

—¡Han encontrado la carreta donde viajaba la señora ! Julio está mal herido y el resto se hallaban atados en el interior. Pero la señora no estaba.

Wolf perdió el color de la cara.

—¿Dónde está ella?

—No lo sabemos.

—Llévame hasta la carreta.

Miles le obedeció. Richard y Wolf lo siguieron al galope hasta que divisaron la carreta. Ese camino no estaba muy alejado del que debían seguir ellos con las reses. Este último desmontó nada más ver a Abigail.

—Debieron atacarlos unas horas después de salir —comentó Miles bajando del caballo, tras él.

—Abigail, ¿Cómo está? —Con dulzura se inclinó hacia la mujer. Ella parecía agotada y dolorida. Su rostro se hallaba demacrado bajo una larga cabellera cubierta de plateadas canas.

Abigail rompió a llorar nada más verlo.

—Ha sido horrible. Era ese hombre, Omar Trevor. Disfrutaba haciendo daño a mi niña.

Wolf la abrazó durante unos minutos. Apretaba los dientes, furioso. Iba a matar a Omar así fuese lo último que hiciese en la vida.

—Señor, hemos venido a ayudar en lo que sea —le dijo uno de sus empleados. Varios más llegaban en ese momento montados en sus caballos.

—Abigail, rece mucho por Valentine —le susurró a la mujer antes de apartarse. Se acercó al conductor, que tenía una brecha en la frente y le habían herido en el brazo.

—Dijo que usted recibiría noticias de él. Entre ellos reconocí a Vicent.

—Gracias. Ahora intenta descansar. —Wolf miró a Miles—. Necesito que regreses y le digas Henry que devuelvan el ganado a sus rediles. —Se acercó a inspeccionar la herida de Julio. Le estaban atendiendo junto a la carreta. Estaba grave, pero vivo.

—¿Qué vamos a hacer, Wolf? —preguntó Richard, preocupado—. Esta zona está repleta de cuevas y animales peligrosos.

—Sé que están por aquí, Richard. No les ha debido de dar mucho tiempo para marcharse. —Sus ojos grises pasearon por las montañas—. Voy a recorrer todas y cada una de las cuevas de esta zona si hace falta. ¡No voy a esperar a que ese cabrón decida mi vida! Hazme un favor, lleva a Abigail a la casa y que busquen al sheriff. Julio debe ser atendido con urgencia.

—Yo voy a ir contigo, Wolf.

—Yo puedo llevar a la señora Abigail a la casa —se ofreció alguien.

Wolf asintió. Observó a todos los hombres que se le habían unido en los últimos minutos. Se emocionó y les agradeció su ayuda.

Muchas de las cuevas y grietas eran inaccesibles incluso para los que se conocían bien la zona. Sin embargo, pasadas unas horas, uno de los hombres encontró huellas recientes en el suelo. Eso les dio nuevas esperanzas. Algunos comancheros se les habían unido. Ellos presumían de ser muy buenos rastreadores.

Wolf iba todo el camino en silencio, incapaz de conversar más de dos palabras. Solo pensaba en Valentine y en lo que podría estar padeciendo.

—Señor, venga por aquí. —Un comanchero se le acercó caminando y le hizo desmontar. Instó al resto de los hombres a que guardasen silencio y se ocultasen.

Hasta ellos llegó el murmullo de voces.

—Ese es Benedict —susurró Richard—. Es el primo de Vicent. Al otro no lo conozco.

Vieron como ambos hombres caminaban por la cañada. Wolf comprobó una vez más que su arma estuviese cargada y Richard le imitó. En silencio y escondidos comenzaron a caminar tras ellos.

—Conozco este sitio —dijo el comanchero—. Al final de este camino hay una explanada perfecta para montar un campamento.

—¿Se puede entrar por cualquier otro lado?

—No, esta es la única entrada.

—De acuerdo, voy a ir —dijo Wolf.

Richard le agarró del brazo.

—¿Te has vuelto loco? Hasta que Benedict no desaparezca no podremos acercarnos. Si delatamos nuestra presencia se fortificarán ahí dentro.

—Su amigo tiene razón, jefe.

—No puedo ni imaginar por lo que estará pasando mi mujer en este momento.

—Ahora tenemos que ser prudentes, Wolf. Voy a decir a algunos de los hombres que vayan apostándose por los alrededores.

—Richard, que sean muy cuidadosos. —Observaron que Benedict desaparecía. Wolf se enderezó y sacudió su sombrero de ala ancha—. Escúchame, voy a ir yo solo. Prefiero que te quedes aquí por si necesito apoyo.

—No voy a dejar que hagas eso.

—Ese hombre que se ha quedado vigilando no me conoce. Fingiré que soy uno de ellos.

—No va a funcionar.

—Sí. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Vigila mis espaldas por si acaso.

—Estás loco.

Richard, sin atreverse siquiera a respirar, contempló como el plan de su amigo funcionaba y caminaba por la cañada como si tal cosa.

Wolf se caló bien el sombrero. Andaba despacio, al tiempo que evitaba pisar las piedras sueltas. Todo en él estaba alerta.

Llegó hasta un campamento. No había mucha gente por allí, lo que le indicó que algunos de los moradores habrían salido. Deslizó un pequeño puñal de su bota y lo medio escondió en su muñeca cogiendo el mango en la mano.

—Ey, tú —lo llamó alguien—. ¿Vienes a sustituirme? Llevo aquí todo el día.

—Sí. Me acaban de enviar. —Se inclinó sobre la lumbre y se calentó una mano.

—Estoy deseando poder dormir un rato.

—¡Aprovecha, que creo que esta noche tendremos fiesta! —dijo con voz ronca y peligrosa.

—Pues que Dios nos pille confesados.

Wolf, con una sonrisa fría, lo vio partir. Una mujer se acercó hasta él y le entregó una taza de café que no rechazó. Después se acomodó junto al fuego y, con disimulo, recorrió la mirada por los tipis. Imaginó que Valentine podía estar retenida en alguno de ellos.

Al cabo de unos largos minutos de observar con atención se levantó del sitio. Si quería saber dónde la tenían debía recorrer el campamento, porque no parecía que aquello tuviese mucho movimiento.

Con decisión se fue directo hacia uno de los tipis. Introdujo la cabeza en él. Había muchas sombras como para ver con claridad. Sacó su machete y entró con todo el sigilo del mundo.

Valentine aguantó la respiración. Sentía su corazón galopando salvaje en su pecho. Hacia escasos segundos, cuando una vez más había mirado por la entrada, había visto al tipo que estaba vigilando junto al fuego, como se levantaba y se dirigía directo hacia ella.

En el interior del tipi no había muchos sitios donde esconderse. Se apostó contra la pared más cerca de la entrada. Si debía huir corriendo, aquel era el mejor lugar para hacerlo. Alguien del campamento, Omar o incluso Jane, podrían ayudarla.

Sacó el arma que llevaba escondida y la sujetó con manos temblorosas. Cuando el individuo ingresó ella le apuntó a la cabeza.

—Si te mueves, te juro que te mato —siseó.

—Si me matas te quedas sin padre para tu hijo —escuchó que decía él. Reconoció su voz enseguida.

—¡Wolf! ¡Wolf!

Él se giró y Valentine se echó a sus brazos.

—Tranquila, mi amor. Todo va a ir bien. —Se apartó de ella para poder observarla. Horrorizado descubrió varios cardenales en su rostro.

—Estoy bien, te lo prometo.

Wolf le palpó el cuerpo, preocupado.

—Vamos a salir de aquí.

—Mataron a Julio y al cochero.

—No están muertos. —Wolf cogió el arma Valentine y después de evaluarla la lanzó al suelo —. Ellos están todos bien.

—¿Por qué la tiras?

—Está inservible. Aunque tuviese munición no valdría para nada. —Wolf recorrió el tipi con largas zancadas.

—¿Qué buscas?

—Necesito que te cambies de ropa. Quiero que te confundan con un hombre. Espera aquí. — Desapareció y pasados unos cinco minutos regresó con prendas varoniles.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó ella con los ojos desorbitados.

—Vístete, por favor. El tiempo apremia.

Ella le obedeció de prisa. Wolf vio la magulladura de su hombro.

—¿Eso es un mordisco?

Asintió.

—Es un salvaje.

—Va a pagar por todo esto.

—¿Estás tú solo?

—Richard espera fuera. ¿Sabes dónde está Omar ahora?

—No. Pero hay algo que debes saber, Wolf. Jane está con él.

—No sé por qué no me sorprende.

—Él le ha convencido de que la ama. —Se colocó la camisa y, mientras se abotonaba, los dedos de Wolf se unieron a los suyos para darse más prisa. Después la hizo levantar los pies y le arrancó de un solo tirón los tacones de sus botas.

—Espero que ella salga bien de todo esto. —Se quitó el sombrero y se lo puso a Valentine ocultando la melena debajo. Fijó los ojos en ella, circunspectos.

—¿Tal mal me veo?

Él agitó la cabeza y la estrechó entre sus brazos. La besó en la boca con urgencia.

—Dios, he pasado un miedo terrible, Valentine.

Ella alzó sus ojos azules hasta él.

—No he dudado ni por un momento que vendrías a buscarme.

—Ahora intenta mantener la cabeza inclinada.

Salieron del tipi sin hacer ruido y caminaron despacio hacia el fuego. La mala suerte quiso que en ese momento llegaran varios hombres armados, entre ellos, Omar. Wolf obligó a Valentine a que se detuviese frente a la lumbre. Ambos fingieron calentarse las manos.

—No los mires a los ojos —susurró de frente a ella—. A mi señal, me sigues.

Valentine podía ver el duro rostro de Wolf fijando su atención en algún punto tras ella. Tragó con dificultad.

—Ahora. —Wolf cogió su mano y echaron andar de nuevo.

Un sujeto les interrumpió la marcha.

—¡Eh, tú, chico!

Wolf se giró a él arqueando las cejas.

—Le digo a tu amigo.

Valentine se soltó la mano de Wolf y se giró al hombre sin levantar la mirada.

—Ve a buscar a Benedict. Le conoces, ¿verdad?

Asintió.

Wolf forzó una sonrisa.

—Él no habla —cabeceó hacía Valentine. Omar ya se acababa de dar cuenta de que había huido y estaba revolucionando a todo el campamento—. ¿Qué sucede allí? —le señaló Wolf.

—Voy a averiguar. Pero dile al chico que vaya a por Benedict.

—Valentine, necesito que me hagas un favor. Debes seguir por el sendero sin detenerte. Richard está esperándote.

—¿Tú qué vas a hacer? —preguntó con voz temblorosa.

—Vamos a ganar tiempo.

—¿Y si Richard no está? Wolf, me voy a perder.

—Siempre camina en dirección al sol.

—Ven conmigo, por favor —rogó.

—No vamos a tener una mejor oportunidad. Sin ti cerca yo podré defenderme mejor. —Con las manos firmemente sujetas en los hombros de ella la miró a los ojos—. Valentine, te amo.

—No me hagas esto.

Wolf anduvo hacia el tronco de un árbol donde una chaqueta de lana colgaba de un gancho. Volvió hasta ella y le entregó la prenda.

—Vamos, Valentine, márchate ya.

Despacio caminó hacia donde él le había dicho. Sentía como tronaban los latidos de su corazón con cada paso que daba. Buscó de reojo a Wolf pero ya no le vio. Le temblaban tanto las piernas que creyó que se caería antes de poder escapar.

Una vez a salvo de todo, buscó a Richard con ojos ávidos. Pensar que Wolf estaba en peligro la ponía enferma.

—¿Richard? —llamó, a riesgo de ser descubierta. No podía perder tiempo mientras Wolf se hallase cerca de Omar.

Sintió ruidos a su espalda. Se giró y suspiró aliviada al ver a Richard.

—No te había conocido con esas ropas —se disculpó él—. ¿Dónde está Wolf?

—Aún sigue allí. —Le contó de forma rápida cómo la había rescatado. Richard la escuchó en silencio al tiempo que la obligaba a caminar fuera del sendero.

—Vamos a llevarte a casa, Valentine.

Ella se negó en rotundo a marcharse.

—No me voy a marchar de aquí hasta que no salga él.

—El sheriff no va a tardar en venir. Y Henry, junto a algunos de los hombres, está ahí abajo. Debes irte.

—No pienso hacerlo, Richard. No voy a abandonarle.

—Voy a sacarle de ese lugar, te lo prometo. Baja hasta allá y avisa a los hombres. Mantente alejada de aquí. ¿Lo harás por mí? Wolf sería capaz de matarme si te pasa algo.

—Si eso sucede la culpa no sería tuya. —Se quitó el sombrero y se lo entregó—. Voy a bajar para avisarles, pero no me voy a marchar de aquí —repitió terca.

Cerca de un pequeño pinar vio al grupo de hombres que esperaban. Henry se acercó corriendo hasta ella y le puso una manta sobre los hombros. Después la hizo sentar y le ofreció una taza de café. Se congregaron alrededor de ella y escucharon con atención cómo había podido salir del campamento.

Capítulo 24

—¡¿Dónde demonios se ha metido?! —gritó Trevor. Su mirada recorrió los rostros, que, ante los gritos, habían acudido para observarlo. Llamó a una mujer—. ¿Dónde están Jane y la otra?

—Estuvieron por aquí hace bastante, pero luego ya no las vi.

—¿Nadie las ha visto salir de aquí?

—Yo sí que vi salir a la señorita Jane.

—¿Iba ella sola?

—Sí, señor.

Trevor caminó encolerizado hacia el tipi donde debía de estar Valentine.

Wolf observaba de lejos los pasos de Omar. Todavía no le habían reconocido. Que diesen tan pronto la voz de alarma no le venía bien. Pero se alegró de estar allí solo por ver la cara del franchute.

Omar regresó al centro donde todos pudiesen escucharle.

—¿Nadie las ha visto marcharse juntas? —repitió.

—No, señor.

Junto a Wolf se plantó un sujeto que, como él, curioseaba la reacción de Omar.

—Ese tipo no anda muy bien de la cabeza.

—¿Quién? ¿El francés? —preguntó Wolf.

El hombre asintió.

—Es un orate.

—¡La mujer se ha escapado! —dijo uno al llegar junto a ellos—. No puede andar lejos. Vamos a peinar los alrededores.

Todos los hombres y mujeres de campamento se pusieron en movimiento para buscar a la rehén. Wolf podía haber aprovechado para escapar en ese momento de ajetreo y confusión, sin embargo no lo hizo. Su objetivo era Omar, solo que esta vez no se parecía en nada al mismo hombre que había tumbado de un puñetazo en los jardines de los condes de Montesinos. Este era calculador, como si tuviera pensado los próximos cien pasos siguientes.

Lo siguió hasta que vio su oportunidad. Se sacó el machete y, con un rápido movimiento, rodeó el cuello de Omar.

—He oído decir que me estabas buscando —susurró con frialdad junto a su oreja.

—¡Qué diablos! ¿Quién eres...? —Cuando lo reconoció, exclamó—: ¡Wingate!

—Lo has adivinado. —Apretó la hoja del cuchillo contra la garganta y un hilo de sangre descendió por su cuello—. Podría dejar que tuvieras un juicio justo, pero resulta que he visto a Valentine y he decidido que seré yo el que te juzgue. —Le sacó el arma que escondía en el interior de la chaqueta y la lanzó lejos de él. Con fuerza empujó a Omar y este cayó al suelo después de golpearse la cara contra unas enormes piedras.

Omar actuó rápido y lo arrastró con los pies haciéndole perder el equilibrio. Wolf no tardó ni en segundo en recuperarse. Cogió a Omar por el cuello de la camisa y le golpeó la cabeza con la suya. Ambos combatieron, aunque era obvio que Wolf estaba mucho más versado en el tema que el otro. Y durante ese tiempo ninguno de los dos fue consciente de que Richard, junto al sheriff y más hombres, habían tomado el campamento.

Wolf consiguió tener a Omar donde quería, en el suelo suplicando y sollozando. Con solo un movimiento podía haberle cortado el gaznate. En el fondo deseaba hacerlo, pero por otro lado, no era un asesino. ¡Y desde luego tenía que pagar el daño causado!

—¡Nooo! —gritó Jane arrojándose a los pies de Wolf para liberar a Omar.

La entrada en escena de su hermana lo descolocó de tal manera, que no le dio tiempo a reaccionar. Omar se levantó y le pateó en la boca del estómago.

Llegó Richard y, sin mediar palabra, aplastó con su puño el tabique del francés. Omar quedó de rodillas sobre el suelo, aullando y sangrando como un cerdo.

Wolf se incorporó agradeciendo a Richard su intervención. Por el rabillo del ojo descubrió que Valentine también estaba allí. Le abrió los brazos y ella se cobijó en ellos.

—Te dije que te marcharas. —La besó en la boca y observó por primera vez como el campamento había sido tomado.

Los ayudantes del sheriff iban de un sitio a otro inspeccionándolo todo. Se llevaron a Omar y a Jane.

—Él va a pasar mucho tiempo encerrado —dijo Richard—. También se llevan a Vicent y a los otros.

—¿Y los nuestros?

—Todos están bien.

Wolf miró a Valentine a los ojos.

—¿Por qué no te fuiste? —insistió.

Valentine frunció el ceño al devolverle la mirada.

—Porque no quise.

Sonrió satisfecho.

—Vámonos de aquí, ha sido un día agotador.

Richard emprendió la marcha por delante de ellos cruzando unas palabras con Henry. Valentine respiró hondo.

—¿Sabes lo que me apetece, Wolf?

—¿Un buen baño?

Ella rio.

—Pasar una larga temporada en La bella Helena.

—¡Se ha escapado! —gritó alguien—. Omar se ha escapado.

—¿Cómo es posible? —inquirió Wolf.

Varios hombres corrieron montaña arriba. Omar iba por delante de ellos, trepando por las rocas. Alguien le disparaba pero el hombre se movía muy deprisa.

—Valentine, quiero que regreses a casa, yo me quedaré a buscarlo. Richard, que la lleve alguien...

—¡No! ¡Que lo detenga el sheriff! —exigió ella.

—No voy a parar hasta no verlo tras las rejas. ¡No me fio de él! Va desarmado y te prometo que no pasará nada. Nosotros nos conocemos esto. Hemos nacido en estas tierras, por eso no fue demasiado complicado encontrarte. —No le habló del factor suerte que habían tenido—. Quiero que descanses en casa. —Acarició su barriga con ternura—. Por favor, Valentine, hazlo por mí.

—¿Me prometes no tardar mucho?

—Te lo juro.

Wolf la guio hasta uno de sus hombres y cuando la vio segura se lanzó en la búsqueda de Omar junto a los demás.

Valentine abrazó a Abigail con fuerza y lloró descargando toda la tensión que había vivido desde la noche anterior. Dejó que el doctor la reconociera y, un buen rato después, se hallaba en el salón relatando a los sirvientes lo que había ocurrido.

Le habían aconsejado descansar y dormir un rato, pero las emociones habían sido tan fuertes que cada vez que cerraba los ojos veía el cruel rostro de Trevor y se despertaba empapada en un sudor frío.

Por fin llegó, Wolf acompañado de Richard y algunos jornaleros.

—¿Lo habéis cogido? —preguntó acercándose a ellos nada más entrar en la galería del rancho.

— Sí. Ya está en una de las celdas del El Paso.

—¿Cómo se pudo escapar?

—Un descuido. Pero no podía ir muy lejos. Voy a subir a cambiarme. Necesito hablar con Jane.

Valentine subió al dormitorio detrás de Wolf. Él se lavó con el agua de la jofaina y se puso ropas limpias.

—Deberías descansar.

—En cuanto acabe esto, te lo prometo. ¿Ha venido el médico?

—Si —afirmó—. Ha dicho que soy una persona fuerte. —Se sentó sobre la cama y tragó saliva—. Llegué a pensar que no te volvería a ver nunca más.

Wolf se acercó y, con delicadeza, le alzó la barbilla.

—Jamás dejaré que te pase nada, Omar pagará por todo. Pasarán muchos años antes de volver a saber nada de él.

—Eso espero. Parece que desde que lo conocí todo han sido problemas tras problemas. ¿Nos dejarán vivir en paz de una vez?

—Confío en que sí. —La besó en la frente—. Voy a seguir todo esto desde cerca. No me fío mucho del sheriff. No me da buena espina.

—Eres igual que Abigail. ¿Piensas que pueda estar compinchado con Omar?

—Piensa mal y acertarás. Pero sí —asintió—. Tengo una ligera sospecha.

—¿Qué pasará con Jane?

—No lo sé. A estas alturas creo que ya no me importa mucho. Asesinato, complicidad en un secuestro, extorsión para pedir un rescate... ¡No creo que le vaya muy bien!

—Me da pena —susurró.

—A ella no le dio pena hacer nada de lo que hizo. Su maldad nació antes de conocer a ese hombre.

—Se juntaron el hambre con las ganas de comer —arguyó, dándole la razón. Aun así, era especialmente penoso saber que una mujer tan joven y bella como Jane pasaría el resto de su vida encerrada en algún sitio. Era obvio que no andaba muy bien de la cabeza—. ¿Qué sabes de tu padre?

—Nada. Estará por ahí durmiendo la mona. Lo más seguro es que no se haya enterado de nada. Nunca ha estado en los momentos importantes.

—¿Y Petter? ¿Podría trasladarse a vivir con nosotros?

Wolf se detuvo antes de colocarse un oscuro pañuelo de seda al cuello.

—Pensaremos en ello. Pero ahora no. —Se acercó a ella y se arrodilló para hundir durante unos minutos la cabeza en su regazo.

—No sabemos cómo se puede sentir Petter —insistió Valentine enterrando los dedos en su cabello—. Sé que hay muchas cosas importantes que debes hacer, pero creo que deberías hablar con él, Jane es su hermana también y en cierto modo es como si fuera su madre, ella lo crió... — Valentine se inclinó para besarle la coronilla—. Podríamos hacer un libro con todo lo que nos ha pasado —suspiró—, lástima que no soy escritora. ¿Crees que debería avisar a mi abuelo?

Wolf levantó la cabeza.

—Desde luego se pondrá feliz al saber que ese hombre ya no puede hacer nada más. Con respecto a mi hermano, tienes razón. Hablaré con él en cuanto regrese.

Le acarició la mejilla y trató de sonreír:

—Será mejor que te marches ya, Richard te espera y de seguro que está tan cansado como el resto.

—Tienes razón. ¡No sé qué habría hecho sin Richard!

—Es un buen hombre —asintió tomando la mano que Wolf le tendía para que se levantara. Lo acompañó de nuevo hasta el vestíbulo.

Rose había servido café caliente entre los hombres que esperaban abajo. Wolf aceptó una taza, que bebió con prisas, y poco después todos se marcharon de nuevo.

—Tengo unas ganas de que todo esto se acabe de una vez... —dijo Valentine, cogiendo el brazo de Abigail con afecto.

—Un poco de tranquilidad nos vendría de perlas.

Los pasos de Rose acercándose al salón —arrastraba los pies al hacerlo— ya eran reconocibles.

—Señora Wingate, una dama y un caballero desean hablar con usted.

—¿Los conoce de algo? —Valentine soltó a Abigail y caminó hacia la ventana por si podía ver desde allí a las visitas.

—No, señora. No creo que sean de aquí, tienen un acento peculiar.

La joven alzó las cejas, extrañada.

—¿Y quiénes son?

—No me han dicho su nombre, solo que querían ver al señor; como les dije que no estaba, quieren hablar con usted.

Valentine intercambió una mirada con Abigail.

—Yo iré a averiguar —contestó Abigail a su silenciosa pregunta—. ¿Dónde están?

—Los dejé en el porche.

Abigail regresó unos minutos más tarde, su rostro había perdido todo el color y sus ojos brillaban con la sorpresa de que algo gordo ocurría.

—Es la señora Martha Trevor y el señor Arnulf Trevor de Charne. El padre de ese hombre y la esposa.

—¿La madre de Omar?

—La esposa de Omar —afirmó Abigail frotándose las manos, nerviosa.

Valentine se llevó una mano a la boca. Miró a Abigail, desconcertada.

—¿Qué quieren? —preguntó en un susurro—. ¿Qué hago, Abigail? Esa gente no es bien recibida en mi casa.

—¿Les digo que vengan cuando esté el señor?

Valentine suspiró con fuerza un par de veces. Sacudió la cabeza.

—Espera. Voy a zanjar este asunto de una vez por todas. Hazlos pasar aquí. Yo voy un momento a mi dormitorio y regreso enseguida.

—¿Qué vas a hacer, niña? —preguntó, intrigada.

Valentine no contestó. Fue al dormitorio y cogió una pequeña arma que Wolf guardaba en el

cajón de la mesilla. Una vez le había dicho que siempre estaba cargada. La metió en el bolsillo de sus anchas faldas. Se detuvo ante el espejo del corredor retirándose el pelo de la cara y observó las magulladuras. Tenía el mentón hinchado. Sintió que era otra persona quien le devolvía la mirada y no ella misma. Tomando aire con fuerza, descendió tranquilamente por la escalera.

Desde luego esa serenidad era completamente fingida. Su corazón había adquirido una velocidad increíble y su boca se había secado, así como las palmas de sus manos sudaban. Pero ella era la señora de aquella casa e iba a poner los puntos sobre las íes. Estaba cansada de vivir en una ruleta rusa.

Los dos ocupantes de la sala se giraron a observarla, levantándose de sus respectivas sillas. Valentine los estudió con ojo crítico. El hombre era un clon de Omar veinte años mayor. Sus mismos ojos. Su cabello rizado seguía siendo rubio, a pesar de las muchísimas canas. La dama era una mujer también rubia, pero de un bonito y elegante tono platino. Sus ojos eran oscuros, y sus cejas, rectas y sin formas.

—Madame Wingate. ¿Hemos venido en mal momento? ¿Ha sufrido algún accidente?

El hombre se acercó extendiendo la mano hacia ella.

—Discúlpeme, caballero, tengo mucha prisa. —Valentine ignoró deliberadamente su saludo y su pregunta—. ¿A qué han venido?

—No queremos molestar. Por favor, deje que nos expliquemos —pidió la mujer—. Mi nombre es Martha y venimos a advertirle de algo terrible.

—Siéntense, por favor —les ofreció. Ella también lo hizo—. El señor Trevor nos ha causado bastantes problemas —advirtió con frialdad—, de modo que no voy a tolerar ninguna impertinencia más.

Los visitantes se miraron confusos.

—¿Mi hijo ya ha hablado con ustedes? —le preguntó Arnulf inclinándose ligeramente en la silla.

—¿Hablado? ¿Está viendo usted mi rostro, señor? No parece que haya habido mucha conversación normal entre nosotros —negó Valentine—. Robó diligencias y ganado. Me secuestró...

—¿Qué? —Martha se puso en pie con nerviosismo—. ¿Cuándo?

—¿No están aquí por eso? —Valentine se sorprendió—. Omar está en la cárcel del Paso.

Por sus gestos, Valentine adivinó que no tenían ni idea de lo que les estaba diciendo.

—Díganme, ¿por qué han venido? —insistió.

—Recibimos una extraña notificación de Omar —explicó Martha volviendo a sentarse—. Hablaba de que pronto conseguiría el dinero que sus acreedores le exigen. Verá, mi esposo y yo no nos llevamos bien, pero hasta hace unos años guardábamos las apariencias. De repente, aproximadamente este verano, dejó de acudir a visitarnos diciéndonos que tenía un supuesto trabajo. El señor Trevor —señaló Arnulf con la cabeza— mandó investigar a Omar para saber en

qué andaba metido. Nos llegaron noticias sobre su... relación...

—¡Espere! —Valentine levantó la mano. ¡Aquello era el colmo!—. Omar y yo nunca hemos tenido una relación. Es cierto que nos conocemos y que coincidimos varias veces. Me engañó cuando pensé que me pretendía. —Agitó la cabeza al recordarlo todo nuevamente, esperaba que aquella vez fuera la última—. Cuando mi abuelo quiso hablar con él no lo consiguió y yo me prometí con el que ahora es mi esposo. Señora Trevor, lamento que tenga que escuchar todo esto. —Les narró lo del hotel y sobre sus encuentros hasta la fecha.

—Parece ser que mi hijo se obsesionó primero con su fortuna, y al no conseguirla...

—Sí, así es —le interrumpió Valentine—. Casi mata a Julio, uno de los hombres de mi marido. Va a necesitar un milagro para salir de allí.

—*Mon Dieu!* —El hombre se llevó las manos a la cara y Martha se acercó hasta él para posarle las manos sobre los hombros en señal de apoyo. Daba la sensación de estar a punto de sufrir un colapso.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada. —Arnulf suspiró y levantó la cabeza—. Deberá pagar por lo que ha hecho.

Durante unos minutos los visitantes dialogaron en francés, pero cuando Valentine carraspeó, se disculparon enseguida.

—Hemos llegado tarde a avisarles. No sabe cuánto lamento el daño que mi hijo ha causado. Siempre fue un niño alegre, revoltoso...

—*N'est pas vrai!* ¡No es cierto! —le interrumpió Martha—. Omar era un mujeriego desde bien joven. Las matronas le temían y no dejaban que se acercara a sus hijas, e incluso yo misma cuando nos impusieron este matrimonio... —Miró a Arnulf como si hubiese tenido algo que ver con ello—. ¡Me gustaba como hombre! ¿A quién no? Omar es un crápula, un interesado, y con sus encantos ha conseguido siempre lo que ha querido. Pero nunca en su vida ha sido sincero con nadie, ni siquiera contigo, Arnulf, y lo sabes. En la escuela era un ladronzuelo.

—*J'accepte*, de acuerdo, tienes razón. No le presté la atención necesaria cuando debía y ha hecho siempre lo que ha querido. —Se volvió hacia Valentine, que seguía escuchándolos—. Todo empeoró cuando le desheredé. Dejó de hacer sus apariciones y, aunque en un principio nos sentimos a gusto sin saber de él, por otro lado nos preocupaban las fechorías que estuviera causando. Fue ahí cuando averiguamos lo que estaba ocurriendo.

Valentine se puso en pie.

—No sé qué decirles. Si me hubieran avisado de todo esto antes, posiblemente no les hubiera creído. —Los acompañó hasta la salida—. Les pediría que se queden a cenar pero la verdad es que a mi marido no le iba a gustar nada... y tampoco creo que sea conveniente. Además, estamos teniendo unos días horribles por culpa de Omar. ¿Dónde se alojan?

—Hemos venido directamente desde Nueva York, esperábamos haberla encontrado allí, y aún no hemos tenido tiempo de buscar un lugar donde dormir.

—Les recomiendo que se acerquen a la ciudad. Allí hay varios hoteles.

—¿Sabe si lo van a juzgar aquí? —preguntó Martha.

Valentine se encogió de hombros.

—Lo que pase a partir de ahora no me concierne en absoluto

—¿Le importa si venimos a hablar con su esposo otro día? Me gustaría disculparme en nombre de mi hijo, aunque eso no sirva de mucho en estos momentos.

Valentine casi sintió compasión por ellos. Asintió. Cerró la puerta después de verlos partir en un lujoso y elegante carruaje negro.

—Pobres personas —comentó Abigail detrás de ella, agitando la cabeza apenada.

—¿Lo has oído todo? —Se volvió a mirarla curvando una ceja.

Abigail asintió.

—No podía quedarme lejos sabiendo que estabas con ellos. Hemos pasado tanto por culpa de ese hombre que ni siquiera me fio de la familia y veo culpables hasta donde no los hay.

—Tienes razón, Abigail, a mí me pasa lo mismo. —Rodeó la cintura de la mujer en un apretón cariñoso.

Capítulo 25

Era bastante tarde, y después de pasar el resto del día descansando, dispuso que sirvieran la cena. Había estado esperando por si Wolf aparecía para compartir con él una tranquila velada, pero desde hacía un rato su estómago había cobrado vida por voluntad propia y sentía que si no metía nada en el buche se desmayaría sin más.

Tomó asiento en la larga mesa del comedor y, mientras despachaba una sopa, charlaba con Abigail, que se había instalado a su derecha. La mujer ya había cenado y solo estaba allí por acompañarla.

—Estás agotada, Abigail. Vas a quedarte dormida. Deberías marcharte a descansar. Yo, en cuanto termine, me voy a retirar también.

—No, niña, te espero.

—Nada de eso. —Retiró la servilleta de su regazo y se levantó—. Te llevo a tu habitación.

De camino otra vez al comedor descubrió a Rose y a la cocinera discutiendo. En cuanto la vieron se fueron cada una por un lado. Se prometió hablar con ellas cuando pudiese. Se pasó la mano por el incipiente vientre. Estaba a punto de entrar en el cuarto mes de embarazo y todavía apenas se le notaba.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Wolf parado delante de la mesa—. Pensaba en ir a buscarte.

—He ido... —señaló al corredor y agitó la mano—. Qué más da. ¿Cómo estás? ¿Has podido solucionar algo?

Wolf se sentó y dejó que Valentine le sirviese sopa.

—Con Jane, nada. No ha querido verme.

—Ah. ¿Y con...?

—Sí, con él sí. Pero no tiene sentido nada de lo que dice. Creo que ese hombre no rige muy bien.

Ella se sentó a su lado y le contó que la esposa y el padre de Omar habían estado allí. Rose los interrumpió para decirles que el sheriff acababa de llegar.

Wolf se puso en pie para recibirle.

—Disculpen las molestias. Sé que ha sido un día agotador.

—No se preocupe. ¿Nos hemos olvidado de hablar algo? ¿Quiere compartir nuestra mesa?

—No, gracias, beberé un poco de agua si no les molesta. Y me... sentaré...

—Adelante. —Wolf le alcanzó el vaso de agua.

—Señor Wingate —comenzó a decir, vagando la vista sobre la mesa—, ¿ha dado usted alguna clase de orden para que vigilen mis oficinas?

Wolf sacudió la cabeza y volvió a tomar asiento.

—No. Pero ese hombre que tiene entre rejas ha hecho demasiadas cosas a muchas personas, a mí incluido, y nadie desea que pueda ocurrir cualquier percance.

—Cierto, pero tenemos hombres suficientes que pueden hacerse cargo de eso. La gente... debería confiar un poco más en nosotros.

Wolf lo miró con frialdad.

—¿Le sirvo un poco más de agua? —preguntó Valentine, tratando de enfriar un ambiente que parecía caldearse por segundos.

—Eh... si, gracias.

Valentine solo lo había visto en un par de ocasiones. Era un hombre joven y apuesto, de cabello castaño y ojos claros. Alto. Casi tanto como Wolf.

—Supongo que lleva razón. ¿Es eso lo que le ha traído hasta mi casa, ahora? —le preguntó extrañado.

—No. Solo he venido a informar en persona de mi próximo traslado. Ayer mismo me llegó una notificación de Austin. Van a enviar a alguien para que ocupe mi lugar aquí.

—¡Vaya, no sabía que tenía intención de marcharse!

—Y no la tengo. Yo no he pedido nada.

—¿No le han dado explicaciones?

—Esperaba que usted supiese algo.

Wolf frunció el ceño.

—No sé a qué se refiere.

—¡Wolf, usted o Richard son los que han hecho que me destinen a otra ciudad! —dijo exaltado.

—¿Tiene pruebas de lo que está diciendo?

El sheriff se puso en pie y, antes de que nadie se diese cuenta, sacó su arma de la pistolera. Apuntó al anfitrión al pecho.

Valentine ahogó una exclamación y dio varios pasos hacia Wolf. La mano con el revólver se dirigió a ella.

—No se mueva por favor, señora. —Miró a Wolf y otra vez volvió a apuntarle—. Sé que han sido ustedes —repitió enojado—. Apártese de la mesa.

—¿Qué pretende hacer?

—Lo que teníamos planeado en un principio. Señora —tendió la mano libre hacia Valentine—, necesito que me dé sus joyas.

—¿Me quiere robar?

—Por favor... no se demore.

—Valentine, haz lo que te dice. —Wolf había levantado ambas manos y no quitaba la vista del sheriff.

Ella se quitó los pendientes y la gargantilla que llevaba al cuello. De mala gana se lo entregó.

—Imagino que tiene más. —El sheriff se lo guardó todo en el bolsillo de su chaqueta. Anduvo hasta las cortinas y arrancó las abrazaderas—. Até a Wolf con esto.

Ella le obedeció con manos temblorosas.

—Pero apriete fuerte, que no soy estúpido. —Valentine miró a Wolf y él le hizo una señal con la cabeza para que le hiciese caso—. Ahora dé unos pasos atrás.

El sheriff se acercó a comprobar que las ligaduras estuviesen firmes.

—¿Qué va a hacer después de robarnos? —inquirió Wolf.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Valentine. Wolf no parecía preocupado. Al contrario. Su forma de mirar al sheriff era provocadora y temeraria.

—Bueno, no tienen que temer nada. No pretendo hacerles daño.

—¿Sabe que lo buscaré?

El hombre asestó un puñetazo en el abdomen a Wolf. Este se dobló en dos.

—¡Por favor! —suplicó Valentine. Corrió para ayudar a que Wolf se incorporase—. No tiene que hacer esto.

—Será mejor que no levante la voz, y apártese de él.

—Haz lo que te dice —susurró Wolf.

Ella volvió alejarse. El sheriff la estudió con atención. Una mirada que el propio Wolf no pasó por alto.

—Si te acercas a ella eres hombre muerto.

—¿Cuándo te darás cuenta de que yo llevo el control, y no tú? No estás en posición de amenazarme. Sería una lástima que nunca llegases a conocer a tu hijo.

Valentine los escuchaba con el corazón golpeando a mil. Recordó el arma que guardaba en su bolsillo y de la que aún no se había deshecho tras la marcha de los parientes de Omar. Aferró la culata con fuerza.

—Necesito saber algo —dijo Wolf captando toda la atención del sheriff—. Formas parte de la banda del franchute, ¿verdad?

—Me gusta el dinero, y cuando ese tipo me ofreció parte de sus ganancias, no pude rechazarlo.

Wolf se echó a reír.

—Él va a delatarte.

—Soy consciente de ello. Por eso debo salir del país cuanto antes, y no me importa si debo cargar con tu muerte.

—Te pasarás la vida huyendo.

El sheriff se encogió de hombros.

—Es posible. Uno nunca sabe.

Los ojos grises de Wolf rodaron hasta el atizador de la chimenea. Tanto el sheriff como Valentine siguieron su mirada.

—No lo vas a lograr, pero quiero decirte que admiro tu valentía. —Sacó un reloj y miró la hora.

Wolf frunció el ceño.

—¿Estás esperando a alguien?

Antes de que el hombre pudiese contestar, Valentine se llevó una mano al estomago.

—Me duele mucho —se quejó, inclinándose hacia adelante.

—¡Valentine! —exclamó Wolf quedándose blanco como el papel.

El jinete aminoró la marcha cuando entró en el camino de gravilla. Las oficinas del sheriff estaban iluminadas. En ese momento salían un par de hombres que se dirigían hacia la taberna. Uno de ellos le llamó la atención, pero se olvidó de él nada más desmontar. Anudó las riendas de su montura a la barandilla y entró en la oficina con paso firme.

—¿Hola? —Todo estaba en silencio. No parecía que hubiese nadie—. Soy Richard Flanders. He olvidado aquí antes mi látigo. —Sus ojos lo encontraron sobre la mesa. Lo recogió y se lo colocó en la cintura, como era habitual en él—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

Caminó hacia el interior de la oficina, que se comunicaba con las celdas. Le pareció extraño no ver a nadie.

—¿Sheriff? —Richard apenas empujó las rejas cuando estas se abrieron con facilidad. Por instinto, desenfundó su arma. Ya la había sacado unas cuantas veces aquel día y comenzaba a cansarse.

Descubrió al vigilante atado en el suelo con una mordaza en su boca. Corrió hacia él, preocupado. Cortó su cuerda.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se encuentra bien?

—Trevor se ha ido a casa de Wingate, junto con otro hombre y la señorita Jane.

Richard se golpeó la frente.

—¡Acabo de verlos salir!

—Eso no es todo. El sheriff está compinchado con ellos. Los oí hablar.

—Voy a casa de Wolf, usted vaya a pedir ayuda. Nos vemos en el rancho de Kerrick.

Salió presuroso en busca de su montura. Se acercó hasta los dos jornaleros a los que Wolf les había pedido que mantuviesen vigilada la oficina del sheriff. No se habían dado cuenta de nada, ya que habían confundido a los que acababan de salir con los ayudantes.

Richard puso su caballo a todo galope. Conocía un atajo para llegar al rancho antes de que lo

hiciese Jane. El camino era más complicado, pero en ese momento era su única buena baza.

Se inclinó sobre la cabeza del animal. Podía sentir que las ramas de los árboles y el follaje le acariciaban las piernas infringiendo un castigo que, si bien ahora no notaba, sabía que al día siguiente las marcas de los arañazos en sus pantorrillas y botas se lo recordarían.

Pensaba en la suerte que había tenido de que se le hubiese olvidado el látigo. Había sido un regalo de Isabel. Su Isabel, como se decía mil veces.

Alcanzó el rancho y lo primero que hizo fue ir al pabellón para avisar al capataz y que preparase a los peones por si sucedía cualquier cosa. Mandó a Miles a la casa para que averiguase. Este regresó a los pocos minutos. Jadeaba por la carrera.

—Hay un caballo en la puerta, pero todo parece tranquilo.

—Deberemos estar todos alertas —sugirió Richard.

—Yo me quedaré a vigilar la entrada principal por si aparecen —se ofreció Henry.

Richard asintió y, cuando estuvo todo organizado y planeado, se acercó a la casa para hablar con Wolf. Debía saber que Jane y el francés habían huido.

Capítulo 26

Valentine apretó los dientes con fuerza y dejó escapar un quejido.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber el sheriff, mirándola. Por el rabillo del ojo vio que Wolf daba un paso hacia ella—. Quédate quieto.

—Escúchame, no lo estropees más y deja que me acerque a mi mujer —dijo preocupado.

—¡He dicho que te quedes donde estás! —vociferó.

—Voy a acercarme a ella —advirtió con suavidad—. Si tienes que disparar, hazlo.

Valentine aprovechó que el tipo seguía a Wolf con la vista para sacar el arma y disparar. El ruido en el comedor fue bestial. Los cristales temblaron. Wolf no se quedó quieto y, a pesar de tener las manos atadas, golpeó al hombre con las piernas haciendo que cayese sobre el suelo. Lo redujo fácilmente.

—¿Cómo estás, Valentine?

—Estoy bien, Wolf, solo interpretaba.

La miró, incrédulo.

—La próxima vez que intérpretes, abre los ojos al disparar. Corre, desátame. —El sheriff trató de moverse pero él no se lo permitió. Se había arrodillado sobre su pecho.

Valentine corrió a desatarle las ligaduras.

—¿Qué vamos a hacer si viene alguien más?

—No te preocupes por eso. Ven, apunta a este bastardo. Si se mueve, aprieta el gatillo. —Ella vio que su primer disparo había alcanzado el hombro del sheriff. Estaba cubierto de sangre—. Por cierto, gracias por salvarme la vida.

—Tú me la salvaste antes —respondió con orgullo.

Wolf fue a buscar su revólver a la galería. Antes siempre lo llevaba encima, sin embargo, por deferencia a Valentine, había dejado de hacerlo cuando tomó los votos. También se llevó el rifle.

Llamaron a la puerta con fuerza, y el sheriff se jactó de que eran las personas que estaba esperando. Wolf miró a Valentine.

—Ve al dormitorio y enciérrate.

—Deja de darme órdenes, Wolf. No pienso dejarte solo.

—He dicho...

—¡Que no!

Solo por unas décimas de segundo, él frunció el ceño. Se acercó a ella y le quitó el arma.

—Toma esta —le entregó la suya—. Ya está amartillada. Solo tienes que apuntar y disparar.
¡Pero, por Dios, abre los ojos!

Valentine asintió con firmeza.

Wolf cogió al sheriff y lo colocó delante de él como escudo. Muy despacio caminó hacia la puerta. Sentía la presencia de Valentine detrás de él y agradeció su valentía. Sabía que su espalda no podía estar mejor guardada.

Rose llegó corriendo para abrir la puerta y se detuvo al verlos. Valentine le hizo señales para que abriese y se echase a un lado corriendo.

Richard fue recibido por el cañón de un rifle y un colt 45. Alzó las manos, sorprendido.

—¡Richard! —exclamó Wolf, aliviado—. Dios mío, casi te vuelo la cabeza. Pasa.

—¿Por qué tienes a ese así?

—Socio del franchute. ¿A qué has venido?

—Pensé que te ibas a alegrar al verme. Trevor y Jane han huido.

Regresaron al comedor y Wolf sentó al hombre en una de las sillas.

—Vamos a atarle. Rose, traiga unas cuerdas.

Richard se acercó a Valentine y la quitó el revólver de las manos.

—Ya no vas a necesitarlo. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

Wolf le contó a Richard lo que había pasado y se estremeció al recordar que había pensado que Valentine estaba sufriendo de verdad cuando había hecho su pequeño teatro. Al cabo de una rato ella se marchó a la cocina a pedir a Rose que la ayudase a preparar unas infusiones.

Poco antes del amanecer llegó el capataz con unos hombres.

—Señor Wingate, los hemos cogido cuando intentaban acceder al rancho.

—¿Dónde están?

Señaló con la cabeza hacia la calle.

—Están fuera.

Con pasos presurosos, Wolf salió al exterior y Valentine, que lo seguía a la carrera, lo agarró por el brazo.

—¿No prefieres quedarte en casa? —le pidió él.

—Por favor, no me trates como si fuese...

—Tienes razón, lo siento. No quiero que te sientas mal, es solo eso.

—No necesito que me estés protegiendo todo el tiempo. Te lo agradezco. Pero antes fue mi abuelo, y ahora tú...

—Me estoy comportando como un imbécil. Pero solo es porque te amo demasiado.

Jane empezó a llamar a Wolf entre sollozos. Vestía ropas de hombre y se la veía muy

arrepentida.

Valentine no sintió ninguna pena. Ni por ella ni por Omar, que por vez primera lo veía asustado. Se dirigió a él con una mirada fría.

—Ojalá te pudras en una celda toda tu vida —le escupió en la cara.

Omar bajó el rostro.

Omar había sido trasladado a Austin para ser juzgado, y a Jane la habían encerrado en un hospital para personas delicadas de mente. Leonardo sintió que tocaba fondo y se propuso dejar el alcohol para pasar más tiempo con Petter. El jovencito quería dedicarse al ganado.

Las siguientes semanas pasaron volando y la tranquilidad llegó por fin al hogar de Wingate, junto al vehículo que perezosamente se acercaba a la entrada. El sol brillaba en el cielo acariciando con sus portentosos rayos las tierras recién sembradas.

Valentine estaba sentada en el porche y sus ojos perseguían con curiosidad el carruaje. Cuando estuvo lo bastante cerca se dio cuenta de que pertenecía a su abuelo. Se levantó entusiasmada y bajó los escalones con prisa. En cuanto Max puso los pies en el suelo ella se le echó encima con gritos de alegría.

Wolf le había informado de todo por carta, y aunque él había querido viajar antes al rancho, no había podido hacerlo hasta el momento. La noticia le había causado tal impacto que había sufrido un amago de infarto. Pero ya se encontraba bien. Y dispuesto a descansar lo máximo posible.

—Ahora me contarás todo con pelos y señales —dijo el anciano rodeando sus hombros—. ¿Cómo va tu panza, señorita?

Ella soltó una carcajada.

—Seguro que estoy mejor que tú. ¡Te he echado tanto de menos, abuelo! Me has tenido muy preocupada. ¿Por qué no me avisaste de que te encontrabas mal?

—¡Bah, niña, me siento como un toro! ¿Dónde está Wolf?

Valentine lo vio llegar sobre uno de sus caballos. Había visto el vehículo de Max y se acercaba a saludarlo.

—Por allí viene.

Wolf llevaba su sombrero de vaquero y, a pesar de que aún hacía frío, había sustituido la cazadora de piel por un chaleco negro. Su pañuelo, también oscuro, se agitaba al aire. Valentine pensó que seguía siendo el hombre más atractivo y noble que había conocido nunca.

Él desmontó con agilidad y estrechó la mano de Max con afecto.

—¿Qué tal su viaje?

—Se me ha hecho larguísimo.

—¿Y su salud?

—Ya estoy bien, muchacho, deseando ayudarte en lo que pueda, si no te importa que un

anciano ande pululando por aquí.

—¡Abuelo! —Valentine fingió enfadarse—. ¡Estábamos deseando que vinieses!

—Es cierto —respondió Wolf—. Su nieta lleva nerviosa desde el mismo momento que supo que venía.

Los tres entraron en la casa riendo. Abigail los esperaba en el vestíbulo.

—¡Abigail! —Max la abrazó dejándola toda ruborizada—. No sabes cuánto te he añorado, Abigail. En casa ya nadie me comprende y no hacen caso desde que te fuiste.

—Me extraña mucho —contestó frunciendo el ceño—. Siempre ha sido un exagerado, ande, déjeme que le enseñe su cuarto.

—¿Ya me despides? —Max sacudió la cabeza y miró a Wolf—. Preferiría que me invitase a una copa y charlar un poco.

—Eso está hecho. Vamos a mi despacho, que estaremos más cómodos.

Valentine los vio subir al piso de arriba y regresó de nuevo al porche, esta vez seguida por Abigail.

—¿No vas a coger aquí frío, niña? —preguntó.

—No. —Señaló una mecedora para que se sentase y ella se acomodó en la que quedaba libre—. ¿Qué sería un resfriado para todo lo que ha sucedido? Soy fuerte ¿No lo he demostrado aún?

Abigail asintió con una sonrisa.

—Sí, niña. Me has sorprendido. Me alegro mucho de que tu abuelo haya decidido venirse.

—Eres la única que sabes manejarlo bien.

—Así, es.

—Abigail, ¿por qué no le convenciste de que me permitiera casarme con Omar? —se encogió de hombros—. Sé que pudiste haberlo hecho.

—Porque no podía estar más de acuerdo con él. Gracias a Dios que tenía esta propiedad perdida por aquí.

Valentine soltó una carcajada satisfecha.

—¿Recuerdas todo lo que pensaba de Wolf antes de conocerlo y lo asustada que estaba?

—Y sé que te cautivó desde el principio, aunque tratases de negarlo.

—Me sorprendió que, para ser un ranchero, fuese tan educado, tan guapo, tan elegante y tan cordial.

—¿Cordial? —Abigail frunció el ceño haciéndola reír. La pobre mujer tenía sus dudas acerca de la cordialidad de Wolf.

—Bueno, tal vez no sea la persona más cordial del mundo, pero... es agradable y muy tierno.

—¿Tú crees?

—¿De qué habláis? —preguntó Wolf cargando con una bandeja de limonadas que dejó sobre una mesa alta.

—Estamos hablando de ti —contestó Valentine.

Wolf la observó con curiosidad.

—¿Y qué decíais, si se puede saber?

—Abigail cree que no eres simpático.

Él asintió.

—Abigail lleva razón.

—Siempre llevo razón —intercaló la mujer poniéndose en pie—. ¿Max?

—Está en mi despacho. Quería hablar con usted.

Abigail asintió y se despidió de ellos.

Wolf y Valentine la siguieron con la mirada hasta que desapareció en el interior de la casa.

—¡Estoy tan feliz! —le dijo, satisfecha.

—Me alegro, porque tengo otra sorpresa para ti. —La cogió de la mano y la llevó hasta el salón.

—¿De qué se trata, Wolf?

Observó como él cogía un paquete ligero de encima de la mesa y lo abría.

—¿Qué es? —Se inclinó para verlo mejor. Sus ojos azules brillaron emocionados al ver que se trataba de una fotografía de ellos dos, el día que se casaron—. Parecías feliz —susurró.

—Era muy feliz —admitió—. Te lo he dicho muchas veces. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Que por cierto, no fue en casa de Max. —Ella arqueó las cejas—. Nos cruzamos en la calle. Tú paseabas junto a Abigail y yo me volví a mirarte. Cuando después supe que eras la nieta de Max, no podía creer lo afortunado que era.

—¿Eso es cierto? ¿Me habías visto antes?

—Ajá.

—Me alegro mucho de que fueses tú. Mucho mucho. —Acercó su boca a la de él y lo besó—. He decidido cómo quiero que se llame el rancho, si no te importa. Quiero que siga siendo Kerrick, en honor a mis padres.

—Me gusta.

—¿Sí? ¿Y qué dices entonces? ¿Podemos seguir llamándolo así?

—Podemos llamarlo como quieras. Creo que en el fondo siempre iba a ver el rancho de ese modo.

Ella tomó la fotografía con una sonrisa y caminó hacia la puerta. Subió al dormitorio y buscó en el primer cajón uno de sus pañuelos de seda. Quería proteger la imagen para llevarla a que la enmarcasen. Al arrastrar la prenda se dio cuenta de que estaba enganchada en algo. Sacó su caja de música. No recordaba que estaba allí. La llevó hasta la chimenea y la dejó caer sobre las llamas.

Epílogo

Las campanadas de la iglesia resonaron con fuerza. Todas las personas que se habían congregado en la salida esperaban impacientes que saliesen los novios. Valentine cogió el brazo de Wolf. Ya estaba mucho más relajado que aquella mañana.

—¿Nuestra ceremonia fue tan larga, Valentine?

Asintió con una sonrisa.

—Mucho más.

—¡Por Dios! Tengo ganas de salir de aquí.

—No podemos hacer eso a Richard. Es tu amigo y debemos estar con él.

—Pero... —guardó silencio al observar la ceñuda mirada de ojos azules de Valentine y asintió—. De acuerdo, esperamos.

Finalmente los novios salieron y fueron recibidos por aplausos y vítores. Wolf fue el primero que, con largas zancadas, llegó hasta el novio y lo abrazó con la fuerza de un oso. Por fin su amigo y la bella Isabel se habían casado.

Valentine los observó con orgullo y, cuando tuvo oportunidad, felicitó a los novios.

Más tarde, esa noche, Valentine se encontraba apoyada contra el muro del rancho. Tenía los ojos fijos sobre una ternera recién nacida que apenas se sostenía sobre sus patas.

—Te estaba buscando. ¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó Wolf llegando hasta ella.

—El abuelo y Abigail querían acostar a Rachel y yo quería pasear.

—Max está loco con la niña.

—Tú también —le dijo ella con una sonrisa.

—No puedo evitarlo. Nuestra hija es preciosa. Y seguro que nuestro hijo —Wolf le rodeó el talle con amor—...también lo será.

Valentine se miró el abultado vientre.

—Me hubiese gustado no haber ido tan gorda a la boda de Richard.

—¿Pero qué dices? Hoy estabas especialmente hermosa.

Valentine se sonrojó.

—Tú siempre tan atento. ¿Verdad que la ceremonia ha sido muy bonita?

—La nuestra también lo fue. ¿No?

—No recuerdo mucho de ella, excepto nuestro primer beso.

Él acercó la boca a su cuello para mordisquearlo con suavidad.

—Si recuerdas eso sería porque te gustó. ¿No?

—Humm, me encantó, sí. ¿Podrías repetirlo por favor?

—¡No faltaría más!

Wolf la estrechó entre sus brazos y se apoderó de sus labios como si fuese lo más importante que tuviera que hacer en la vida. De hecho, para él era lo más importante.

Cuando alzó la cabeza, Valentine lo miró con adoración.

—Y pensar que no quería casarme contigo cuando solo podría amarte a ti —susurró ella.

Wolf volvió a silenciarla con sus besos.

Fin

Si te ha gustado
Solo podría amarte a ti
te recomendamos comenzar a leer
¿Romántica yo?
de Vega Fountain



Capítulo 1

Un día como otro cualquiera

—Buenos días, Vicky, ¿lo de siempre?, —me pregunta Simón, el camarero del bar al que voy todos los días a tomar el café antes de entrar a trabajar.

—Buenos días, no, una manzanilla, por favor, —le pido. Estoy hecha un asco, eso lo pienso, no se lo digo.

—¡Pues sí que tienes mala cara sí! —dice sonriéndome—, menuda juerga te habrás corrido este fin de semana —añade mientras se gira para sacar el agua caliente de la cafetera y meter el sobrecito de infusión dentro de la tetera metálica.

—¡No lo sabes tú bien! —espeto intentando disimular; si él supiera que me he pasado casi toda la noche del sábado y parte del domingo doblada y tirada en la cama con un dolor insoportable de riñones provocado por los dolores menstruales..., pero claro, hay cosas que no merece la pena explicar.

Intenté todo, saqué el botiquín, ni el ibuprofeno, ni el paracetamol, nada me aliviaba, así que recurrí a lo último que sé que me calma. En una cajita de lata que tiene una imagen del Big Ben en blanco y negro y que me regaló mi amiga Rebe de su último viaje a Londres, guardo unos cogollitos de marihuana; no fumo, pero cuando me encuentro tan mal, pues me lío un porrito y con dos caladas el dolor y las ganas de vomitar desaparecen, eso sí, directa a la cama, porque no estoy acostumbrada, no sé si será psicológico pero a mí me funciona.

—Aquí tienes tu manzanilla bien cargada —dice con sorna.

—Gracias —respondo sonriéndole, aunque en realidad lo que me apetecería sería darle dos guantazos o, en su defecto, un golpe en sus riñones para que sufra en sus propias carnes el dolor que he sufrido yo durante todo el fin de semana.

—¡Las que tú tienes, preciosa! —contesta yéndose a cobrar a otros clientes.

Me he dado cuenta de que a todas nos llama preciosa, o eso me parece, así que no me siento halagada por el cumplido. Tras haberme escaldado la lengua y haber jurado en hebreo y arameo por ser tan torpe y no percatarme de que el vapor proveniente de mi taza me estaba indicando que el agua no estaba caliente sino hirviendo, termino mi manzanilla, le dejo las monedas sobre la barra y me voy.

Trabajo en un supermercado de un barrio relativamente nuevo en el que predominan parejas jóvenes con hijos pequeños, en turno de mañana o de tarde dependiendo de la semana. Un asco de trabajo, lo reconozco, pero tras hartarme a echar currículum por internet, en persona y casi suplicando a los amigos de mis amigos para que contraten a una administrativo en sus empresas sin obtener respuesta, elegí esa opción, mejor dicho, esa opción me eligió a mí. En ese supermercado llevo cerca de dos años y prácticamente fueron los únicos que me dieron opción a trabajar, así que ahí estoy, reponiendo mercancía, cobrando en caja o haciendo lo que le resulte

útil a mi encargada en cualquier momento. Este es un trabajo como otro cualquiera, ni mejor ni peor, tiene días buenos y días malos, como todos, supongo. Al principio estaba rabiosa por no trabajar en algo que estuviera relacionado con lo mío, pero ahora ya he relativizado todo y pienso que es dinero, sí, sí, dinero contante y sonante que me permite hoy en día el «lujazo» de vivir de forma independiente, mantener mi coche y comprarme mis caprichos, todo con moderación, por supuesto. Es algo cómodo para mí, no me da excesivos dolores de cabeza y en cuanto salgo por la puerta desconecto. No es que no me importe el trabajo, que sí, además intento hacerlo lo mejor posible, pero no tengo la implicación que tendría si fuera otro tipo de ocupación y me llenara más.

Entro con pie firme al vestuario donde están mis compañeras cambiándose de ropa y hablando como cotorras de lo divino y lo humano. Nunca he sido muy parlanchina, pero intento ser amable y buena compañera.

—Buenos días, chicas —saludo con una sonrisa en la cara.

—Hola, Vicky —contestan al unísono.

Me cambio y voy para la tienda a ver qué me depara el día.

—¡Vicky!, ¡Vicky! —me reclaman en cuanto piso la tienda, es mi encargada—. Hoy tienes que decorar el escaparate con lo que nos han enviado para San Valentín —ordena encantada de la vida.

«¡Oh, Dios!, odio esas fechas, y hace cuatro días hemos terminado con el turrón, ¿no había otra?», pienso para mí.

—Sí, claro ahora me pongo con ello —disimulo pareciendo entusiasmada.

No sé por qué pero siempre que hay que decorar algo me lo manda a mí, las fechas señaladas: en Navidad preparo una mesa de turrónes y dulces y otra con regalos, casi todos de cosmética; en Halloween, la de chucherías con sus correspondientes calabazas; ahora toca San Valentín, pues allá voy. Ella me dice que tengo buen gusto y que capto la idea y no sé qué..., en fin. En lo que estoy haciendo esto, no estoy haciendo otra cosa peor. Me voy hacia donde me dice y allí, en una caja de cartón, veo que hay un montón de corazones de cartón rojo brillante, otros recubiertos de purpurina roja, dorada y plateada y otros de metacrilato transparente pero rojos también. Solo de verlo me entran ganas de vomitar. Pongo los ojos en blanco y leo el comunicado de la central donde dice qué es lo que pretenden y cómo quieren que sea el espacio. Lo leo por encima, y es lo de siempre: un lugar que llame la atención y aumente la venta de productos cosméticos, bombones, botellas de licor y tartas hechas de gominolas.

«¡Al lío!», me digo para infundirme fuerzas. Tengo que colgar del techo los corazones con un hilo transparente, he decidido hacerlo a diferentes alturas, formando una cortina que se vea desde el escaparate. Mi encargada me ha dado carta blanca y en el comunicado no especifica mucho, así que voy a hacer lo que me parezca más oportuno. Me subo a la escalera y, mientras me estiro para poder meter el hilo transparente que sujetará los corazones entre los raíles que sujetan el pladur del falso techo, noto unas manos en mis pantorrillas; sobresaltada, miro hacia abajo y veo

a Simón, el camarero del bar, que me mira con una sonrisa increíble.

—Ten cuidado preciosa —me advierte.

—Lo tendré —le digo un poco alucinada. Llevo dos años hablando con él y jamás me había sonreído de esa manera, ni me había rozado siquiera. ¡Serán cosas mías!

—Mucho corazón a tu alrededor —añade mientras emprende la marcha—, seguro que Cupido ya ha hecho de las tuyas. —Vuelve a sonreír y desaparece.

¡No me lo puedo creer! ¿A qué ha venido todo esto?, ¿Cupido?, ¿que ha hecho de las tuyas? «Cupido tiene otras cosas que hacer, a mí que me deje en paz, bastante he sufrido yo por amor, no, no, no», me digo a mí misma. Que me deje en paz y se fije en otros. Conmigo se equivocó de flechas o estaban envenenadas porque si no, no lo entiendo, no ha acertado nunca.

Prosigo con el trabajo, me duele el cuello de tanto mirar para arriba, pero al final estoy satisfecha, los corazoncitos han quedado muy bien, incluso los clientes se sonríen cuando lo ven, no puedo evitar poner los ojos en blanco ante esa reacción. ¿Por qué la gente se comporta así? Es una ñoñería, un instrumento de mercadotecnia para que compres, ¿seré la única que se da cuenta de estas cosas? En fin, continuaré con lo mío. He puesto delante de la cortina de corazones una mesa grande tapado con una tela de terciopelo roja, que cubre cajas de cartón a distintas alturas para que los productos se vean mejor, lo he hecho de tal manera que quede con pliegues, para que no sea tan monótono. He de reconocer que me está quedando chulo. Dispongo los productos y, tras hacer algún cambio, decido ponerlos en su lugar definitivo. Perfumes, bombones, licores, chucherías y alguna cosa más mezclada para captar la atención del cliente. Mi encargada me da la enhorabuena por el resultado, y yo, satisfecha. Voy a continuar con mi jornada.

¿Podría Wolf Wingate hacer que se olvidase del hombre del que cree estar enamorada?



Valentine Kerrick ha conocido a un hombre y por primera vez se ha enamorado. Poco importa que su abuelo insista en que esa persona no le conviene en absoluto. Pero el que manda allí es el abuelo, y antes de que ella organice un escándalo mayúsculo, concierta un matrimonio con un notable rancharo deseoso de conseguir una de sus propiedades.

El único deseo de Wolf Wingate es conseguir las tierras de los Kerrick para construir el rancho de sus sueños. Él es rico, podría comprarse cualquier tierra, sin embargo, está obsesionado con esa, y si para conseguirla tiene que contraer matrimonio con la nieta de Max, lo hace. A pesar de saber que ella está enamorada de un sinvergüenza.

Pero ese sinvergüenza en cuestión no va a dejar que ellos sean felices y va hacer todo lo posible por conseguir que Valentine regrese a su lado. Aunque «ese todo lo que sea» esté fuera de la ley.

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Sandra Bree

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-33-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

Índice

Solo podría amarte a ti

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos